

A silhouette of a man holding a baby against a sunset background. The man's head is tilted down towards the baby, and the baby is wrapped in a light-colored cloth. The background is a soft, hazy sunset with warm colors like orange, pink, and purple.

**DAISY
PINK**

NUESTRA MEJOR
sorpresa

Nuestra mejor sorpresa

Daisy Pink

Sinopsis

La vida de Sarah acaba de saltar por los aires. Su perfecto matrimonio se ha evaporado. Y, con él, sus planes para ser madre antes de cumplir los treinta.

O quizá no.

Tras unas semanas tomando una mala decisión tras otra, Sarah descubre que está embarazada. Y lo que solo un mes antes habría supuesto la mayor alegría de su vida se convierte en una incógnita que amenaza con hacerla enloquecer: ¿quién es el padre del bebé?

Puede ser Ryan, su exmarido. O puede ser alguno de los otros dos hombres con los que pasó una noche loca mientras intentaba olvidar. Ninguno de los tres es una buena opción.

¿O quizá sí?

Quizá uno de ellos sea la única opción para que Sarah vuelva a encontrar sentido a la palabra amor.

Prólogo

—¡Mierda, mierda, mierda!

Sarah no podía dejar de dar vueltas por su apartamento. Sentía la cabeza como una batidora ante la noticia que acababa de descubrir.

—¡Mierda, mierda, mierda!

El test de embarazo no mentía. Aquellas dos rayitas paralelas de color rosa eran la sentencia que Sarah no necesitaba en aquel preciso momento de su vida. Después de meses deseando que algo así ocurriera, el embarazo llegaba en el momento más inesperado. Y más inoportuno.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Desde el mismo momento en que Sarah se había sentado en el inodoro del cuarto de baño de su habitación, se arrepintió de no haber llamado a Barbie para que estuviera a su lado en aquel momento. Ella era su mejor amiga, la mejor que había tenido jamás, a pesar de que no podían ser, en todos los sentidos, más opuestas.

Sarah había conocido a Barbie en su primer año de universidad en Boston. Al principio —Sarah no podía negarlo—, había mirado con recelo e incluso con un punto de burla a aquella chica espectacular que siempre vestía de rosa y que, para acabar de rematar su imagen, se hacía llamar Barbie. Pero Sarah no tardó en congeniar con ella, después de que les tocara hacer juntas un par de trabajos grupales y de descubrir que era una chica inteligente, divertida y, por encima de todo, leal. En el segundo curso de universidad ya compartían apartamento y, cuando se graduaron, no dudaron en trasladarse juntas a Nueva York, a pesar de que Sarah ya tenía una relación bastante estable con Ryan. Sarah no recordaba un solo momento de su vida adulta, ni bueno ni malo, en el que Barbie no estuviera a su lado, brindando con champán o prestándole su hombro para que Sarah encontrara consuelo. Ellas siempre serían una prioridad la una para la otra.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Sarah seguía con su letanía, pero en ese momento su problema era que no conseguía localizar su móvil. Cuando al fin lo encontró al fondo del bolso que había llevado el día anterior a trabajar, pulsó sin vacilar el icono de la marcación directa a su mejor amiga.

—Hola, querida —la saludó Barbie con voz cantarina.

—Barb...

—¿Qué pasa? —El tono de voz cambió. Barbie supo de inmediato que a Sarah le ocurría algo importante.

—¿Tienes planes para hoy? —Sarah, en realidad, ya sabía que no los tenía, así que pasó directa a la siguiente pregunta—. ¿Puedes acercarte a mi casa, por favor? ¿Cuanto antes...?

—Pero... —Sarah pudo oír la ira formarse en la voz de Barbie—. ¿Es Ryan? ¿Ese cabrón te ha llamado o...?

—No, Barb... —Las lágrimas acudieron a los ojos de Sarah sin que ella pudiera evitarlas—. No tiene nada que ver con Ryan.

—Voy para ahí. Pon vino a enfriar o tila a calentar, lo que tú consideres más necesario. —Barbie quiso relajar la tensión con esa broma, pero lo consiguió solo a medias—. En diez minutos estoy ahí.

Sarah sabía que era imposible que Barbie llegara en solo diez minutos, salvo que se hubiera hecho con un helicóptero para emergencias —cosa que, en el caso de su amiga, nunca había que descartar—, pero también sabía que le arrancaría la cabeza a cualquiera que la

retrasase en su objetivo de llegar cuanto antes para estar junto a ella.

Cuando sonó el timbre de la puerta, el agua ni siquiera había acabado de hervir. Sarah, por razones obvias, había elegido la infusión sobre la botella de vino, aunque no podía negar que había estado tentada a ponerla a enfriar. Barbie entró y, cuando vio las dos tazas preparadas sobre la gran encimera que separaba la cocina del salón, frunció el ceño.

—¿Tan grave es? —le preguntó a Sarah con la voz teñida de miedo.

—Ni te imaginas.

Pero es que Barbie no tuvo que imaginarlo. Quizá si alguien le hubiera preguntado qué era lo que atormentaba a su amiga, no habría acertado con la realidad ni aunque le dieran mil oportunidades, pero... lo que Sarah sostenía en la mano no dejaba lugar a dudas. En medio de la vorágine mental que la estaba haciendo enloquecer, ni siquiera se había dado cuenta de que seguía sosteniendo el test de embarazo como si fuera su única tabla salvavidas, aunque en realidad fuera más bien todo lo contrario.

—¿Estás...? —Barbie tuvo que tragar saliva antes de finalizar la pregunta—. ¿Estás embarazada?

Sarah solo fue capaz de asentir con timidez y dejó que su mejor amiga la abrazara durante un tiempo infinito. Cuando al fin fue capaz de separarse de ella y se secó las lágrimas, no habría sabido decir si llevaba abrazada a Barbie tres minutos o dos horas, pero sí habría afirmado sin dudar que se le había hecho corto. Allí, en aquel abrazo, estaba segura. Y eso era algo que Sarah no sentía desde hacía más de un mes. Desde que su vida había saltado por los aires y ella misma había contribuido a acabar de destruirla.

Se sentaron en el sofá con las infusiones, que ya se habían quedado algo frías, entre las manos. Sarah se dio cuenta, en ese momento, de que por primera vez en más de diez años tenía que confesarle a Barbie que le había ocultado cosas. Cosas. Bastantes cosas. Las últimas cinco semanas de su vida habían sido tan caóticas que quizá ese embarazo no planificado era la guinda final que le esperaba de forma inevitable.

—¿Quieres contármelo?

Justo cuando Sarah estaba a punto de empezar a hablar, Barbie preguntó. Una prueba más de que sus almas estaban conectadas de una manera difícil de entender para quienes sabían lo diferentes que eran. Pero se conocían tan bien que Barbie entendió enseguida que para Sarah sería mucho más fácil contárselo todo si ella le iba haciendo preguntas. Así que empezó.

—¿Lo sabe Ryan?

Sarah la miró con los ojos abiertos como los de un cervatillo que viera acercarse los faros de un coche. Hasta hacía solo cuatro o cinco días, la simple mención del nombre de Ryan la hacía llorar de forma automática. Él había sido el hombre de su vida, el gran amor que nunca había esperado encontrar y el único con el que se planteó pasar por el altar, sobre todo después de que él hincara la rodilla en el suelo durante el viaje a París con el que celebraron su primer año de convivencia. Desde hacía treinta y siete días, Ryan era otra cosa muy diferente: era su futuro exmarido, el hombre que la había engañado como a una tonta y un nombre cuya simple mención le provocaba el dolor del desamor y también el de la traición.

—No —respondió al fin—. Hasta hace media hora, no lo sabía ni yo. Y, evidentemente, tú has sido la primera a la que se lo he contado. Además..., prefiero no volver a saber nada de Ryan en toda mi vida, si quieres que te diga la verdad.

—Pero...

—¿No era eso lo que me pedías que hiciera hasta ayer mismo? —Sarah sonrió con una mueca triste—. ¿No decías que olvidarme de él era lo único que tenía que hacer?

—Sí, pero esto... —Barbie creyó entender lo que Sarah trataba de decirle y cambió su argumento, mientras se torturaba por no haber empezado por esa pregunta, que era al fin y al cabo la más importante—. Perdona, cielo... No sé por qué he hablado de Ryan antes de hacer la pregunta definitiva. ¿Quieres tenerlo? Y, en caso de que no, ¿quieres que me encargue yo de buscar clínica y demás?

—Yo... —Sarah dio un trago a su infusión antes de ser capaz de verbalizar lo que sentía dentro—. Yo quiero tenerlo, Barbie. Llevo tres años deseando ser madre y ahora... ahora...

Sarah solo fue capaz de acabar esa frase con un acceso de llanto. Su sueño de ser madre, ese que guardaba dentro desde que era niña y que se había ido convirtiendo en una cierta amargura en los últimos tiempos de su matrimonio, al fin estaba de camino a convertirse en realidad. Pero ese embarazo estaba rodeado de complicaciones. De *demasiadas* complicaciones.

—Vale, entiendo que el problema es que este embarazo, si lo llevas a término, te unirá a Ryan de forma definitiva justo en el momento en el que empezabas a dar los pasos necesarios para empezar tu vida de forma independiente. —Barbie, en realidad, estaba hablando para sí misma en voz alta—. Y quizá lo que te voy a decir no sería lo que recomendaran las personas con un alto concepto de la ética, pero... ¿qué te obliga a contárselo? Ryan te ha dejado, Nueva York es una ciudad gigante en la que ni él ni nadie cercano a él tiene por qué verte embarazada o con un bebé en los próximos años...

—Barb...

—No, no, déjame terminar. —Barbie había esbozado un plan en su mente y no pensaba dejarlo a medias—. Ryan te ha robado demasiado, Sarah. Durante el último mes he estado muy preocupada por ti. Solo desde hace unos días veo que levantas cabeza y no pienso permitir que este embarazo, que podría ser algo precioso, te robe también la felicidad. ¿No dicen eso de que quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón?

—Creo que no te sigo.

—Pues te estoy diciendo que le *robes* este hijo a Ryan. Creo que él, en el momento en que rompió vuestro matrimonio de la forma que lo hizo, dejó bastante claro que no le interesaba nada de lo que te ocurriera. ¿O acaso no os acostasteis sin protección en los días previos a que se largara? ¿Te ha preguntado en algún momento si te ha venido la regla?

—No. La verdad es que no.

Sarah ni se había planteado eso. Desde unos días después de que Ryan se marchara de casa, no había vuelto a saber nada de él. Y sí, por supuesto que se habían acostado sin protección en los días anteriores a esa separación inesperada. Al fin y al cabo, Ryan seguía fingiendo ser el marido ideal, tan preocupado por ese embarazo que no llegaba, tan enamorado de Sarah como el primer día. Nada de eso era verdad, pero constatar que ni siquiera le había importado comprobar si la había dejado embarazada en ese *intento* final... le envió un pinchazo de dolor que se prometió que sería el último.

—Pues ya está, Sarah. Piénsalo. Entiendo... —Barbie se dio cuenta en ese momento de que el test de embarazo seguía sobre la mesa, presidiendo la conversación—. Entiendo que, si lo has confirmado hoy, es que estás embarazada de muy poco, ¿no?

—Con lo irregular que he sido siempre con la regla... es imposible saberlo. El lunes pediré cita en mi ginecóloga para que me confirme que todo va bien y me diga más o menos de cuánto puedo estar.

—Pues eso, que... de mucho no puede ser. Tienes unos días aún para pensarte qué quieres hacer con todo esto. Y ya sé que no hace falta que te lo diga, pero, evidentemente, me tendrás a tu lado sea cual sea la decisión que tomes. Estoy segura de que podrás ser una madre

soltera espectacular, pero si en algún momento decides que ese bebé necesita un padre... yo seré su padre.

La emoción llevó lágrimas a los ojos de ambas. Se tomaron de las manos y, con la mirada y los recuerdos de los diez años de amistad compartidos, no hicieron falta palabras. Solo que... en realidad sí que hacían falta. Sarah necesitaba decirle a Barbie lo que llevaba toda la mañana callando.

—Hay más que decir, Barb. —Sarah suspiró—. No sabes ni el principio de esta historia.

—Pues... ahora sí que te odio por no haber puesto a enfriar el vino. Porque si esto es solo el principio...

—Ryan no es el único candidato a... padre de la criatura.

—¿Qué?

Barbie se quedó estupefacta. La versión que ella había visto durante cinco semanas y media de Sarah era la de una mujer destrozada. Creía haber pasado con ella cada minuto que le había dejado a su amiga libre el trabajo, además de algunas noches en las que le había explicado que también necesitaba estar sola de vez en cuando, pero... todo apuntaba a que sola *sola* no las había pasado.

—Sarah, como no me expliques ya con quién te has acostado, voy a empezar a creer que has perdido la cabeza.

—Si no la he perdido ya, no creo que tarde demasiado en hacerlo.

—Vamos, Sarah, desembucha. ¿Con quién te has acostado? ¿Quién es el otro candidato a papi del año?

Sarah no pudo evitar reírse. Esa era una cualidad que Barbie siempre había tenido, la de hacerla sonreír incluso en los momentos más difíciles, fuera una semana complicada de exámenes en la universidad, un mal día en el trabajo o una crisis matrimonial inesperada.

—Es que vas a alucinar...

—¡Dios mío! ¡Suéltalo ya! —Barbie dio un par de saltitos sobre sí misma en el sofá—. ¿¿Quién es??

—No es un *quién*. Son unos *quiénes*.

—¿Qué?

—Hay tres candidatos a padre de la criatura. —Sarah no fue capaz de sostenerle la mirada a Barbie—. Uno es Ryan, claro. Los otros...

—¿Quiénes son?

—Me temo que, para que entiendas quiénes son, debemos remontarnos unas cinco semanas atrás en el tiempo.

Cinco semanas antes

Posible padre nº 1: Ryan

Sarah se sentía radiante aquella mañana. El sol habían salido con fuerza después de semanas de una gris primavera, el traje de chaqueta que se había comprado unos días atrás le sentaba como un guante y lo mejor de todo: acababa de cerrar el mejor contrato del año de la agencia de marketing en la que llevaba seis años trabajando. No *su* mejor contrato del año, sino el de cualquiera. Habían sido meses de arduas negociaciones con una empresa emergente del sector tecnológico, pero finalmente se habían llevado esa cartera. El bonus que recibiría a fin de año le permitiría pagarse unos cuantos caprichos y le cabían pocas dudas de que aquello también le valdría un ascenso.

—Si sigues sonriendo así, acabaré detectando en qué muelas tienes empastes —se burló Peter, su asistente, con quien había brindado con café apenas una hora antes, cuando el CEO de la compañía había bajado a su despacho a felicitarla por conseguir el contrato.

—Pues no pienso dejar de hacerlo.

—Ah, mierda, casi me olvido... —Peter se llevó una mano a la frente con un gesto teatral mientras rebuscaba entre las notitas de colores de su mesa; Sarah se preparó para el desastre que pudiera avecinarse. Su asistente era muy eficaz en algunas tareas, pero tenía una evidente incapacidad para acordarse de dar recados—. Ha llamado Ryan mientras estabas reunida. Dice que quiere verte para comer a la... una y media.

—¿Y me lo dices a la una y veinte? —Sarah puso los ojos en blanco.

—Ese hombre te adora y lleváis juntos ocho años. No creo que tengas que prepararte demasiado para ir a comer con él, ¿no?

—¿Te ha dicho si se pasará a buscarme por aquí?

—No. Te espera en Diane's.

Sarah se apresuró a recoger el contenido de su mesa. Avisó a Peter de que teletrabajaría por la tarde, aunque en realidad no tenía intención de hacerlo. Se merecía un descanso después de unos meses duros, de demasiadas horas extra y un esfuerzo sobrehumano por dar el paso definitivo que lanzaría su carrera. Por alguna razón, quería conseguirlo antes de los treinta, y le faltaban solo unos meses para cumplirlos. Esa tarde libre, esa pequeña escapada del trabajo, sería su autorregalo por lograrlo.

El gran ascensor panorámico del rascacielos donde se ubicaba la empresa le brindó unas vistas increíbles de Central Park. Aprovechó el reflejo para comprobar su maquillaje y recordó lo que Peter le había dicho. Él tenía razón: Ryan nunca le había dado la menor importancia a si tenía bien pintado el *eyeliner* o si el tono de pintalabios era el que mejor combinaba con su tono de piel. Simplemente, la quería por cómo era. Por quién era.

Sarah no tenía la menor idea de lo que la esperaba en aquella mesa de un reservado de su restaurante favorito del Bajo Manhattan. Por eso, tal vez, sonreía con tal optimismo mientras aceleraba el paso para no llegar (demasiado) tarde a la comida. Tantas buenas vibraciones la invadieron que se sintió convencida de que al fin llegaría lo único que llevaba años resistiéndosele: ese embarazo que Ryan y ella buscaban cada mes y que no acababa de fructificar. El estrés laboral de los últimos meses no había ayudado y algo le decía que, ahora, al fin, podrían conseguirlo.

Cuando entró en el restaurante, enseguida la condujeron al reservado en el que Ryan y ella solían comer juntos una o dos veces por semana, cuando ambos conseguían escaparse de sus oficinas durante el tiempo suficiente como para que les compensara tomar algo más que un

sándwich rápido delante del ordenador. Si Sarah había pasado unos meses locos tratando de conseguir aquel contrato, Ryan no estaba en una situación mucho mejor en su puesto en Wall Street. Los dos eran ambiciosos y en ocasiones les costaba encontrar tiempo para algo más que trabajar. Pero siempre acababan consiguiéndolo.

Sarah no se dio cuenta de lo que se le venía encima cuando se sentó a la mesa. Tampoco cuando se inclinó hacia Ryan y le dio un beso que él le devolvió solo a medias. Ni cuando el camarero les preguntó si tomarían lo de siempre y ambos asistieron: una ensalada de huevo y aguacate para ella; una chuleta poco hecha para él. Solo cuando él habló y soltó la sentencia, Sarah fue consciente de que su vida estaba a punto de cambiar para siempre. De que lo había hecho ya.

—¿Que quieres qué? —se atrevió a decir al fin, aunque se dio cuenta de que la voz le salió titubeante.

—Quiero el divorcio, Sarah.

—Pero... Pero... Pero ¿qué ha pasado?

—Yo ya... —Ryan dejó escapar un suspiro que a Sarah la estremeció—. Yo ya no siento lo de antes. Ya no siento lo que considero que hay que sentir para estar casado con alguien.

—¿Con alguien? —La carcajada que soltó Sarah fue tan amarga que supo en ese instante que no podría probar bocado de aquella ensalada tan deliciosa—. No es con «alguien» con quien estás casado. Es conmigo.

—No lo hagas más difícil, por favor...

Sarah no supo qué más decir. Sentía que estaba ante dos hombres diferentes. Aparentemente, aquel era Ryan, el guapísimo chico al que había conocido en los últimos años de universidad y del que se había enamorado casi al instante. El que había hincado la rodilla en tierra una tarde de otoño de su primer año viviendo juntos y le había pedido que se casara con él. Con el que había pasado por el altar en una ceremonia sencilla pero preciosa. El hombre con el que intentaba formar una familia y con el que estaba convencida, desde siempre, de que pasaría el resto de su vida.

Pero allí también había otro Ryan. Uno que le daba pánico porque tenía el mismo aspecto físico impecable que su marido, pero, en realidad, era un completo desconocido. Uno que le hablaba de un sentimiento desaparecido cuando a ella le parecía que estaban en el mejor momento de su relación.

Salieron de aquel restaurante sin que ella se diera cuenta apenas de cómo había sucedido. Funcionaba en modo automático y solo cuando él le preguntó si no regresaba a la oficina, ella tuvo la capacidad para agradecer haberse tomado aquella tarde libre que ya no dedicaría a teletrabajar, sino a intentar recomponer las piezas rotas de algo que había sido precioso y que presentía que, en realidad, no tenía arreglo.

Se vio metida en un taxi de camino a su casa sin saber apenas por qué Ryan la acompañaba en lugar de regresar a su despacho. Ojalá nunca hubiera descubierto la razón: él volvía allí a recoger sus maletas. Se iba. Su marido se marchaba de casa apenas dos horas después de que ella saliera corriendo de su oficina para reunirse con él. Con el maldito amor de su vida.

—¿Por qué...? ¿Por qué tienes las maletas hechas? —le preguntó, porque aquello fue lo que más le llamó la atención en ese momento. Odió que la voz le saliera temblorosa, dubitativa,

llena de temor... A todos los ejecutivos con los que llevaba años reuniéndose para negociaciones leoninas les habría costado reconocerla.

—Yo... Salí más tarde esta mañana, ¿recuerdas?

—Así que no tenías una conferencia con Londres que preferías tener desde el despacho de casa... En realidad, me mentiste para poder planificar tu huida con tiempo. Muy respetuoso con todos los años que llevamos juntos, sí, señor.

Sarah empezó a sentir la ira bullirle dentro. Y se alegró, porque prefería con mucha diferencia estar enfadada que seguir en el estado de parálisis en el que llevaba desde que había llegado al maldito restaurante. Y con la furia llegó la claridad mental. Era obvio. No entendía cómo no se había dado cuenta antes. Solo había una razón por la que un hombre dejaba de «sentir lo mismo» por su mujer y, en apenas unas horas, decidía hacer las maletas y marcharse a vivir a otro lugar. Barbie y ella lo habían hablado cientos de veces, siempre que habían visto a alguna amiga común llorar desconsolada por una relación repentinamente fracasada.

—¿Quién es? —le preguntó.

—¿Qué?

—Te pregunto quién es la mujer por la que me estás dejando. —Sarah se sentó en aquella cama que ya nunca volverían a compartir y su voz, al fin, adquirió un matiz de serenidad que sabía que no duraría para siempre, pero al menos le permitiría pasar ese trago con dignidad—. Creo que al menos me merezco saber eso. Si es que aún tienes la capacidad de decir la verdad en algo.

—Yo...

—Vamos, Ryan. —Sarah, de repente, sintió náuseas. No probaba bocado desde la tostada con tomate y queso fresco del desayuno, pero tuvo la sensación que estaba a punto de vomitarlo todo allí, sobre la alfombra blanca de pelo carísima del dormitorio—. Solo te estoy pidiendo un nombre.

—No es tan fácil como crees.

—¿Fácil? ¿De verdad estoy dando la sensación de que algo de todo esto es fácil? Porque a mí me parece lo más difícil que me ha pasado en la vida.

—No te he engañado —mintió Ryan. O quizá él creía que estaba diciendo la verdad—. Cuando empecé... Cuando ocurrió... Yo... Ya no estaba en este matrimonio.

—Anoche mismo follamos, Ryan. —Sarah estaba pasando del amor incondicional a la decepción a una velocidad de vértigo—. Juraría que en ese momento estabas *bastante* en este matrimonio.

—Lo que quiero decir es que no quiero el divorcio porque me haya enamorado de otra persona. Es al contrario: me he enamorado de otra persona porque ya no sentía que este matrimonio tuviera sentido.

Mentiras. Eran todo mentiras de mierda. Mentiras que solo un traidor podía soltar con semejante naturalidad. Hacía apenas tres semanas que habían celebrado su aniversario de bodas, seguían haciendo el amor con la misma (aparente) pasión que el primer día y nunca se iban a dormir sin decirse antes que se querían. No hacía ni quince horas que Sarah lo había oído por última vez.

Y entonces se dio cuenta. De que un nombre se deslizaba en sus conversaciones con más frecuencia que otros. De que ella jamás había sospechado porque su confianza en Ryan era absoluta y su convencimiento de que estaban hechos el uno para el otro había sido infalible hasta esa misma mañana. De que algo le había chirriado siempre en aquella mujer, aunque ella no fuera la culpable de nada, en realidad, y aunque aquella sospecha fuera solo un rumor sordo, de

esos que no se oyen del todo hasta que el resto del ruido se apaga.

—Samantha...

Ryan se quedó en silencio y, si hubo una ocasión en la que se podía aplicar el dicho de que «El que calla otorga», fue aquella.

—Joder, estás liado con Samantha.

—No es un lío. Es...

—Te juro por Dios que si dices que es amor, te tiro por la maldita ventana.

Samantha era una mujer escultural. Morena, con unos ojos verdes que impresionaban y un cuerpo en el que había invertido muchas horas de gimnasio y unos cuantos miles de dólares en cirugía estética. Había entrado a trabajar en la oficina de Ryan hacía algo más de un año y Sarah la había conocido en el cóctel de Navidad de la empresa. Incluso habían quedado para cenar unas cuantas semanas después, con ella y su marido, Samuel. Hasta habían hecho bromas con que eran Sam y Sam. Qué ridícula se sentía.

—Lárgate ya —le dijo a Ryan, a pesar de que sabía que solo unas horas después se arrepentiría, cuando lo echara tanto de menos que solo querría morir.

—No quería que las cosas acabaran así, Sarah —le respondió él, aunque su mano derecha ya agarraba el asa de la maleta más grande que tenía.

—¿Y cómo pretendías que acabaran cuando dejas a tu mujer por una compañera de trabajo? ¿Con besos y abrazos?

—Lo siento, si es que sirve de algo que te lo diga.

—No. No sirve de nada.

Y eso sí que era una enorme verdad. Nada de lo que se dijera allí serviría ya de nada. Lo único que Sarah podía hacer en ese momento era tumbarse en aquella cama que había sido de matrimonio pero ya no lo era, llorar y tratar de reunir fuerzas para llamar a Barbie y suplicarle que acudiera al rescate.

Posible padre nº 2: Sam

Sarah pasó los cuatro días siguientes acurrucada en el sofá del salón de Barbie. Su amiga supo que la situación era grave cuando no la oyó hacer ni un solo comentario sobre la decoración del apartamento, que rebosaba color rosa (en todas sus tonalidades, desde el rosa palo al fucsia chillón) en cada centímetro cuadrado. Nunca hasta entonces había pasado más de dos minutos en aquella casa sin protestar por el gusto decorativo de su mejor amiga.

—¿Piensas ir a trabajar mañana? —le preguntó Barbie preocupada, tras intentar sin éxito que Sarah comiera algo caliente. Durante las últimas cien horas había subsistido a base de patatas fritas de bolsa y Coca-Cola *light*.

—Qué remedio... El jueves y el viernes pude inventarme una migraña, pero esa excusa ya no me valdrá para mañana.

—Pues no pienso permitir que salgas de esta casa sin haber desayunado bien. Lo último que nos interesa en este momento es que te desmayes en plena oficina.

—¿Me prepararás tus tortitas esponjosas especiales?

Barbie se lo prometió, por supuesto, pero ver a Sarah tan vulnerable la hizo preocuparse más de lo que ya estaba. Ellas se habían hecho amigas por el método de los polos opuestos: donde Barbie era tierna, cariñosa, romántica e idealista, Sarah era una mujer de hierro, con las ideas tan claras en cuanto a su carrera profesional como a la certeza de que pasaría el resto de su vida casada con Ryan. Quien la conocía bien sabía que Sarah también era una buena persona, una amiga de primera, solidaria, graciosa y llena de sueños, pero lo que más destacaba en ella a primera vista era su fortaleza. Por eso dolía tanto ver el daño que Ryan le había hecho.

A la mañana siguiente, las dos cumplieron su palabra. Barbie preparó una bandeja gigantesca de tortitas esponjosas y la colocó sobre la mesa del comedor rodeada por recipientes llenos de sirope de arce, mermelada de arándanos, miel, azúcar y crema de chocolate. Y Sarah se comió al menos tres, lo cual no era la alimentación más sana que se pudiera esperar, pero al menos le daría el subidón de azúcar necesario para aguantar la jornada laboral.

En la oficina, Sarah no hizo ninguna alusión a lo que le había ocurrido, en parte porque no tenía aún capacidad para afrontarlo y en parte para no delatarse a sí misma sobre los motivos de su ausencia los anteriores dos días laborables. Solo cuando Peter, su asistente, le preguntó si pensaba escaparse a la hora de comer para reunirse con Ryan, Sarah le pidió que no volviera a mencionar ese nombre en su presencia, que borrara su teléfono de la agenda y que, en el remoto caso de que él algún día telefonara, no le pasara la llamada. Peter era lo suficientemente espabilado como para no hacer ninguna pregunta más.

Después de una jornada laboral de once horas, sin permitirse ni siquiera una breve pausa para comer, Sarah tomó una decisión. No le apetecía volver a casa de Barbie, no porque no se sintiera bien tratada allí, sino por todo lo contrario: necesitaba volver a ser una mujer independiente, una que sabía cuidar de sí misma. Tenía que volver a su apartamento.

Barbie la entendió cuando se lo explicó, aunque se quedó preocupada. No le parecía que hubiera ningún problema en que Sarah se dejara cuidar durante unos cuantos días más, no veía ninguna relación entre eso y ser una mujer independiente, pero la comprendía.

Sarah se sintió extraña cuando entró en aquel piso de lujo, cercano a Central Park, en el que había vivido los últimos cuatro años junto a Ryan. Ella se había enamorado de ese piso la primera vez que había entrado en él acompañada por el agente inmobiliario. Lo había decorado con mimo, había elegido cada mueble, cada detalle, cada fotografía enmarcada sobre la repisa de

la chimenea del dormitorio. Y, sin embargo, ahora se sentía tan desconectada de él como si acabara de entrar en la habitación de un hotel de lujo de Manhattan.

Sarah exhaló un suspiro de alivio cuando abrió el frigorífico y se encontró una botella de vino blanco sin abrir. No quiso dedicar ni un segundo a pensar para qué ocasión especial lo habría puesto a enfriar menos de una semana antes, en aquella vida anterior de la que ya no parecía quedar nada. Utilizó con dificultad el sacacorchos y se preguntó de cuántas tareas que durante años habían sido cosa de Ryan tendría que hacerse cargo ella ahora. Prefirió no ahondar en esa línea de pensamiento o acabaría bebiéndose la botella entera a morro en lugar de la copita que pensaba degustar sentada en el sofá, mientras escuchaba un disco de *jazz*, de esos que Ryan nunca quería que pusiera porque él odiaba ese estilo de música.

En la siguiente media hora, Sarah tomó dos decisiones, que se tradujeron en dos mensajes enviados a deshora. El primero, a aquel agente inmobiliario tan elitista que se había embolsado una buena comisión al venderles el piso unos años antes. Con el lenguaje más aséptico que fue capaz de utilizar, le explicó que su situación familiar había cambiado y que le gustaría vender el apartamento y comprar algo bastante diferente, en otra zona. No tenía una idea clara, quizá un estudio en el Village o un *loft* de estilo industrial en la zona de Meatpacking serían una buena idea. Pero se dejaría aconsejar por los profesionales y elegiría por puro instinto. Estaba segura de que Ryan, siempre que recibiera su cincuenta por ciento correspondiente de los beneficios de la venta, no pondría ningún inconveniente. Ni siquiera había mostrado la menor intención de quedarse allí.

La siguiente decisión que tomó Sarah fue algo más cuestionable, así que decidió que culparía a la segunda copa de vino si alguien se enteraba en algún momento de lo que había hecho. Cogió su teléfono móvil, buscó un contacto concreto en la letra «S» y envió un mensaje. Sin tener demasiada idea de cómo había ocurrido, media hora después, Sarah había quedado con Samuel, el marido de Samantha, para tomar una copa al día siguiente a media tarde.

La jornada laboral se le hizo eterna a Sarah y varias veces estuvo a punto de cancelar aquella cita absurda que solo podía haber sido fruto de una combinación de demasiado cansancio, una mente aún muy embotada por el desamor y un delicioso vino blanco. Pero el caso es que no lo hizo. Trabajó con cierta eficacia durante nueve horas, lo cual le devolvió parte de la seguridad en sí misma que Ryan le había robado; una de las cosas que más odiaba de su situación de los últimos días era haber perdido la eficiencia laboral. Solo podía dar las gracias por haber recuperado parte de su propia esencia. Eso le hacía confiar en que, tal vez, cuando la enorme pena que sentía pasara, podría volver a ser ella misma. Quizá incluso una versión mejor.

Minutos antes de las siete de la tarde, se encerró en el cuarto de baño de la oficina y se aseó un poco. Retocó el maquillaje que se había aplicado aquella mañana, se recolocó el traje de chaqueta verde, que estaba más arrugado de lo que le gustaría, y salió repiqueteando con sus tacones por los pasillos ya desiertos a esa hora de la oficina.

Cuando vio entrar a Samuel en el bar irlandés de lujo en el que se habían citado, entendió que él ya estaba al tanto de lo que ella pretendía comunicarle. Sarah no había tenido muy claras sus intenciones con aquella cita en todo el día, pero lo supo cuando lo vio: estaba allí por solidaridad. Porque, al fin y al cabo, aquel hombre y ella habían pasado por lo mismo en los últimos días y se merecían poder apoyarse.

Samuel y Sarah habían coincidido tres o cuatro veces durante aquel año en ambientes

laborales. Él dirigía una agencia de comunicación que trabajaba en ocasiones con la empresa de marketing de ella, así que se habían saludado con cortesía cuando algún encargo los había hecho coincidir. A Sarah le caía bien el hombre y le daba mucha pena pensar que la lujuria, la traición o lo que fuera que hubiera ocurrido entre su exmujer y Ryan se hubiera llevado por delante también su felicidad.

—¿Cómo estás? —le preguntó Sarah después de un par de frases de cortesía centradas en el lugar seguro de lo laboral—. Supongo que...

—Sí, estoy enterado de lo que han hecho. —Los ojos de Samuel se llenaron de lágrimas y Sarah tuvo que apartar la mirada para no contagiarse—. ¿Que cómo estoy? Pues... ni siquiera sé responder.

—Sí. Te entiendo. —Sarah dio un trago a la cerveza que acababan de servirle—. Descolocado, incrédulo, decepcionado, triste, asustado... Y lo peor de todo: aún enamorado de ella, supongo. ¿Me equivoco?

—No. —Sam intentó esbozar una sonrisa, aunque le salió poco más que una mueca—. Creo que has hecho un análisis muy certero. Imagino que tú no estarás muy diferente.

Permanecieron un rato en silencio, bebieron de sus vasos de cerveza. Sonaba una canción de Talking Heads por el hilo musical del local y Sarah se sorprendió tarareándola en voz baja, aunque no habría sabido decir el título. Tampoco habría tenido la menor idea, si alguien le hubiera preguntado unas horas después, de cómo Samuel había acabado posando la mano sobre su rodilla ni de cómo ella le había propuesto, con una voz sensual que la avergonzaría si la oyera en otro contexto, que se tomaran la última copa en su apartamento.

Cogieron un taxi que los dejó en la puerta del edificio de Sarah e hicieron el trayecto en silencio. También sin decir palabra subieron en el ascensor, entraron en el piso y bebieron de un único vaso con dos hielos y un buen chorro de whisky que Sarah sirvió con rapidez. Ni diez minutos después, estaban desnudos, sobre aquella cama que Sarah solo había compartido con Ryan en toda su vida. Le gustaría poder haberle echado la culpa al alcohol, pero sabía que no estaba ni un poco borracha. Tampoco Sam.

Sam se corrió aquella noche; ella no, aunque lo intentó con ahínco y a pesar de que él era un amante entregado. O todo lo entregado que podía ser un hombre que, a aquellas alturas de su vida, era solo una sombra de sí mismo.

—Esto... —Sarah quiso decir algo, pero quizá antes de empezar a hablar debería haber pensado qué quería decir. Por suerte, Sam sí parecía tenerlo claro.

—Esto ha sido una venganza. —Él soltó una risotada amarga—. Perdona, no pretendo menospreciar lo que ha pasado, pero teniendo en cuenta que hace menos de una semana que nos hemos enterado de que nuestras parejas se acuestan...

—Sí que ha sido una venganza. —Sarah sintió un ataque de pudor repentino y se tapó hasta la barbilla con la sábana—. No sé en qué nos convierte eso, pero...

—No tiene por qué convertirnos en nada. Los dos estamos jodidos y, al menos durante este rato, lo hemos pasado bien. —Samuel la miró—. Yo me lo he pasado bien, al menos, espero que tú...

—Yo también. —Sarah le sonrió.

—Pues eso... Que no tenemos por qué darle más trascendencia, ni mucho menos sentirnos culpables. En el fondo, solo somos...

—¿Qué? —lo apremió ella cuando él se quedó un rato demasiado largo en silencio.

—En el fondo solo somos dos pobres desgraciados que nos hemos vengado de dos personas a las que aún queremos y que jamás se van a enterar de que lo hemos hecho.

A Sarah le pareció un tío inteligente Samuel por decir aquello. El día no iba a dar mucho más de sí y era obvio que tampoco él se quedaría a dormir. Con mayor dignidad de la que podría esperarse dadas las circunstancias, Samuel recuperó su ropa del suelo, se despidió de ella con un gesto de la cabeza y se marchó.

3

Posible padre nº 3: Josh

Sarah tardó tiempo en darse cuenta de lo desesperada que había estado en esos primeros días después de que Ryan se marchara. Barbie había intentado advertirla, pero ella no quería escuchar a nadie. Estaba rota, tanto como su matrimonio, y no era capaz de tomar ni una sola buena decisión. Todas sus fuerzas las concentraba en levantarse por las mañanas, vestirse, desplazarse hasta las oficinas de su empresa y trabajar. En todas las demás facetas de su vida, no dejaba de fracasar.

Echaba de menos a Ryan. Lo echaba muchísimo de menos. Y odiaba hacerlo. Durante los años que había pasado con él, nunca se había planteado que su relación se pudiera acabar, pero, si lo hubiera hecho, habría visualizado una separación muy civilizada. Aunque se habían querido con locura (o eso pensaba Sarah), los dos eran personas frías en cierto sentido; o, mejor dicho, racionales. Sarah recordaba las muchas veces que Ryan había llegado a casa criticando a algún conocido común que estaba involucrado en un infierno de separación tormentosa. Los dos siempre habían estado de acuerdo en que una pareja a la que se le acababa el amor no tenía por qué convertirse en una enemistad; al contrario, ellos siempre habrían apostado porque seguirían siendo amigos si algún día dejaban de amarse. Pero no había sido así.

En realidad, solo había hablado dos veces con Ryan en las casi dos semanas que hacía desde que él se había marchado de casa. La primera fue una llamada de él. Sarah, cuando vio el nombre de Ryan en la pantalla de su móvil, revoloteó de alegría. Durante los brevísimos segundos que tardó en responder, pensó, convencida, que él la llamaba para decirle que no se iban a separar, que seguía queriéndola muchísimo, que por supuesto que se arrepentía de haber cometido el enorme error de marcharse... Pero no ocurrió. En realidad, él solo le pedía que le enviara por mensajería, a portes debidos, una carpeta que se había olvidado en el despacho que tenía en su apartamento y que necesitaba para una operación urgente en su trabajo. La decepción de Sarah después de colgar el teléfono había sido tan intensa que había llorado hasta quedarse dormida.

La segunda vez que hablaron resultó ser incluso peor. Fue dos noches después. Sarah había tenido un día especialmente duro en la oficina, ya que uno de sus jefes los había invitado a cenar en su mansión de Long Island, a los dos, a Sarah y Ryan. En cualquier otro momento de su vida profesional, habría considerado aquello como un enorme honor, y también como un paso adelante en su carrera, ya que no era habitual que los peces gordos de la planta 17 de la empresa invitaran a una empleada menor de treinta años a ese tipo de encuentros sociales. ¿Y cómo había reaccionado Sarah ante aquel hombre que podría ser ya no su padre, sino su abuelo? Se había echado a llorar. Por suerte, él se había mostrado enormemente comprensivo y Sarah había acabado confesándole que Ryan y ella ya no estaban juntos.

Después de aquel momento tan incómodo, ya no se había quitado de encima el dolor en todo el día. De vuelta a casa, tras una jornada laboral que se le había hecho eterna, paró en un supermercado e hizo una compra que era toda una declaración de intenciones: dos tarrinas de helado de chocolate y caramelo salado, y dos botellas de vino blanco espumoso. Podría haber llamado a Barbie para compartir aquel botín, pero no tenía fuerzas para socializar. Solo para llorar y compadecerse de sí misma.

Y, en medio de aquella noche horrorosa, había cogido el teléfono y había llamado a Ryan. No hacía aún dos semanas desde que él se había marchado de casa y, aunque los dos habían cometido errores (ella, acostarse con Sam; él, todo aquello que había conducido al

divorcio), podrían hablar e intentar arreglar algo. Lo que fuera. Sarah necesitaba que *algo*, una sola cosa, funcionara bien en su vida en ese momento. Pero la respuesta de Ryan no fue la que necesitaba. En cuanto ella se echó a llorar, más o menos en la segunda frase, él colgó el teléfono. Y, a continuación, le envió un mensaje que decía: «Sarah, esto no puede repetirse. Creo haber dejado claro que lo nuestro no va a arreglarse y te deseo, de corazón, que puedas rehacer tu vida. Pero será sin mí».

Odiaba que él hubiera dicho «de corazón» porque, a esas alturas, Sarah dudaba seriamente de que él tuviera ese órgano latiéndole en el pecho. Quizá nunca lo había tenido.

«Pero será sin mí». Esas cuatro palabras le retumbaban en la cabeza sin que pudiera evitarlo. Y, para intentar acallarlas, solo encontró una manera. Una manera errónea, por supuesto, como todo lo que hacía Sarah en esos días.

Se levantó del sofá de un salto que hizo que se revolviera la mezcla letal que el helado y el vino espumoso habían hecho en su estómago. Pero eso no la hizo rendirse, así que fue hasta el enorme vestidor de su dormitorio. Consiguió evitar que su mirada recayera en las partes del armario en las que faltaban las prendas que Ryan se había llevado y cogió un vestido negro que parecía muy básico, pero que siempre le había sentado como un guante. En otro tiempo, en otra vida, Sarah lo consideraba su vestido de la suerte. Cuando Sarah aún creía tener suerte.

Se peinó y se maquilló en tiempo récord, mientras entraba en el chat de la empresa, en un canal que tenían los empleados para cuestiones que no tenían relación con el trabajo, y revisó una conversación que había pasado por alto durante la jornada laboral. Varias compañeras de su departamento planeaban una salida nocturna y tomó nota mental del local en el que habían quedado. Seguramente las sorprendería verla aparecer sin haber avisado antes, pero no pensaba dar explicaciones. Necesitaba beber, bailar y, por encima de todo, poner la mente en blanco.

Llegó al local de Chelsea algo después de la medianoche. No encontró por ninguna parte a sus compañeras, pero eso no fue impedimento para que entrara en el club y se pidiera una copa de ginebra con tónica. No estaba lo suficientemente borracha como para que el eco de aquellas palabras de Ryan, aquel «Pero será sin mí», se borrara del todo, así que necesitaba algo más.

Durante las dos horas siguientes, Sarah bailó, bebió y tonteó. En un determinado momento de la noche, un impresentable se acercó a hablar con ella y posó una mano sobre su rodilla sin permiso. Sarah lo apartó de un empujón que a él apenas lo movió de su sitio, pero enseguida apareció un camarero a hacerse cargo de la situación.

—Gra-gracias —balbuceó Sarah.

Al menos la mitad del alcohol que llevaba en sangre se evaporó en ese momento. Se acordó de golpe de su época universitaria, cuando aún salía por ahí a ligar, antes de conocer a Ryan. Y se acordó también de lo poco que le gustaban las sensaciones de esos tiempos. Siempre se había sentido un poco como una presa rodeada de depredadores. Creía que esa noche iba a ser divertida, o al menos terapéutica, pero le había dado otro motivo más para recordar por qué el hecho de que Ryan se hubiera largado era una mierda enorme.

—No sé si es muy buena idea que una chica esté sola en un local como este —le respondió el camarero a su agradecimiento.

—¿Ah, no? —Sarah se envalentonó—. Según tú, ¿las chicas debemos estar encerradas en casita los viernes por la noche para que los neandertales no nos hagan daño?

—Pues... encerradas no, claro. —El chico se pasó una mano por la barbita de tres días que tenía, que a Sarah le parecía de lo más mona—. Pero lo que has dicho de los neandertales, por desgracia, no se aleja mucho de la realidad. Este club es una mierda.

—¿Y por qué trabajas aquí?

—Porque tengo que pagar el alquiler y Nueva York no es precisamente una ciudad barata.

Unos segundos después, el chico se disculpó y regresó a la barra de la que se ocupaba. Sarah se quedó allí unos segundos dubitativa, pero finalmente se acercó a pedirle una copa.

—Vale, pero... —Él cogió una botella de ginebra premium de la balda que había tras la barra y empezó a servir la copa—. Pero quédate por aquí cerca si te sientes insegura.

—Yo no...

—Solo si te apetece, vaya. Yo acabo el turno dentro de media hora y no me gustaría tener que volver a rescatarte de esos neandertales que comentábamos antes.

—Vale.

Cuando Sarah acabó aquella copa, no estaba del todo sobria, pero tampoco se sentía borracha. Tampoco había logrado olvidar a Ryan —se preguntaba si algún día lo haría—, pero ya no le retumbaban dentro sus palabras en un eco de dolor. Solo quería retomar su vida. Eso sí lo tenía claro. Desde que era muy joven, Sarah había tenido clarísimos sus objetivos vitales y, aunque el del matrimonio para toda la vida, los niños, la casa con valla blanca y el perro de anuncio se le había estropeado... aún había muchas cosas que quería volver a sentir.

Barbie, o cualquier otra persona con dos dedos de frente y cero miligramos de alcohol en sangre, le habrían dicho que aún era demasiado pronto para intentar volver a sentir *cosas*. Que dedicara un tiempo al duelo, a superar la ruptura de una relación que había durado casi toda su vida adulta. Pero Barbie no estaba allí. Y las personas que la rodeaban, desde luego, no habrían pasado un control de alcoholemia con éxito.

—¿Ya te vas? —le preguntó al camarero cuando vio que él se ponía una sudadera negra sobre el polo con el logo del local.

—Son las dos de la mañana. «Ya» no es la palabra que yo diría.

—Pero la noche es joven. —Sarah le sonrió con lo que creyó que era coquetería, pero no estaba muy segura de si había salido airosa del intento—. Y tú también.

Él respondió solo con una carcajada y ella le sonrió.

—Me llamo Josh. —Le tendió la mano y a ella le gustó que no invadiera su espacio vital acercándose a darle un beso, aunque... por otra parte, estaba dispuesta a compartir algo de ese espacio con él.

—Yo soy Sarah. —Lo miró y decidió lanzarse a la piscina. Bendita fuera la ginebra por darle valor para lo que sobria nunca lo tendría—. ¿A dónde te vas ahora?

—Repito: son las dos de la mañana. —Él volvió a reír. Sarah se fijó en que tenía una dentadura perfecta... y preciosa—. Me voy a la cama.

—¿Y dejarías que te acompañara?

Él respondió con un gesto algo enigmático, pero le indicó con la mano la salida del local. A Sarah la sorprendió el frío que notó al pisar la calle y tuvo que reprimir un escalofrío.

—¿Dónde vives? —le preguntó a Josh, algo tímida de repente.

—No demasiado lejos. ¿Te apetece dar un paseo?

—Claro.

Él tenía razón; en apenas diez minutos llegaron a un portal algo destartado, que él abrió con sus llaves. Subieron dos tramos de escaleras un poco mugrientos y llegaron a un estudio diminuto; el piso de Josh no debía de medir más de quince metros cuadrados, en los que se acumulaban un sofá-cama, una mesa de comedor con solo una silla, una cocina pequeñísima y un cuarto de baño en el que parecía imposible que cupieran un inodoro, el lavabo y una ducha. Pero lo cierto era que estaba impecable y hasta decorado con cierto gusto.

—Aquí no hay mucho espacio para dos personas, pero... —Josh se rascó la cabeza en un gesto algo tímido—. Puedes quedarte a dormir en el sofá-cama. Yo trabajaré un buen rato en la mesa.

—Pero...

—No tengo por costumbre acostarme con mujeres que han bebido de más, Sarah. No te ofendas.

—No he...

Ella se interrumpió a mitad de su excusa. Claro que había bebido. Quizá no lo suficiente como para no saber lo que hacía, pero sí demasiado como para que un tío decente considerara ético llevársela a la cama. En ese momento, podría haber pedido un Uber para regresar a su casa con la poca dignidad que le quedaba intacta, pero aquel sofá tenía una pinta tan apetecible... que cuando se quiso dar cuenta ya había conciliado el sueño.

Cuatro horas después, el sol se colaba tímido por la única ventana de aquel estudio. Sarah tardó unos segundos en ubicarse y saber exactamente dónde estaba. Comprobó que seguía vestida, si es que a aquel gurruño de tela en que se había convertido su *little black dress* se le podía llamar «vestido». Y también vio que Josh, aquel chico del que no conocía siquiera su apellido, pero no había tenido problema en pasar la noche en su sofá, dormía sentado en una silla y con la cabeza apoyada en la mesa. Casi como si al mirarlo lo hubiera invocado, él despertó.

—Hey, hola —le dijo con voz pastosa—. ¿Cómo estás?

—Presiento que mejor que tu espalda. —Sarah le sonrió tímida—. Siento mucho haberte robado el sofá.

—Olvidalo. —Josh se levantó, bostezó y se estiró un poco, antes de dirigirse a la cocina—. ¿Quieres desayunar algo? A mí me apetecen unos huevos revueltos. ¿Con aguacate está bien?

—Está... más que bien. Pero no quiero abusar, por favor. Enseguida me marchó a mi casa.

—Como quieras. —Josh se encogió de hombros—. Pero mucho tiempo no vas a perder en desayunar.

Compartieron dos tostadas de huevos revueltos, aguacate y salmón, sentados en la pequeña mesa que había servido de almohada a Josh durante la noche. Y también compartieron miradas. Muchas miradas. Tantas que, cuando el café se enfrió en las tazas y solo quedaron sobre los platos unas pocas migas de pan, acabaron compartiendo también un beso.

—Yo no...

Sarah hizo amago de arrepentirse, pero no fue convincente ni consigo misma, ya que el siguiente movimiento de su lengua no fue para hablar, sino para abalanzarse sobre la boca de Josh.

La gran ventaja de un estudio tan pequeño era que no se tardaba nada en llegar a la cama. O, mejor dicho, al sofá. La ropa de ambos voló casi sin que tuvieran consciencia de ello. Y el orgasmo con el que finalizaron su encuentro resonó a gritos entre aquellas paredes de una manera que Sarah apenas recordaba que le hubiera ocurrido antes.

Sarah se dio cuenta de que se había quedado algo traspuesta después de aquella culminación tan gloriosa. No debían de haber sido más de diez o quince minutos, pero resultaron suficientes para que Josh hubiera caído en un profundo sueño que hizo que Sarah se sintiera culpable por no haberle permitido descansar en toda la noche... ni en lo que llevaban de mañana.

Se deslizó de entre las sábanas teniendo cuidado de ser muy sigilosa. Recuperó su vestido negro y los tacones, se los puso a toda velocidad y prefirió evitar su reflejo en el espejo de cuerpo entero que colgaba tras la puerta de entrada. Prefería ni pensar en el aspecto que tendría

después de aquellas últimas horas tan descontroladas.

Huyó. Estuvo a punto de arrepentirse cuando cerró la puerta, consciente de que Josh no tenía su teléfono ni forma alguna de localizarla. Pero no podía complicarse la vida. Hacía pocos días que Ryan la había dejado y ella ya se había acostado con dos hombres diferentes y prácticamente desconocidos. Prefería no dedicarle un segundo pensamiento a esa culpabilidad que la inundaba a ratos, pero al menos sí se daba cuenta, ahora que el alcohol había desaparecido por completo de su organismo, de que estaba fuera de control. De que, si seguía tomando decisiones de forma alocada, podía llegar a arrepentirse. Y de que su vida ya estaba suficientemente patas arriba con un divorcio espantoso y un trabajo de gran responsabilidad que mantener como para complicarse aún más.

Volvería a casa y pondría todo su esfuerzo en encarrilar su vida y dejar de hacer locuras de una vez.

De vuelta al presente

—Mierda, mierda, mierda... —Sarah seguía con su letanía y, de nuevo, sostenía el test de embarazo en su mano—. ¿Lo entiendes ahora? ¿Entiendes el desastre en el que estoy metida?

—¿En tu instituto no había clases de educación sexual? —Barbie arqueó una ceja—. Lo del condón y todo eso...

—¡Calla! —Sarah se tapó la cara con las manos—. Con Ryan, obviamente, llevábamos años sin usarlo, ya que intentábamos tener un hijo. Y con los otros dos... supongo que, como no tengo el hábito, no lo pensé. ¡Si hubiera pensado con claridad ni siquiera me habría acostado con ellos!

—¿Y ellos qué? ¿No tienen tampoco dos dedos de frente?

—Sam estaba tan en *shock* el día que ocurrió que lo mismo podría haberse puesto un condón que la manopla del horno. —Barbie tuvo que hacer un esfuerzo por contener la risa—. E imagino que Josh pensaría que yo tomaba la píldora o algo así.

—Bueno, vayamos a lo importante. —Barbie se levantó, puso en funcionamiento la cafetera de goteo y rescató algo de pan de una alacena de la enorme cocina de Sarah—. Vamos a comer algo decente, tomarnos un café que nos espabile la cabeza y centrarnos en la búsqueda de soluciones.

—Me gusta cómo suena eso.

Con algo parecido a un almuerzo sano sobre la mesa del salón, Sarah y Barbie retomaron la conversación. Esa que Sarah tanto necesitaba para que alguien le pusiera negro sobre blanco las posibilidades a las que se enfrentaba a partir de ese momento. Podría haber intentado hacerlo ella sola, pero estaba segura de que no habría salido bien.

—Lo primero, primerísimo. —Barbie le dio un sorbo a su taza de café y miró a Sarah con cariño—. ¿Tú quieres ser madre en este momento? ¿Estás segura de eso?

—Segurísima. Aunque no deje de repetir «mierda, mierda, mierda», te prometo que es solo por el follón que va a implicar todo esto, no por la maternidad en sí. Hacía años que Ryan y yo lo estábamos intentando y no te imaginas la frustración que era, mes tras mes, descubrir que no lo habíamos conseguido.

—Vale. Pero... la situación no es la misma. No me malinterpretes, no es que yo te quiera convencer de que abortes. Nada me gustaría más en el mundo que vestir de rosa a un hijo tuyo...

—Barbie... —Sarah no pudo evitar que le diera la risa.

—Pero no quiero que acabes arrepintiéndote. Una cosa era desear ser madre dentro de un matrimonio estable...

—Ya ves lo estable que acabó siendo mi matrimonio.

—Ya, pero lo parecía. No es lo mismo eso que ser madre soltera o tener un hijo con tu exmarido o con un tío al que apenas conoces o con otro tío al que no conoces en absoluto.

—Suena realmente horrible.

—Pero no lo es. Estás embarazada, quieres tener un hijo y... solo debes resolver la cuestión de quién es el padre.

—Sí, *solo* eso.

—¿Cómo lo vas a hacer?

—Pues con total sinceridad, Barbie. En bastantes líos me he metido ya como para enredarme en algún tipo de follón sin sentido. Iré a hablar con cada uno de ellos y les pediré que se presten a dar una muestra de ADN para comprobar quién es el padre en realidad. Para que no haya ningún tipo de duda. Supongo que uno de ellos odiará mi inoportuna fertilidad y los otros

dos respirarán aliviados.

—¿Y piensas seguir algún orden?

—Empezaré por Ryan, claro. De hecho, si él se presta a darme su muestra de ADN, es muy probable que ya no tenga que pasar la vergüenza de llamar a Sam ni de presentarme en el club para buscar a Josh.

—¿Crees que Ryan es el padre?

—Es el que más papeletas tiene, desde luego. Con él me estuve acostando todas las semanas anteriores al divorcio. Al fin y al cabo, con los otros dos fue solo un polvo rápido.

—Pero muy placentero, por lo que he entendido.

—No me hagas recordarlo, te lo pido por favor.

—Tengo la sensación de que ya lo recuerdas tú solita lo suficiente.

—Más de lo que te imaginas, pero me temo que no con tanto placer como quieres creer.

Acabaron de comer en silencio y Sarah sintió que cierto peso se descargaba de sus hombros. Compartir las penas y las angustias con una buena amiga era un método infalible para empezar a ver la luz al final del túnel.

—Y ahora que hemos decidido esto... —Barbie la miró a los ojos—. Ahora quiero decirte un par de cositas en las que he estado pensando. Algunas en las últimas horas y otras, ya desde hace días.

—Tú dirás.

—Lo primero es que creo que deberías buscarte otro apartamento. Sabes que este me parece impresionante, pero está lleno de recuerdos y de... Ryan. Si de verdad quieres empezar una nueva vida, creo que estaría bien que...

—Eso ya está en marcha.

—¿Sí?

—A partir de la semana que viene empezaré la loca búsqueda de piso en Manhattan, teniendo en cuenta que ahora necesito cosas con las que no contaba, como un dormitorio para mi hijo, cercanía a guarderías y zonas verdes...

—Vale, vale. Te he subestimado. Veo que ya lo tienes todo en mente.

—No todo, pero... al menos algo.

—Bien, pues lo otro que quiero decirte es que cuentes conmigo. Por favor. Sé que tus padres viven lejos y que no tienes mucha más familia, sobre todo cerca de Nueva York, pero... me tienes a mí. No quiero que te impongas la responsabilidad de hacer esto tú sola porque no es necesario. Si quieres, incluso, me mudaré aquí, o al lugar donde estés viviendo entonces, el tiempo que necesites para ayudarte a cuidar del bebé.

—Barbie, ¿qué haría yo sin ti? —Sarah no pudo reprimir las lágrimas. No sabía si eran las hormonas o toda la situación en la que estaba envuelta, pero no recordaba haberse sentido tan emocional en toda su vida.

—Pues no lo sé, pero tampoco vas a tener posibilidad de comprobarlo, así que... para qué preguntarnos estupideces. —Su amiga se acercó a ella y le dio un beso rápido en la mejilla—. ¿Cuándo piensas quedar con esa mierda gigantesca de persona que es Ryan?

—¿Eres consciente de que, si al final resulta ser el padre del bebé, tendrás que dejar de insultarlo?

—Ese será el regalo más costoso que le haré a ese niño jamás.

—Pues... creo que mañana mismo. Le enviaré un mensaje, ya que en nuestra última llamada me dejó muy claro que no quiere saber nada de mí. Supongo que si le digo que es algo importante sobre el divorcio no se negará a verme.

—Y, si lo hace, Sarah, siempre te queda la opción del descarte.

—¿Cómo dices?

—Si no consigues el ADN de Ryan, pero sí el de los otros dos y resultan no ser ninguno de ellos...

—¿Sabes? Si eso ocurre... Si no llego a tener la prueba de ADN de Ryan porque se niega a verme o a comunicarse conmigo, que sea lo que tenga que ser.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no se lo diré nunca. De hecho, ojalá mi moral me permitiera hacer eso como primera opción: tomarme esto como si fuera una donación de semen para conseguir mi soñado objetivo de ser madre.

—Me parece bien. Todo lo que has dicho.

—A mí a ratos no sé lo que me parece, pero... será lo que tenga que ser. Mañana veré a Ryan y la suerte estará echada.

Sarah consiguió contactar con Ryan después de nueve llamadas, a las que él no respondió, tres correos electrónicos y una incómoda conversación a través de WhatsApp. Todo eso hizo falta para que él comprendiera que no iba a pedirle una segunda oportunidad ni poner dificultades al divorcio.

«¿Podemos vernos esta tarde, por favor? Intentaré no robarte demasiado tiempo», le dijo finalmente Sarah. Y Ryan respondió que de acuerdo, siempre que la reunión fuera breve y que fuera ella quien se acercara al hotel Plaza, donde él estaba viviendo desde que se había marchado del apartamento que compartían. Sarah se preguntó, cuando dejó a un lado el teléfono, cómo podía haberse dado tanto la vuelta su vida como para no saber ni dónde vivía Ryan y para que cualquier conversación entre ellos tuviera ese aire como de desconfianza.

Sarah lo negaría ante cualquiera que se lo preguntara, pero se cambió de ropa ocho veces antes de decidirse por la primera opción que había elegido: un traje pantalón en color verde botella que solía utilizar para sus reuniones profesionales. Al fin y al cabo, aquello que tendría con Ryan se parecería más a una negociación que a una tranquila charla entre dos personas que se habían querido tantísimo.

—Hola, Ryan —lo saludó en cuanto se encontró con él en el elegante bar del Plaza—. ¿Qué tal estás?

Sarah dejó a elección de él el saludo, aunque a ella, a pesar de todo el rencor que sentía, le pedía el cuerpo darle un beso en la mejilla. Pero Ryan era ya otra persona. Tanto que ni siquiera la miró del todo, mucho menos se acercó a darle un beso, un abrazo o cualquier otro gesto de cariño.

—¿Qué quieres, Sarah? —Él decidió ir directo al grano.

—¿Podríamos hablar... en un sitio más privado? —Sarah echó un vistazo a su alrededor y se sintió incómoda ante el murmullo de tantas conversaciones—. ¿Quizá en tu habitación?

—Por favor, Sarah... —Ryan soltó una carcajada amarga—. Ten un poco de dignidad.

—¿Pero a ti qué coño te pasa?! —Sarah estalló—. Eres tú quien decidió dejarme, eres tú quien quiere comenzar una nueva vida, eres tú quien me ignora constantemente, a pesar de que hasta hace poco más de un mes estábamos felizmente casados... o eso parecía. ¿Y ahora me crees capaz de arrastrarte a una habitación de hotel para hacerte el amor a lo loco? ¿Pero quién te has creído que eres?

—Está bien, vamos.

Sarah sabía que no lo había convencido, sino que a él le había dado pudor comprobar que algunas miradas se habían dirigido hacia ellos en el momento en el que Sarah había levantado la voz. Pero le daba igual la causa. Para la conversación que iban a mantener, necesitaba privacidad.

Subieron en un ascensor hasta la planta undécima y Sarah siguió a Ryan por el pasillo enmoquetado hasta la habitación 1105. Al entrar, lo primero que percibió Sarah fue un golpe de perfume femenino que le invadió la nariz. Y a pesar de que llevaba más de un mes trabajando a diario en la ardua tarea de olvidar a Ryan, y a pesar de que el sentimiento que primaba con respecto a él era la decepción, un par de lágrimas llegaron a sus ojos. Así que estaba viviendo allí con Samantha... Quizá hubiera debido imaginarlo, pero, para ella, aquel hombre seguía siendo su marido —de hecho, legalmente aún lo era— y comprobar que compartía cama y vida con otra mujer le dolió de un modo que habría preferido ahorrarse.

Por suerte, Samantha no estaba allí, solo su aroma, y la habitación era una suite, por lo

que pudieron acomodarse en dos sillones gemelos que había alrededor de una mesita baja. Mejor, teniendo en cuenta que, con solo un vistazo, Sarah había visto un pintalabios sobre la encimera del cuarto de baño y un par de pendientes encima de la mesilla de noche. Y más le valía sacarse de la cabeza esas ideas porque necesitaba toda la mente fría que pudiera reunir para afrontar la conversación que se avecinaba.

—Bien, pues... tú dirás —le dijo Ryan mientras hacía un gesto con la mano como para apremiarla.

—Bueno, Ryan... No sé muy bien cómo decirte esto, pero... —Sarah tuvo que coger aire un par de veces seguidas y hasta se atrevió a alcanzar una botella de refresco del minibar. Que lo pagaran Ryan y Samantha, que seguro que barato no sería—. Solo te voy a pedir que muestres respeto hacia mí cuando te lo diga y que ni se te pase por la cabeza que ha sido algo planificado, porque créeme que mi vida va a cambiar muchísimo más de lo que lo hará la tuya, en cualquiera de los supuestos que puedan darse a partir de ahora.

—Me he perdido. —Ryan puso los ojos en blanco y Sarah sintió un repentino deseo de estrangularlo—. ¿Podrías ir al grano, por favor?

—Estoy embarazada. —*Boom.* Ya estaba. Ya lo había soltado—. Lo sé desde hace... desde hace un par de días. Bueno, ya venía sospechándolo, pero...

—¿Qué cojones me estás contando, Sarah? —La cara de Ryan era un poema, pero Sarah, a pesar de que había creído conocerlo muy bien, fue incapaz de dilucidar qué emociones primaban en su expresión.

—Pues eso, Ryan, que ha ocurrido... No puedo saber la fecha exacta en la que pasó, sobre todo teniendo en cuenta que mis periodos siempre han sido muy irregulares, pero no hay duda de que es algo que sucedió entre el final de nuestro matrimonio y... y los siguientes diez o doce días.

—Pues tendrás que darle una vueltecita a lo que sea que hicieras en esos... diez o doce días. —¿Eran celos eso que parecía traslucir de la voz de Ryan?

—Creo que, dadas las circunstancias, no tienes derecho a hacer ni un solo comentario sobre lo que yo haya podido hacer con mi vida desde el mismo instante en que saliste por la puerta de nuestro antiguo apartamento. Pero, si sabes algo de biología, supongo que entenderás que hay muchas posibilidades de que tú seas el padre. Al fin y al cabo, hasta que lo mandaste todo a la mierda, estábamos intentando tener un hijo.

—Sin éxito, por si no lo recuerdas.

—Lo recuerdo muy bien, sí, gracias. —Sarah le hizo una mueca que no reflejaba ni un mínimo porcentaje del odio que sentía en ese momento.

—Me temo que tendrás que hablar con quien coño sea que follaste en los días siguientes a mi marcha, porque te puedo asegurar que yo no soy el padre de esa criatura. ¿Lo vas a tener, por cierto?

—Lo voy a tener. Y no voy a consentir que me digas si es posible o no que tú seas el padre sin que aceptes hacerte una prueba de ADN.

—¿Y si pudiera asegurarte que no lo soy?

—¡¿Pero cómo vas a poder hacer eso?! —Sarah volvió a gritar y se castigó internamente porque había jurado mantener la calma ante Ryan, pero... Dios, qué difícil se lo estaba poniendo.

Ryan se levantó y rebuscó en un maletín de cuero donde, aparentemente, guardaba documentos importantes que se había llevado de la casa que compartían. A pesar de que habían estado ahí, en la salita de la suite, durante todo el tiempo que llevaban hablando, solo en ese momento Sarah fue consciente de que estaban rodeados por una cantidad ingente de maletas. Le

extrañó que Ryan, con lo obseso del orden que había sido siempre, tuviera aún el equipaje sin deshacer después de más de un mes.

—Mira esto.

Los pensamientos de Sarah se vieron interrumpidos por la frase de Ryan. Y por el gesto con el que ponía delante de sus ojos un documento que parecía un informe médico.

Efectivamente, lo era. Se trataba del informe de alta de un conocido hospital privado de Manhattan en el cual se detallaba el tratamiento a seguir y los procedimientos efectuados al paciente llamado Ryan Willemsson después de su operación de... vasectomía.

—¿Qué es esto, Ryan? —Sarah pasó de los gritos a un tono de voz tan bajo que era apenas un susurro.

—Tengo hecha la vasectomía. Ya puedes seguir con tu ronda de búsqueda del padre de ese bebé.

—Ni se te ocurra hablarme así, Ryan. No sé qué bicho te ha picado en los últimos tiempos, pero es que ni pareces tú. No tengo ya ninguna esperanza de que lleguemos a tener una relación cordial en el futuro, pero soy muy consciente de que no he hecho nada para merecer tus insolencias.

Él no respondió. Se limitó a mirarla fijamente. Sarah aún lo conocía bien, o medio bien, y dedujo que lo único que había en sus ojos era pura impaciencia. Habría soltado de buena gana un puñado de dólares para convencerla de que se largara de su hotel cuanto antes.

Pero Sarah estaba inmovilizada. No solo por el *shock* de descubrir que el hombre al que tanto había amado y con el que tanto había planeado convertirse en madre se había hecho la vasectomía. Su auténtico impacto fue descubrir, en aquel informe médico, la fecha en la que Ryan se había sometido a esa operación. Hacía más de cinco años. Ellos ni habían hablado de ser padres en esa fecha y, sin embargo, él ya sabía que nunca podría serlo.

—No te conozco de nada, Ryan —le dijo al fin—. Quizá me pase el resto de mi vida preguntándome por qué me has mentido tanto o por qué has decidido jugar de este modo con mi vida. Sabes que me han hecho un montón de exámenes ginecológicos a la busca del problema por el cual no me quedaba embarazada y, en realidad, eras tú quien tenía hecha la vasectomía y... ¿no lo decías? ¿Pero qué diablos te pasa? ¿Quién coño eres?

—Si has terminado, Sarah...

—Sí, joder. —Sarah se levantó como impulsada por un resorte—. Pues claro que he terminado.

Recogió su bolso del suelo y solo entonces una sospecha cruzó por su mente. Una que le provocaba un pinchazo de desolación, pero también una oleada de alivio.

—Te marchas de Nueva York, ¿no? —le preguntó mientras hacía un ademán hacia todo aquel equipaje.

—Mañana mismo. Nos hemos comprado una casa en Los Ángeles y allí empezaremos una nueva vida.

—Solo espero que esa vida os trate como os merecéis.

Ya en el ascensor, Sarah se planteó que era realmente triste que esa fuera la última frase que le dirigiría a un hombre al que hasta hacía muy poco tiempo había visto como la persona junto a la que envejecería. Tenía bastante claro que jamás volvería a haber ningún contacto entre ellos. Y aunque dolía, aún dolía como un infierno, se alegraba de que fuera así. Lo único que lamentaba era haber perdido casi una década de su vida junto a una persona que nunca había sido lo que parecía.

Las lágrimas se le escaparon de los ojos en cuanto sus pies tocaron la acera. No lloraba

por Ryan, ni por el fin de su amor, ni por la infidelidad evidente. Ni siquiera por lo mal que la había tratado él. Lloraba por todos aquellos días sentada en el inodoro de su casa en los que veía una nueva regla como el fracaso de un proyecto. Por todas aquellas consultas médicas en las que, a pesar de que sabía que era irracional, se había sentido una fracasada por ser incapaz de quedarse embarazada. Todo había sido un engaño. El hombre que la abrazaba tras cada nuevo intento fallido, el que le prometía que todo iría bien, que algún día lo conseguirían y que, si no era así, serían felices los dos solos, pero siempre juntos... Ese hombre ya no existía.

Lo que sí existía era su nueva vida. Esa que tendría que comenzar con la herida abierta de saber que había vivido engañada muchos años, pero también con la ilusión de estar muy cerca de conseguir su sueño de ser madre. Aunque fuera de un modo muy diferente a lo que había planeado, aunque le diera vértigo pensar en enfrentarse a todo aquello sola. Sería madre y empezaría una nueva vida. Aquella conversación tan tensa y fea con Ryan había marcado el fin de una era, pero también le había hecho un gran favor para que le resultara mucho más fácil olvidarlo. Al fin y al cabo, el hombre del que había estado enamorada tantos años ya no existía; había muerto enterrado en sus propias mentiras y engaños.

Sí. Era el fin de una era y eso dolía. Pero, por encima de todo, era el comienzo de una nueva. Una en la que Sarah no pensaba permitir que nadie volviera a engañarla, a mentirle, a tratarla mal. Una en la que lo más importante del mundo sería ese hijo que estaba en camino. Y ella, también ella. Ya nunca volvería a querer a nadie más de lo que se quería a sí misma. Y esa era la mejor enseñanza que podría legarle a su hijo en el futuro.

El trabajo fue la mejor terapia que encontró Sarah para superar todo lo que le había ocurrido en los últimos tiempos. Desde que era muy joven, siempre había sido una chica responsable y ambiciosa. Lo primero siempre había provocado la admiración de quienes la conocían, empezando por sus padres y profesores y, en el momento actual, por sus jefes en la agencia. La ambición no siempre era bien recibida en una mujer, eso lo sabían bien todas las que trabajaban a alto nivel en Manhattan o en casi cualquier parte del mundo, pero a Sarah siempre le había dado igual. Ella soñaba con llegar a lo más alto en su profesión y estaba dispuesta a luchar con uñas y dientes para conseguirlo. De hecho, ya había peleado muy duro durante la última década y estaba en un lugar profesional con el que ni podía soñar cuando se graduó en la universidad.

—¿No crees que deberías tomarte un descanso, Sarah? —le preguntó Peter, su asistente. Ella levantó la mirada del teclado de su ordenador y arqueó una ceja en su dirección—. Has desayunado un café solo, has comido un café con leche y has merendado un capuchino. Quizá deberías replantearte al menos tu dieta.

—Tengo que acabar esta presentación antes del lunes —le dijo por toda respuesta.

—Y para el lunes quedan tres días laborables, además del fin de semana, en el que estoy seguro de que te llevarás el ordenador a casa, aunque no deberías.

—Peter, déjame en paz.

El asistente le respondió solo con un bufido, al que Sarah contestó con otro a un volumen algo más alto. Y siguió tecleando.

En esa dinámica pasó Sarah dos semanas. Por suerte, ni las náuseas matutinas ni ningún otro síntoma de embarazo vino a estropear su plan aparentemente perfecto de olvidar todo lo que le estaba ocurriendo. Claro que, en realidad, no lo olvidaba; solo lo estaba tapando con toneladas de tareas no tan urgentes como ella intentaba convencerse de que eran.

Tuvo que ser Barbie quien apareciera en su casa una tarde (noche ya, en realidad, porque Sarah no salía de su oficina hasta bastante rato después de la puesta de sol) para hacerle una intervención.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Sarah cuando la encontró al otro lado del umbral de su puerta, cargada con una enorme bolsa de papel.

—¿Ese es el recibimiento que le das a tu mejor amiga? —Barbie no esperó invitación y se introdujo en el apartamento. Dejó la gran bolsa sobre la encimera de la cocina y empezó a sacar verduras de ella.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Apuesto a que llevas días sin comer. O comiendo mierda de esa que sale envuelta en plástico de una máquina. La tía Barbie ha llegado para prepararte su archifamosa lasaña de verduras.

—¿La que hacías cuando estábamos en la universidad? —A Sarah, por primera vez en semanas, las papilas gustativas se le inundaron.

—Esa misma. Llevo años sin prepararla, pero todo sea por sacarte de tu letargo.

—Yo no estoy en ningún letargo —protestó Sarah—. Al contrario, estoy más activa que nunca y con muchísimas ganas de hacer cosas.

—¿Ah, sí? —La cara de Barbie indicaba que no acababa de creerse nada de lo que le decía su amiga, pero continuó hablando como si nada mientras cortaba puerros, berenjena, calabacín y cebolla para preparar el sofrito de la lasaña—. Cuéntame qué cosas.

—Pues mira, Barb... He pensado que la vida me ha dado un revolcón tremendo, pero, al mismo tiempo, puede ser la oportunidad inesperada de hacer cosas que llevo años soñando. ¿Sabes? Nunca me había planteado que pudiera ser verdad eso de que el fracaso no es más que otro modo de llamar a la oportunidad.

—Por Dios bendito... —Barbie echó todo el contenido de la tabla de cortar en una sartén en la que chisporroteaba aceite y puso los ojos en blanco—. Deja de hablar como un *coach* de Instagram y concreta.

—Pues estoy muy muy bien en el trabajo, más concentrada que nunca. El proyecto que me aprobaron hace un mes va viento en popa y estoy trabajando en unas propuestas increíbles de cara a la próxima temporada.

—¿Y lo que no es trabajo, Sarah? —Barbie le habló en tono suave—. Que sabes que nadie mejor que yo entiende y respeta la importancia de la vida profesional, pero... no puede serlo todo.

—¡Voy a ser madre, Barb! Joder, llevo desde que era una adolescente que hacía de canguro en el barrio soñando con tener hijos. Creo que ni yo misma era consciente de hasta qué punto deseaba quedarme embarazada de Ryan y no puedo explicarte la frustración que me provocaba que el embarazo nunca llegara.

—Lo siento mucho, cariño. —Barbie se acercó a abrazarla—. No imaginé que hubiera sido tan duro.

—Lo fue. Quizá no fui tan consciente en su momento como lo soy ahora que sí estoy embarazada. Y todo ha sido difícilísimo en las últimas semanas, Barb..., pero voy a ser mamá, caray.

—Y vas a ser la mejor mamá del mundo. Básicamente porque, desde que te conozco, has sido siempre la mejor en todo.

Las dos se emocionaron después de esas palabras. Barbie le dio una pequeña tregua a su mejor amiga mientras batía con ahínco la harina con la leche para crear la deliciosa bechamel con la que bañaría la lasaña. Pero cuando ya las placas de pasta estuvieron hidratadas y el resto de ingredientes preparados, el horno pitó para avisar de que se había precalentado y ahí acabó la tregua.

—Me gusta mucho todo lo que me has contado, Sarah. Creo que la ilusión por el embarazo puede ser un empujón enorme para que superes todo lo que ha ocurrido.

—¿Sabes que ya me lo imagino?

—¿El qué?

—A él. O ella. Al bebé, vaya. He barajado nombres, he mirado catálogos de ropita monísima, he pensado en cómo decoraré su habitación...

—¿No estás yendo un poco deprisa?

—Ayer fui al ginecólogo y...

—¡Pero ¿por qué no me avisas para esas cosas, jolín?! Te dije que te acompañaría a todo lo que necesitaras.

—¡Olvidalo! —Sarah le quitó importancia haciendo un gesto con la mano—. Me queda a dos manzanas de la oficina y me resultó más cómodo fijar una cita rápida sin avisar a nadie que hacer toda la parafernalia.

—¿Y qué te dijo?

—Que está todo perfecto. —La sonrisa que esbozó Sarah le pareció a Barbie la primera sincera en demasiado tiempo—. No se puede saber aún si será niño o niña, pero la verdad es que me da igual. Eso ya lo dirá el tiempo.

—¿Y has pensado algo más sobre el cambio de apartamento?

—Sí. —Sarah echó un vistazo alrededor, a aquella cocina tan lujosa y bien equipada que no desentonaría en un restaurante de esos plagados de estrellas. Pero ella no la miraba con admiración precisamente, sino más bien con hastío—. No me apetece seguir viviendo aquí ni un día más. El agente inmobiliario me ha hecho una tasación que me ha sorprendido un poco... para bien. El apartamento se ha revalorizado mucho desde que lo compramos, desde luego. Mi abogado ha hablado con el de Ryan y está de acuerdo en que se venda siempre que él cobre el cincuenta por ciento correspondiente, así que tampoco habrá problema por ahí.

—¿Y tú has mirado algo ya?

—Pues ese es el problema... Que no he tenido tiempo para ponerme a buscar. Y quiero que el piso al que me mude sea perfecto, para mí y para el bebé que está por venir. En cierto modo, lo veo como un símbolo de la que será mi nueva vida y me apetece que sea algo muy diferente a este.

—¿En qué sentido? ¿Piensas mudarte muy lejos?

—No sé en qué barrio me ofrecerán algo que pueda pagar sin que tengamos que vivir en un armario ni hacerle un descalabro muy grande a mi cuenta corriente. Pero sí me imagino el piso como algo más... cálido que este. Menos acero y color blanco, más madera y telas de colores.

—Entiendo. Creo que me gustará el cambio.

El horno avisó de que la lasaña estaba ya lista y las dos amigas se coordinaron para poner la mesa y servir la cena. El olor que inundaba toda la estancia era delicioso. Sarah cruzó los dedos, en el momento de cortar el primer pedazo, para que el recuerdo que tenía de la famosa lasaña de verduras de Barbie no fuera una idealización de su cabeza. Solo necesitó probarlo para darse cuenta de que no; era realmente deliciosa y siempre sería su plato favorito del mundo entero.

No hablaron demasiado durante los primeros minutos que pasaron degustando aquel manjar. Pero la tregua no tardó en acabar porque había en enorme elefante amarillo habitando aquel comedor, sentado a la mesa justo entre ellas. Y ese elefante no era otro que la paternidad del bebé que esperaba Sarah. Justo el tema que ella llevaba intentando evitar, incluso para sí misma, las dos últimas semanas, desde aquella conversación espantosa con Ryan.

—Sarah, ¿no crees...?

—¿Qué?

—¿No crees que deberías hablar con Sam? ¿O con el otro chico, el camarero? Salvo que hayas decidido hacer esto tú sola...

—No he decidido eso —dijo. Dejó el tenedor sobre el plato y Barbie rezó en silencio para no haberle robado el apetito de forma definitiva al sacar el tema, porque aquella era la primera vez que veía comer bien a Sarah no sabía ni desde cuándo; o sí; sí lo sabía demasiado bien—. Y sí que hablaré con Sam. Por alguna razón, creo que lo mejor será seguir el mismo orden en el que... en el que...

—En el que follaste con ellos, Sarah. No te pongas tímida conmigo que te he visto vomitarte vodka encima cuando estábamos en la universidad.

—¡Vaya temita para sacar en la mesa, Barb! —A Sarah se le escapó una carcajada que a su amiga le calentó el alma—. Mañana lo llamaré. Lo he hecho muy bien estas semanas para fingir que podía dejarlo pasar, pero... no puedo tener por más tiempo en la inopia al padre de mi hijo.

Lo primero que pensó Sarah cuando atisbó a Sam en una mesa algo apartada de un restaurante mexicano del Upper West Side fue que había olvidado lo atractivo que era, pero también que tenía los ojos más tristes del mundo.

—Hola, Sam. Mil gracias por aceptar esta comida.

Sarah se deshizo en sonrisas, aunque sospechó que solo lo hacía para esconder los terribles nervios que la atenazaban. Tampoco sus palabras eran del todo sinceras, ya que no había resultado nada fácil que Sam aceptara salir a comer con ella. Se lo había propuesto a través de un mensaje de texto un par de días antes, pero él la había rechazado alegando que estaba muy ocupado en el trabajo. Ella estuvo a punto de dejarlo pasar y caer en la tentación de seguir adelante sola con su embarazo, pero permitió que su conciencia ganara la batalla e insistió. Solo después de decirle a Sam que quería hablar con él de algo concreto e importante, él aceptó que se vieran.

Algún día Sarah tendría que plantearse por qué los hombres con los que había compartido cama eran tan reacios a verse con ella para hablar. Pero no sería ese viernes. Ese día, tenía una tarea aún más complicada. Se había cogido la tarde libre en el trabajo porque no podía ni imaginar cómo acabaría aquella conversación. Al menos Sam le parecía mejor persona que Ryan, aunque para eso no hiciera falta demasiado. Dudaba que volviera a su casa más destrozada de lo que lo hizo después de aquella nefasta conversación en el Plaza con su exmarido.

—¿Te parece bien si pedimos y ya luego hablamos? —le propuso Sam y ella agradeció la tregua de centrarse en el menú para intentar que su ritmo cardíaco disminuyera un poco.

—Claro.

Enseguida eligieron unos entrantes compartidos y un plato principal para cada uno. Sam pidió una cerveza y ella, para su desgracia, tuvo que conformarse con una limonada. En cuanto el camarero se retiró, la suerte estuvo echada. Sarah tuvo que secarse el sudor de las palmas de las manos dos veces antes de ser capaz de rescatar un hilo de voz para afrontar la conversación con Sam.

—Supongo que te habrá sorprendido que te llame para quedar, pero... —Sarah carraspeó—. Bueno, antes de nada, ¿qué tal estás?

—Mal. —Sam soltó una carcajada amarga y fue incapaz de levantar la mirada del mantel mientras hablaba—. ¿Hay otra opción que estar mal después de lo que nos ha pasado? ¿O me vas a decir que tú estás bien?

—Pues yo... —Sarah tuvo que plantearse el término medio entre decir la verdad, que no estaba ni de lejos tan mal como se le veía a él, y no ser cruel con Sam, sin desvelar tampoco el secreto que aún seguía guardando—. Yo empiezo a ver la luz, Sam. Estoy segura de que a ti también te llegará el momento.

—Pues yo ya empiezo a dudarlo. Son más de dos meses y... no consigo levantar cabeza.

—No sabes cuánto lo siento. —El camarero llegó y les sirvió los entrantes. Ambos picotearon unos nachos bañados en guacamole, pero parecían hacerlo con desgana—. Supongo que el comportamiento de... ellos y las últimas novedades no habrán ayudado demasiado.

—¿Las últimas novedades...? —le preguntó Sam.

—Lo de Los Ángeles... —El tono de voz de Sarah fue decayendo al mismo tiempo en que tomaba conciencia de que Sam quizá no estuviera tan enterado de las noticias sobre su exmujer como lo estaba ella sobre Ryan—. ¿No lo sabes?

—¿Los Ángeles?

—Mierda... —masculló Sarah—. Por razones que no vienen al caso ahora mismo, hace un par de semanas tuve un desagradable encuentro con Ryan y me contó que se va a vivir a Los Ángeles. Con Samantha.

—Joder...

Sam tiró su servilleta sobre el mantel y guardó un silencio tan denso que Sarah supo que no era un buen momento para romperlo con una noticia que, estaba segura, no le caería demasiado bien a Sam. No fue hasta que el camarero se llevó la bandeja casi llena de nachos y le sirvió a cada uno su plato cuando Sam pareció salir del trance.

—Disculpa, no estoy siendo precisamente el mejor compañero de mesa posible, ¿no? —Esbozó una triste sonrisa—. El lunes mismo tengo la primera cita con un psicoterapeuta que me ha recomendado mi hermana. Pensaba que me costaría menos salir de este bache tan profundo, pero no ha sido así y tengo miedo de que se convierta en algo patológico.

—Haces muy bien. Yo no he necesitado por el momento esa ayuda, pero siempre me parece la forma más correcta de afrontar las dificultades. Estoy segura de que te ayudará.

—Espero que sea así, de verdad. Yo siempre he sido un tío alegre, incluso despreocupado... Me cuesta reconocermé en la persona que soy ahora. —Sam sonrió de nuevo, y esa vez a Sarah le pareció un gesto más sincero—. Solo una cosa, Sarah...

—Dime.

—¿Por qué has querido verme hoy? Sé que quizá debería haberte llamado después de... lo que ocurrió, pero...

—No, no, Sam, por Dios. No tiene nada que ver con eso.

—¿Entonces? —Sam dio un par de tragos a su cerveza y la miró a los ojos, quizá por primera vez en toda la comida—. ¿Qué estamos haciendo en este restaurante tan bonito un viernes cualquiera?

—Pues verás... —Había llegado el momento de la verdad y Sarah supo que no había otra forma de afrontarlo que con el corazón en la mano—. No sé muy bien cómo decirte esto y lo último que me gustaría en un momento como este es complicarte más la vida, pero me temo que lo hecho... hecho está.

—Me temo que no te sigo.

—Estoy embarazada —lo soltó así, de golpe, porque pensó que sería más sencillo. Ni siquiera se atrevió a mirar a Sam a la cara—. Lo sé desde hace algunas semanas y, por los tiempos, pues... hay una posibilidad de que tú seas el padre. No sé si lo sabías, pero Ryan y yo llevábamos tiempo buscando tener un hijo, así que no tomo ningún tipo de protección. Por... por suerte o por desgracia, tampoco la usamos nosotros el día en que ocurrió *aquello*. Evidentemente, la primera persona en la que pensé cuando supe que me había quedado embarazada fue en Ryan. Por eso fui a verlo hace unos días. Pero él me confirmó que se había hecho la vasectomía hace años, muchos años, lo cual, por cierto, desveló toda una vida de mentiras... Pero ese no es el tema ahora. El caso es que... podrías ser tú, Sam.

—¿Crees que Ryan puede haberte mentado con respecto a su vasectomía? —Sam hablaba con tono automático, algo que a Sarah le costó comprender, pero había llegado a la conclusión a lo largo de aquella comida de que él se encontraba en un estado mental complicado para asimilar una noticia de esa magnitud—. No es que haya demostrado ser un adalid de la sinceridad, precisamente...

—Me enseñó papeles. El certificado médico de la operación, vaya.

—Pues... Yo lo siento muchísimo, Sarah, pero... No sé cómo decirte esto. —Sam se echó hacia atrás en su asiento y se pasó la mano por la cara en un gesto de frustración—. Yo no

soy el padre de ese bebé.

—Pero...

—Ahora mismo tengo un caos de sentimientos tan grande dentro de mí que no sé ni qué decirte, pero... sí te contaré algo que ha marcado mi vida.

—Dime.

—Cuando tenía siete años, hubo un brote de paperas en mi colegio. Al parecer, la partida de vacunas correspondiente al año en el que yo nací estaba defectuosa o algo así y caímos todos como moscas. La verdad es que en aquel momento no le di mayor importancia, fue una semana que me quedé en casa comiendo helado para que se me pasara el dolor y consentido por mis padres y mi abuela. —Sam esbozó una sonrisa tierna pero brevísima—. El problema vino cuando Samantha y yo llevábamos dos o tres años casados y decidimos ser padres. Después de más de un año, no ocurría y nos hicimos pruebas. Los médicos quisieron hacerme análisis de esperma al descubrir que había tenido paperas en la infancia y... la conclusión fue que soy estéril. Por completo. Nunca podré tener hijos, así que...

—Dios mío, lo siento muchísimo. —Sarah no pudo evitar alargar la mano y posarla sobre la de Sam en un gesto de consuelo, pero él no pareció darse cuenta.

—No pasa nada... creo. —Sam resopló—. ¿Puedo ser sincero contigo?

—Por supuesto. Creo que con esta comida y esta conversación hemos adquirido un nuevo nivel de confianza —bromeó Sarah.

—Puede que ese nivel ya lo hubiéramos adquirido la última vez que nos vimos. —Contra todo pronóstico, él le siguió la broma, y ambos rieron.

—¿Qué ibas a decirme?

—Que ahora mismo solo puedo pensar en que llevo dos meses torturándome por el divorcio y exculpando a Samantha de la traición porque, al fin y al cabo, ella soñaba con ser madre y yo nunca podría darle eso... Y ahora descubro que se va a vivir a la otra punta del país con un tipo que tiene hecha la vasectomía.

—Sin ánimo de disculparla a ella, y muchísimo menos a él, pero es probable que Samantha ni siquiera sepa lo de la vasectomía.

—Bueno, eso... Eso ya no es nuestro problema, ¿verdad?

—Pues la verdad es que no.

—¿Y tú...? —Sam la miró y Sarah supo, sin necesidad de más palabras, lo que él iba a decir—. Perdona, no quería...

—Me acosté con otra persona. Voy a tomármelo a broma, porque tampoco es que vaya a permitir que nadie me juzgue, pero me pasé una década en una relación monógama y, de repente, me acosté con mi marido y con otras dos personas en el plazo de dos semanas y media.

—Pues me temo... que ya tienes la respuesta a quién es el padre de ese bebé.

—Eso me temo, sí. —Sarah resopló. Necesitaría llegar a casa y sentarse un buen rato en silencio para asimilar las consecuencias de esa conversación con Sam—. ¿Me dejas que te invite a la comida?

Sam asintió y, en apenas unos minutos, estaban ya en la acera de una avenida del oeste de Manhattan, con la cuenta abonada, una cierta incomodidad por lo mucho que se habían tenido que abrir el uno al otro durante la conversación y sin tener ni idea de cómo despedirse. Fue Sam el que tomó la iniciativa.

—Sarah, te deseo lo mejor, de todo corazón. Al final... lo que nos ha pasado es muy duro, pero tú tienes una enorme esperanza por delante.

—Sí, así he intentado verlo en los últimos tiempos, que no han sido fáciles, como bien

sabes.

—En cuanto llegue a casa te enviaré el informe médico que demuestra que todo lo que te he contado es verdad. —Sarah fue a interrumpirlo para decirle que no hacía falta, pero él no se lo permitió—. Lo haré y punto. No hay más que hablar. Lo que sí quería es... pedirte algo. Aunque... no sé cómo decirlo.

—Adelante, por favor. —Sarah le sonrió.

—Me gustaría saber de ti en el futuro, pero... eso. En el futuro. Escíbeme si te apetece cuando tengas al niño y tal vez para entonces podamos vernos un día y tomar una cerveza como dos viejos amigos, aunque no sea exactamente eso lo que somos. —Sam sonrió con algo de incomodidad—. Pero ahora preferiría estar una temporada sin saber de ti. No por ti, evidentemente, pero... Necesito distancia. Con Samantha, con Ryan y... contigo. Aunque sea de forma indirecta, creo que necesito olvidar para empezar esa nueva vida que ojalá llegue.

—Por supuesto, Sam. —Sarah se acercó a despedirse y, cuando dudó, fue él quien le dio un breve abrazo—. Te deseo que salgas del pozo, de verdad. Ojalá dentro de un par de años nos encontremos por ahí y me cuentes que eres muy feliz.

—Ojalá, sí. Ojalá, Sarah.

—Mierda, mierda, mierda.

Sarah volvía a estar en el mismo bucle. No dejaba de repetir esa palabra mientras daba vueltas por su salón, que en ese momento estaba plagado de cajas de mudanza a medio llenar, ya que su última distracción para no pensar en el caos en el que se había convertido su vida era empezar a embalar sus enseres por si llegaba pronto el momento en que pudiera mudarse a una casa en la que empezar de cero.

—Mierda, mierda, mierda.

—¿Quieres hacer el favor de callarte? —Barbie resopló—. Y de estar quieta un poquito. Me estoy agotando solo de verte.

Sarah le puso los ojos en blanco a su mejor amiga, pero le hizo caso y se dejó caer en el enorme sofá de piel del salón.

—¿Es que no lo ves, Barb? Al final el padre del bebé es... la peor opción. ¡Joder!

—¿La peor opción? —Barbie alzó una ceja tanto tanto tanto que casi se le perdió entre la raíz del pelo—. ¿Peor opción que el mentiroso de mierda de Ryan, por ejemplo? ¿Peor opción que el exmarido de la actual novia de tu exmarido, que ni siquiera puede verte porque le duele tu simple presencia? ¿En serio?

—Pero, Barbie, joder... Fue un rollo de una noche, una tontería que no tenía que haber pasado... Ni siquiera sé su apellido.

—¿Y? De Ryan, con quien has pasado una década, no sabías que se había cortado la pilila para no tener hijos.

—Me parece que deberías repasar algún libro de Biología para aprender cómo funciona exactamente lo de la vasectomía. —Sarah se rio, pero, a continuación, se puso seria—. Y te recuerdo que eso con lo que acabas de hacer una broma es el drama que ha partido mi vida en dos.

—Y yo te recuerdo que te conozco desde que llevabas *brackets* y por eso sé que tienes tan superado al gilipollas de Ryan que ya se puede bromear con ello. No se me habría ocurrido hacer ni medio chiste hace un mes.

—¿De verdad lo piensas? —Sarah la miró fijamente—. ¿Crees que lo he superado?

—Estudí un semestre de Psicología en la universidad, así que voy a intentar aplicar lo aprendido. ¿Superado? Creo que no. Estuviste diez años con Ryan y teníais un proyecto de futuro aparentemente muy asentado. Si hubieras superado eso en solo dos meses... posiblemente fuera algo enfermizo. Pero lo has asumido, que es el primer paso. Y estás aprendiendo a vivir con ello, con el peso de un fracaso a la espalda, cuando tú no has tenido más que éxito en tu vida. E incluso de algo tan feo como ha sido esta separación has sacado algo tan grandioso como un bebé.

—Joder... Sí que te cundió ese semestre de Psicología.

Las dos amigas se echaron a reír y discutieron durante un rato sobre a qué dedicar la tarde de sábado que se les presentaba libre por delante. Desecharon la idea de buscar una película en alguna plataforma, porque siempre acababan pasando más tiempo navegando por los catálogos que viendo la película en sí. Sarah aceptó a regañadientes que Barbie le hiciera la manicura y la pedicura mientras escuchaban el último disco de un artista experimental que le encantaba a su amiga. En realidad, Sarah acababa las semanas tan agotada, entre el trabajo y las preocupaciones que le invadían la cabeza, que no tenía fuerzas para elegir un plan de ocio cuando al fin podía relajarse.

—¿Qué voy a hacer, Barbie? —le preguntó, aunque en realidad parecía que estuviera hablando en voz alta. El salón olía a esmalte de uñas, acetona y miedo.

—Pues decírselo a ese chico, a... Josh, ¿no? Igual que intentaste hacer con los otros dos candidatos.

—No los llares así, por Dios santo...

—¿Qué es lo que te pasa? ¿Por qué te pone tan nerviosa la idea de comunicárselo?

—No lo sé, tía... Es un chico jovencísimo...

—¿Jovencísimo? ¿Cuántos años tiene?

—Pues... eso tampoco lo sé. Pero no creo que pase de veinticinco.

—Una diferencia insalvable con tus veintinueve, claro —ironizó Barbie.

—Treinta en breve.

—Otra crucial diferencia.

—Es un camarero de veintipico años que supongo que se desmayará cuando se entere de que ha dejado embarazada a una ejecutiva de casi treinta en un rollo de una noche.

—Qué pija eres, tía. —Barbie quiso darle un tono frívolo al tema, pero la voz la delató. Estaba seria—. ¿Qué más da que sea camarero y tú ejecutiva? ¿De verdad importa algo eso para lo que os traéis entre manos?

—No, pero...

—Ya.

Se hizo un silencio incómodo en el salón. Alguna vez, cuando eran solo dos estudiantes universitarias que habían sentido desde el comienzo el flechazo de la amistad, habían discutido por las diferentes formas que tenían de ver la vida debido a sus orígenes. Sarah había nacido en una familia acomodada del norte del país, en Vermont. Su padre era cirujano en el mayor hospital del estado y su madre era profesora de Biología Molecular en la universidad. Como hija única, Sarah había disfrutado de todos los privilegios de la clase alta de la costa este: veranos en Europa, clases particulares de francés, viajes a esquiar en vacaciones, estancias de playa en Florida... Sus padres siempre le habían inculcado la importancia del trabajo duro y Sarah había querido huir del concepto de privilegio, viviendo en la residencia universitaria más barata de Boston, trabajando de dependienta en una tienda de ropa para pagarse sus gastos y renunciando a muchos de los lujos que, hasta su mayoría de edad, sufragaban sus padres.

Barbie, por el contrario, había nacido en un parque de caravanas de la peor zona del estado de Nueva Jersey. Nunca había conocido a su padre, pero sí, para su desgracia, a un montón de candidatos a padrastros a los que las múltiples adicciones de su madre habían arrastrado hasta aquella casa portátil mugrienta que jamás había sido un hogar. Barbie había empezado a trabajar a los trece años, como camarera en un bar tan asqueroso como su propia casa, pero que resultó ser el único lugar en el que estuvieron dispuestos a contratar a una preadolescente. Desde entonces, no había dejado de trabajar ni un solo día de su vida. Y, durante muchos años, tampoco de estudiar. Con muchísima fuerza de voluntad y el empeño de la directora de su instituto, Barbie no solo consiguió graduarse con unas notas excelentes sino que logró una beca para estudiar en la misma universidad a la que acudiría aquella hija de un médico y una profesora universitaria de Vermont.

En la universidad, Barbie había seguido siendo una estudiante brillante y no había dudado ni un momento en montar un centro de estética en Manhattan después de graduarse en Administración y Dirección de Empresas. Muchos la imaginaban trabajando en alguna empresa de alto nivel de Wall Street, pero Barbie le había dicho a Sarah muchas veces que toda su vida, hasta que llegó a Boston, había estado rodeada de fealdad y que necesitaba rodearse de belleza.

A esas alturas, con los treinta recién cumplidos, Barbie poseía ya siete centros de estética de altísimo nivel en diferentes partes de la isla, a los que acudían las mujeres y los hombres más adinerados de los barrios más acaudalados de la ciudad más privilegiada del planeta.

Pero, a pesar de vivir rodeada de cierta superficialidad y de haber visto crecer su cuenta corriente hasta niveles desorbitados, Barbie no había olvidado sus orígenes. Por eso, aborrecía cualquier tipo de prejuicio social. Y no le había gustado nada que su mejor amiga dejara caer aquel comentario sobre «un camarero» como peor opción posible para ser el padre de su hijo. Ella había sido camarera durante toda la adolescencia y, durante mucho tiempo, pensó que ese sería su futuro profesional para siempre. Y no habría estado de ello ni un ápice menos orgullosa de lo que lo estaba de haber conseguido montar un imperio empresarial.

—¿No vas a volver a hablarme nunca? —le preguntó Sarah en un susurro.

—Claro que sí, idiota. —Barbie siempre había tenido un pronto espantoso, pero los enfados no le duraban ni un segundo—. Pero, por favor, no prejuzgues a ese chico solo por su trabajo, porque no tienes ni idea de las circunstancias que lo pueden haber llevado ahí. O ni circunstancias... igual es el trabajo de sus sueños y es más feliz que nosotras en nuestras oficinas.

—Tienes toda la razón. —Barbie la miró con desconfianza—. En serio, tienes toda la razón *en eso*. Otra cosa es que no me haga mucha gracia tener que reencontrarme con un tío que me acogió en su casa cuando iba borracha como una cuba, me dejó dormir en su sofá y al que se lo agradecí con un polvo de despedida, antes de fugarme de su casa como si fuera una delincuente.

—¿Cuándo te has vuelto tan puritana? —Barbie soltó una carcajada—. Escaparnos de la cama de un tío antes de que él despertara fue nuestro deporte favorito en la facultad, al menos hasta que tú conociste al cabrón de Ryan.

—¿Nunca vas a volver a decir su nombre sin acompañarlo de un insulto?

—Jamás.

—Me parece perfecto. —Sarah hizo una especie de brindis al aire—. No soy puritana, pero... no puedo evitar pensar que le voy a complicar muchísimo la vida a ese chico.

—¿Y cuándo te has vuelto tan patriarcal? —Barbie insistió ante la cara a medio camino entre la incredulidad y el cabreo de Sarah—. ¿A él le vas a complicar la vida? No como a ti misma, supongo, que *solo* tienes que pasar nueve meses de incomodidades, experimentar un parto, que en mi cabeza es algo equivalente a sacarte una sandía por el culo, y ver el resto de tu vida y tu carrera profesional condicionado por la maternidad...

—Me lo pones tan bonito que la verdad es que estoy deseando vivir la experiencia —le respondió Sarah con sarcasmo.

—No seas tonta, si en el fondo me das muchísima envidia por ir a tener un hijo. Pero... ni se te ocurra pensar que esto es una putada que le haces al padre de la criatura. Que se hubiera preocupado por ponerse el condón... o por haberse cortado los tubitos, como el imbécil de Ryan.

—¿Quieres dejar de nombrarlo?!

—Sí, tienes razón. —Se quedaron las dos en silencio durante un rato algo largo—. ¿Has pensado ya cómo vas a hacerlo? ¿Tienes forma de localizar a Josh?

—Solo sé dónde trabaja. Y creo que, si me doy una vuelta por la zona chungu de Chelsea, podría llegar a recordar cuál era su edificio.

—Suenas alentador.

—No, no lo es. Pero tú vas a acompañarme en esa excursión. Le he estado dando vueltas, no te creas... Si Josh sale de trabajar de madrugada, entiendo que no saldrá mucho de casa por

las mañanas. Creo que, si tuviéramos la suerte de que haya una cafetería cerca, podríamos apostarnos cerca de la ventana y... esperar.

—¿Recuerdas cuando te dije que te apoyaría en todo y que contaras conmigo?

—Sí.

—Pues mentía. —Las dos estallaron en una carcajada—. No, en serio... Lo que necesites. Pero ¿no sería más fácil que te acercaras al club en el que trabaja?

—¿Y contarle que va a ser el padre de mi futuro hijo mientras suena Lady Gaga y un borracho nos echa el aliento a vodka?

—Puedes ir hasta allí y simplemente decirle que quieres quedar con él en algún momento del día siguiente.

—¿Y si piensa que lo que quiero... es otra cosa?

—Vaya drama, Dios santo. Que un tío con el que ya has follado, y con resultados muy productivos, por cierto, piense que quieres repetir.

—Eres imposible.

—Sí. —Barbie sonrió—. Pero me quieres igual, así que... tendrás que soportar mi *imposibilidad*.

—¿Me acompañarás esta próxima semana? ¿Decida lo que decida?

—Me ofende que tengas que preguntarlo siquiera.

Sarah no se podía creer que hubiera urdido aquel plan. Ni se podía creer la manera en que iba vestida, tan opuesta a su estilo real que, en realidad, era para ella un disfraz. Barbie le había prestado unos pantalones de polipiel en color fucsia y un top blanco tan ajustado y escotado que apenas podía mantener sus pechos dentro de él. Su amiga la miraba divertida desde el otro lado de la mesa de aquella cafetería anodina en la que habían instalado su puesto de vigilancia.

—¿Y estás segura de que esa es su casa? —le preguntó su mejor amiga mientras señalaba con el dedo un edificio de ladrillo rojo, presidido por la escalera de incendios típica de las fachadas de aquella zona de Manhattan.

—Segura segura... no. Pero esta calle me suena y recuerdo que el edificio tenía escaleras en la fachada y una hilera de contenedores de basura frente al portal. Me llamó la atención la mañana en que salí huyendo porque apestaban.

—Es encantador que ese fuera el ambiente que tu óvulo eligiera para seguir adelante con la fecundación.

—No me lo recuerdes, anda. —Sarah se rio sin poder evitarlo—. Lo que sí recuerdo es que era el tercer piso, pero no logro atisbar nada por la ventana.

—Bueno, al menos el café está delicioso. —Barbie dio un trago largo con los ojos cerrados de placer—. ¿No te das cuenta de que en las cafeterías pijas a las que siempre vamos el café solo sabe a edulcorantes y cosas así? No a café de verdad.

—No tengo el paladar tan selecto como tú, me temo. —Sarah se rio—. Si lo tuviera, ya me habría suicidado hace tiempo por haber tenido que pasarme al descafeinado.

Se rieron juntas y, por un momento, se les olvidó el propósito que las había llevado hasta aquella calle, que puede que fuera la única que quedaba en todo Chelsea que no había sido invadida aún por los locales de moda y las tiendas de firma. Tanto se les olvidó que Sarah no tuvo apenas capacidad de reacción cuando se dio cuenta de que el chico que acababa de atravesar la puerta del café... era Josh.

«Mike, ponme uno doble bien cargado, por favor», lo oyó decir un segundo después. «¿Noche complicada en el club?», le respondió el camarero mientras Sarah seguía boquiabierta.

—Barbie... —susurró—. ¡Barb!

—¿Qué pasa?

Sarah respondió solo con un movimiento de su mentón en dirección a la barra que Barbie entendió a la primera. Y que provocó que se diera la vuelta de un modo tan indiscreto que atrajo la atención de Josh.

Sarah se quería morir. Josh la había pillado de pleno mirándolo, acompañada por una amiga que también estaba observándolo atenta, con todo el cuerpo girado hacia él, además. Y, por si todo eso fuera poco, iba vestida como una... como una... como una famosa muñeca rubia y pechugona de Mattel. Y como su mejor amiga. Prefería no pensar en el cuadro que debían formar las dos juntas en aquel café.

—¿Sarah? —preguntó Josh con voz dubitativa mientras la miraba extrañado. Teniendo en cuenta que, la única vez que se habían visto, Sarah llevaba un vestido negro de Carolina Herrera y un maquillaje muy de chica bien del Upper East Side, normal que le costara reconocerla—. Eres tú, ¿no?

—Yo... Sí. Sí, sí. Soy yo.

—Ah, pues... ¡qué casualidad! —soltó él, aunque su cara componía una mueca tan extraña que no parecía demasiado convencido de que aquello fuera una casualidad—. ¿Qué...?

¿Qué estás haciendo por aquí?

—Yo... Emmmm... —Sarah miró a Barbie con cara de pánico. No se le ocurría ni una sola razón verosímil para justificar su presencia, así vestida, además, en una cafetería justo enfrente de la casa de él. Por suerte, su amiga sí supo reaccionar.

—Hola, soy Barbara. —Adelantó su mano derecha y se la estrechó a un Josh que se veía alucinado—. Aunque todo el mundo me llama Barbie. En mi oficina todo el mundo habla del famoso café de Mike en Chelsea, así que esta mañana le he dicho a Sarah... «¡Tenemos que probarlo!». Y aquí estamos. ¿Quién eres tú?

—Me llamo Josh. —Él le sonrió en una mueca divertida—. Vivo aquí enfrente, quizá... —Carraspeó—. Quizá ya lo sabíais.

—Para nada. —Barbie tenía una capacidad insólita para mantener el tono de voz imparable. Sarah llevaba admirándola por ello desde que estaban en la universidad.

—Bueno, pues... —Josh levantó su vaso de cartón lleno de café solo e hizo una especie de brindis al aire—. Yo ya me voy. Si alguna vez volvéis por aquí, aseguraos de probar el capuchino. Y... bueno, yo suelo estar por aquí todos los días sobre esta hora.

Sarah no fue capaz de responder a esa indirecta tan obvia. Se limitó a despedirse de él con una sonrisa y un movimiento de cabeza antes de dejarse caer de nuevo en su silla con una sensación de agotamiento similar a la que imaginaba que se sentiría después de correr un par de maratones seguidos.

—Llévame a pasear por el sur de Manhattan —le exigió Barbie—. Que para eso he madrugado un sábado sin necesidad.

—Hemos quedado a las diez de la mañana, Barb. No frivolices con la palabra «madrugar».

—Tú paga la cuenta y vamos, anda.

Salieron del local con la precaución de no mirar demasiado en la dirección del edificio de Josh. Ya solo faltaría que él volviera a salir de casa y se las encontrara allí, cotilleando su portal. Enfilaron hacia el sur y dejaron que les refrescara el mediodía la suave brisa de la bahía en la que el Hudson y el East River se encontraban.

—¿Cogemos el ferry de Staten Island? —le preguntó Barbie con la mirada perdida en aquel punto del mar en el que la niebla escondía la silueta de la Estatua de la Libertad.

—¿Somos turistas de repente?

—Siempre lo seremos, ¿no? Supongo que debe de haber gente que nació en esta ciudad y está tan acostumbrada a sus paisajes que ya nada los sorprende. Pero nosotras no somos de aquí, cariño, aunque yo nací tan cerca que casi puedo oler la mierda de mi parque de caravanas desde la ciudad. Aunque llevemos casi diez años aquí, en el fondo siempre seremos un poco turistas en Nueva York.

—No me parece una mala noticia —le respondió Sarah—. Así sigue haciéndonos ilusión eso de que haya un barco que nos lleva gratis por el río.

—Solo a cambio de cogernos una infección de orina por ir sentadas en sus barcos.

Se rieron juntas, porque aquello les había pasado en su primer año en la ciudad, cuando dedicaban los fines de semana en los que no tenían que trabajar demasiado a hacer turismo por los lugares más emblemáticos de la ciudad. Un domingo de invierno espantosamente frío visitaron Staten Island, donde nada de lo que vieron les pareció más interesante que lo que les ofrecía Manhattan, y regresaron a sus casas con sendas cistitis provocadas por los bancos metálicos helados sobre los que habían pasado el trayecto de vuelta sentadas.

Ya surcaba el río aquel enorme buque naranja cuando Barbie sacó el tema que llevaba

picándole en la punta de la lengua desde que habían abandonado la cafetería de Chelsea.

—Ese Josh... —Apenas pudo evitar la risa al hablar—. Feo no es, ¿verdad?

—Ya estabas tardando...

—Joder, Sarah... Que en los dos últimos meses hemos pasado más tiempo juntas que en la última década. Sé cada detalle de tu maldito divorcio de Ryan, sé incluso la situación depresiva del exmarido de la amante de Ryan... ¿Y lo único que se te ocurre contarme de Josh es que es camarero en un club de Chelsea?

—¿Y de qué querías que te hablara?

—Pues no sé, déjame pensar... —Barbie empezó a gesticular tanto que Sarah no pudo reprimir la carcajada—. Podrías haberme hablado de la barbita esa tan mona que tiene. De la melenita de pelo castaño tan brillante que, si nos llegamos a quedar allí un segundito más le habría preguntado qué mascarilla utiliza. De ese cuerpazo que se intuía debajo de la camiseta raída. De esos pedazo de ojos verdes, que casi me desmayo cuando me ha mirado fijamente, ¿vale? ¿Es que acaso tú no has visto todo eso?

—Barbie, cielo... Si no hubiera visto, y tocado, y lamido, todo eso que mencionas, no estaría ahora metida en el lío en el que me encuentro.

—¡¿Y por qué te lo callaste?!—

—Joder, Barb, porque no me apetecía frivolizar con aquello, ¿vale? Me quedé embarazada y, por si no lo recuerdas, ni siquiera he tenido el valor aún de decírselo a él.

—Sí, ese ha sido un pequeño fallo en nuestro plan magistral de hoy.

—Pues eso... Que claro que disfruté con Josh, a pesar de que cuando me acosté con él aún estaba muy en *shock* por lo que me hizo Ryan. Sí, estaba borracha cuando entré en el club buscando a mis compañeras de trabajo, a las que, por cierto, nunca llegué a encontrar. Y sí que lo primero que me atrajo de él fue que se portó bien conmigo, porque aquel lugar estaba lleno de babosos y yo no supe protegerme, si es que hay alguna manera en que las mujeres podamos hacerlo. Pero después... claro que me di cuenta de que era muy atractivo.

—Pero mucho.

—Ya no estaba borracha cuando me acosté con él por la mañana. Pero se portó como un caballero al dejarme su sofá y después me hizo el desayuno... Y podría decir que fue por eso por lo que caí en la tentación de besarlo, pero lo cierto es que lo hice porque me pareció el tío más sexi con el que me he cruzado en la vida.

—Guau. —Barbie soltó un silbido que atrajo un par de miradas en el ferri—. Al menos tienes aseguradas todas las papeletas de la lotería genética. Ese bebé... va a ser tan guapo que romperá corazones ya en el jardín de infancia.

—Gracias, supongo. —A Sarah se le escapó una carcajada—. En fin... que Josh es muy guapo ya lo sabemos todos, incluido él, probablemente. Ahora falta que se me ocurra un plan B para contarle que estoy embarazada y que, de una manera u otra, vamos a estar unidos el resto de nuestras vidas. Deséame suerte.

—¿Recuerdas mi recomendación de donar la mayoría de tus libros a la Biblioteca Pública? —resopló Barbie—. Porque creo que debería haber puesto eso como condición para ayudarte con la mudanza.

Barbie soltó la última caja con el rótulo «Libros» en el recibidor del nuevo apartamento de Sarah y se sentó en el suelo a continuación. Llevaban cuatro horas transportando enseres entre el antiguo apartamento de Sarah y la nueva vivienda que acababa de comprar en West Village. Al parecer, una parte importante de la nueva vida de Sarah conllevaba ser un poco menos elitista y hacer la mudanza ella misma, dado que había decidido no llevarse ningún mueble. Pero tanto ella como Barbie se habían arrepentido de ese arranque de autonomía en el segundo o el tercer viaje en furgoneta cargadas con cajas llenas de libros, recuerdos, ropa y objetos de decoración.

—Ya es la última ronda —le recordó Sarah a su mejor amiga—. La furgoneta está devuelta, las cajas en el piso y... Bueno...

Barbie la miró cuando el silencio se extendió durante unos segundos inesperados. Y, si no hubiera estado sentada en el suelo, se habría caído de culo al comprobar que los ojos de Sarah estaban llenos de lágrimas. Pero ya no eran esas lágrimas de desolación, de pérdida, de incertidumbre que habían invadido a su amiga durante los últimos meses, desde que Ryan había detonado aquella bomba de relojería en un restaurante de Manhattan. Eran de emoción.

—Hoy empieza una nueva vida, Barb. —La voz le salía rota, pero su cara la presidía una sonrisa enorme—. Tengo cada vez más claro que nunca habría salido de este bache si no me hubiera mudado. Llegué a odiar ese piso en las últimas semanas.

—No me extraña.

—Además, este es precioso, ¿no?

Lo de Sarah con su nuevo apartamento había sido amor a primera vista. Y eso que las circunstancias no habían sido las más favorables: lo había visitado en octavo lugar en una tarde de sábado espantosa en la que había ido de una punta a otra de Nueva York viendo apartamentos que no solo no le gustaban, sino que la horrorizaban. Pero, cuando entró en aquel edificio del Village, tuvo la sensación de que había encontrado su hogar.

El apartamento estaba en una segunda planta. No había ascensor, pero en el portal había una serie de trasteros privados que resultaban muy cómodos para que, en un futuro no tan lejano, Sarah pudiera dejar el cochecito de su bebé. El piso tenía unos setenta metros cuadrados, repartidos entre un espacio diáfano que comprendía el salón, la cocina y el comedor, y una parte privada con dos dormitorios y un cuarto de baño enorme y precioso, en el que destacaba una bañera exenta, grande, con unas patas de color dorado que solo se podían odiar o amar; Sarah las había amado a primera vista.

Por todo el espacio, unos grandes ventanales permitían que en el apartamento entrara la luz a raudales. Los vecinos, según le había comentado el agente inmobiliario, eran casi todos propietarios que llevaban media vida en aquel edificio. No se recordaba un conflicto en aquel vecindario y habían pedido expresamente a los anteriores propietarios que hicieran lo posible por encontrar un comprador estable, con una familia sólida y una vida profesional respetable. A Sarah ese tipo de condiciones no la convencían demasiado y ni siquiera tenía claro si las cumplía, pero no pensaba dedicarles un segundo pensamiento.

Sarah tenía intención de pasarse las siguientes semanas, al menos mientras el embarazo se lo permitiera, amueblando y decorando el apartamento. Ya les tenía echado el ojo a un par de tiendas de muebles de segunda mano y pensaba recorrerse todos los mercadillos del estado en

busca de piezas especiales. Una compañera de la agencia tenía una hermana que acababa de montar una empresa de decoración de habitaciones para bebés, así que le pediría consejo. No fue hasta que firmó todos los documentos que la convertían en propietaria en solitario de aquel piso cuando Sarah se dio cuenta de que llevaba tres meses y medio sin sentir ilusión. Sí se había alegrado de su embarazo, una vez pasado el *shock* inicial, pero no había logrado ilusionarse como le había ocurrido al recibir las llaves del piso. En realidad no era eso; era la mezcla de las dos cosas, el embarazo y la mudanza, unidos de camino a una nueva vida, lo que había provocado que sintiera ese chispazo de ilusión en el pecho.

—No me pidas que te ayude a deshacer las cajas, te lo ruego —le pidió Barbie desde el suelo.

—Ni se me ocurriría. —El sol empezaba a ocultarse en Manhattan y las dos estaban agotadas—. Me he cogido las dos próximas semanas de teletrabajo. Dedicaré las horas justas a trabajar sentada en la encimera de la cocina y el resto del tiempo a adecentar este piso. Sin estresarme, ya sabes.

—Sí, claro que sé. —Barbie se echó a reír—. Estoy segura de que, si me paso por aquí el fin de semana que viene, estará todo en su lugar exacto, los muebles montados y, encima, habrás trabajado sesenta horas. Te juro que no sé cómo lo haces.

—Dijo la directora de un imperio estético...

—¿Tienes localizada la ropa mona? —Barbie cambió de tema.

—¿Tengo ropa que no es mona?

—Ya sabes a lo que me refiero... Ropa de salir un sábado por la noche.

—Hay una caja que pone «Vestidos de noche», si es a eso a lo que te refieres.

Barbie no respondió. Se limitó a levantarse del suelo, abrir la caja que había mencionado Sarah y seleccionar dos vestidos preciosos. Uno era blanco, corto y ceñido. El otro tenía algo de vuelo, un escote de vértigo y miles de lentejuelas plateadas brillando bajo los focos halógenos del salón.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Sarah.

—Tú y yo, nena... Nos vamos a ir a quemar la noche de Manhattan.

—Pero ¿tú no decías que la mudanza te había dejado sin energía?

—¡Sin energía para abrir cajas! Pero nadie ha visto nunca a Barbie y Sarah quedarse un sábado noche en casa.

—Cariño, ya no estamos en la universidad. —Sarah se rio—. Todo el mundo ha visto cómo me quedaba en casa viendo Netflix los últimos seiscientos sábados.

—Eso es porque estabas casada con un gilipollas amuermado.

—Me gusta que recuperemos la dinámica de insultar a Ryan. —Sarah alcanzó el vestido que Barbie le ofrecía, el blanco ceñido—. ¿A dónde pretendes arrastrarme?

—¿En serio tienes que preguntarlo?

—Pues... sí. Hasta hace un minuto ni siquiera pensaba que tuviera que peinarme, así que al menos elige tú el local al que vamos a ir a celebrar esta mudanza. Suponiendo que una mudanza sea algo que la gente normal celebra.

—¿Gente normal? ¿Cuándo hemos sido nosotras gente normal? —Barbie no esperó respuesta y se jugó un órdago—. ¿Aceptarás cualquier plan que te proponga? ¿Sin quejarte ni poner un millón de objeciones?

—Me has ayudado a trasladar sesenta toneladas de peso en cajas de cartón. Creo que te lo debo.

—Muy bien, así me gusta. —Barbie esbozó una sonrisa enorme y diabólica—. Entonces,

enséñame ese club cutre en el que trabaja Josh.

La boca de Sarah se abrió en un círculo perfecto. Boqueó como un pececillo, pero no encontró fuerzas para negarse. En el fondo..., tenía ganas de verlo, por muy inapropiado que fuera hacerlo sin haberle contado aún a él aquel secreto gigantesco que se cernía entre los dos. Y también tenía ganas de salir. De salir con Barbie, como en los viejos tiempos, divertirse y bailar.

Un taxi las dejó cerca del que recordaba Sarah que era el edificio de Josh, aquella calle donde se habían tomado un café unos días antes. Les llevó un buen rato localizar aquel club en el que Sarah se había tomado unas copas unos meses atrás, en aquel momento que dio el pistoletazo de salida a la locura de vida en la que se encontraba. Cuando al fin le dijo a Barbie «¡Es aquí!», su amiga torció el gesto porque le costaba creer que esa chica de buena familia de Nueva Inglaterra que era su mejor amiga hubiera puesto jamás un pie en un antro como aquel.

—¿En serio es aquí?

—Pues... mucho me temo que sí. —Sarah se sentía algo ridícula vestida como para ir a cenar al mejor restaurante de la ciudad, pero no reculó. Atravesó la puerta acompañada por Barbie y se encargó de que se situaran lejos de la barra donde Josh había estado sirviendo aquella noche.

—Lo último que me imagino en la vida es a tus compañeras de trabajo quedando aquí para pasar una noche de copas.

—¡Ah! ¿No te lo he contado?

—¿El qué?

—No me preguntes qué clase de lío mental me hice cuando quise salir aquella noche, pero... este nunca fue el club en el que habían quedado. ¡Con razón no las encontré! En realidad, hay un local con un nombre parecido un par de calles más allá, en la zona no-tan-chunga de Chelsea. Alegaré en mi favor que en aquellos momentos me encontraba bajo un *shock* que no me permitía pensar con claridad.

—Y de aquellos polvos... estos lodos.

—Nunca mejor dicho lo de polvos.

Se rieron juntas y pidieron un par de cervezas sin alcohol, en parte por sobriedad solidaria de Barbie y en parte porque ambas preferían limitarse a los productos embotellados. Sin demasiada discreción, se giraron hacia la zona donde Sarah esperaba ver a Josh. Y, efectivamente, allí estaba él.

—Es guapo el jodido, ¿eh? —le dijo Barbie al oído.

—Este empieza a ser un tema recurrente cada vez que nos vemos.

—Más bien... cada vez que lo vemos a él.

Mientras degustaban sus cervezas, no le sacaron los ojos de encima a Josh. Un par de veces se giraron a toda velocidad para evitar que él las pillara, pero, en general, creían haber mantenido una discreción absoluta. Y Sarah no lo reconocería ante nadie, ni siquiera ante Barbie, pero le había alegrado la noche comprobar que Josh estaba tras aquella barra haciendo su trabajo tal como estaría tras un escritorio en una oficina. No coqueteaba con las clientas, a pesar de que muchas de ellas parecían interesadas, ni ligaba ni tonteaba. Que no es que ella tuviera el menor derecho a exigir nada en ese sentido, pero... la tranquilizaba, no lo podía evitar.

—Viene hacia aquí —dijo Barbie de repente.

—¿Qué? —La música estaba tan alta que a Sarah le costaba oír a su amiga.

—Que Josh viene hacia...

—Hola, Sarah.

Sarah tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para que el botellín de cerveza vacío no se le

resbalara de las manos, lo cual completaría el completo ridículo que sentía que estaba haciendo. Josh estaba frente a ella, con una ceja arqueada y una sonrisa irónica, que ella supo leer a la perfección como una interrogación muda sobre qué estaban haciendo allí.

—Yo... tengo que irme —soltó Barbie, y esa vez a nadie le costó oír sus palabras.

—Pero ¿qué dices? —Sarah intentó retenerla agarrándole la mano, pero Barbie se zafó y le dijo adiós con un gesto.

—¡Te llamo mañana!

Esas tres palabras fueron las últimas que le dirigió a Sarah antes de verla salir de aquel antro de Chelsea. Maldita fuera. No se lo iba a perdonar jamás.

—Si tuviera más ego del que tengo, Sarah... —Josh tuvo que acercarse a ella para hacerse oír, y a Sarah su presencia le alteró el ritmo cardíaco—, pensaría que me estás acosando.

—Yo... Emmmm...

—Apareces en la cafetería en la que desayuno cada día. Hoy te veo venir aquí y quedarte a una distancia prudencial de mi barra..., pero sin sacarme el ojo de encima...

—¿Cuánto tiempo exactamente hace que me has visto?

—¿A una chica con un vestido blanco de infarto y a otra forrada de lentejuelas? Os vi en el momento exacto en el que entrasteis por la puerta.

—Qué vergüenza, por favor...

—¿Quieres tomar algo? Invita la casa. —Sarah se dio cuenta en ese momento de que la sonrisa de Josh debería aparecer en las guías de viaje de Nueva York junto al Empire State, la Estatua de la Libertad o el Rockefeller Center.

—Pues yo... creo que no. —Sarah recapacitó. No iba a contarle a Josh la noticia de su embarazo en aquel ambiente, en medio de su jornada laboral, así que no tenía sentido que aceptara una invitación de él mientras seguía callando—. Me voy a ir a casa.

—¿Ni hoy... ni nunca?

—¿Disculpa? —Sarah puso cara de confusión.

—Si la negativa a tomar algo es... ¿solo hoy? ¿O quizá podría invitarte a tomar algo en un sitio mejor que este y a una hora más decente?

—Mañana —soltó Sarah de repente, antes de que le diera tiempo a arrepentirse—. Me gustaría tomar algo mañana.

—¿A las... seis?

—Me vale.

—¿En Bryant Park?

—También me vale.

Josh tuvo que volver al trabajo, pero las sonrisas con las que se despidieron quedarían en el recuerdo de Sarah durante una larga temporada. Al menos, hasta que se repitieran a las seis de la tarde del día siguiente.

Sarah llegó nerviosa a Bryant Park. Le apetecía esa cita con Josh. En realidad, le apetecía tener una cita con alguien —preferiblemente alguien atractivo, como Josh sin duda era— antes de que llegara el inevitable momento en que la maternidad arruinara cualquier posibilidad de que eso llegara a ocurrir. Le apetecía mucho ser madre, sí, pero no era tan inocente como para pensar que las citas serían una posibilidad plausible en un futuro próximo. Quería dedicarse a su hijo o hija todo el tiempo posible durante sus primeros años y, además, le parecía un asunto peliagudo eso de meter a alguien en la vida de su hijo a las primeras de cambio, así que... puede que aquella fuera su última cita en mucho tiempo.

Claro que, en realidad, Sarah no podría engañar a nadie que la conociera bien sobre el verdadero motivo de sus nervios. Y es que Josh era un chico atractivo, uno con el que sin duda podría pasar un buen rato, como ya lo había hecho un tiempo atrás, pero la verdadera razón de que le temblaran las rodillas mientras subía por la Sexta Avenida hacia la Biblioteca Pública era que aún guardaba el secreto de su maternidad. Y de la paternidad de Josh. Y eso no podía prolongarse mucho más tiempo.

—¡Ah, ya estás aquí! —le dijo a Josh cuando se lo encontró, apoyado en un árbol de Bryant Park con un libro en la mano.

Tuvieron un momento incómodo, en el que ella no tenía muy claro cómo saludarlo... y él, aparentemente, tampoco. Lo solucionaron con un gesto similar a un abrazo leve, sin apenas contacto. Sarah le preguntó por el libro que estaba leyendo y él le dijo que era *Las uvas de la ira*, uno de sus favoritos de la adolescencia.

—¿Ya has leído todo lo bueno y has tenido que empezar a releer? —bromeó Sarah.

—Algo así. —Josh sonrió—. En realidad, no, claro. Me quedan miles de cosas por leer. Pero me hice el carnet de la biblioteca hace unos meses y me prometí coger solo clásicos. Para otro tipo de lecturas soy más de librerías de segunda mano.

—Me dais mucha envidia los lectores. —Sarah suspiró—. A mí me apasionaba leer cuando estaba en el instituto y en la universidad, pero desde que empecé a trabajar... no tengo tiempo para nada. Cada vez que un libro cae en mis manos, inevitablemente es un manual de marketing o de comunicación o de publicidad...

—¿Paseamos? —le preguntó Josh de repente.

—¡Claro! —Sarah carraspeó—. ¿Tienes algún destino en mente?

—Te pareceré un loco, pero me apasiona pasear por la ciudad cuando el buen tiempo lo permite.

—¿Esos escasos días en los que ni llueve ni hace un frío terrible ni un calor del infierno?

—Esos escasos días. —Josh volvió a sonreírle y Sarah pensó que podría hacerse adicta a ese gesto—. ¿Vamos?

Sarah asintió y enfilaron la Quinta Avenida en dirección al norte. Aunque solo era la tercera o la cuarta vez que se veían, por alguna razón, se sentían como si se conocieran desde hacía mucho más tiempo.

—¿Trabajas en marketing, entonces? —le preguntó Josh después de que esquivaran, con los ojos en blanco, a un grupo de turistas que seguían a una guía con un paraguas verde en una mano y un micrófono en la otra.

—Sí, desde que acabé la carrera en Boston. Estudié para ello, de hecho. Nunca tuve claro a qué quería dedicarme mientras estaba en el instituto. Mis padres son científicos, ambos... Mi padre, médico. Mi madre, profesora en la universidad. Y, sin embargo, yo no sé siquiera lo que

es una célula. —Soltaron los dos una carcajada simultánea—. Así que probé con diferentes asignaturas en el primer año en la universidad y supongo que la clave fue que tuve una buena profesora de Introducción al Marketing. Me centré en eso en los siguientes años y... hasta ahora.

—¿Te gusta?

—Sí, mucho. —Sarah sonrió—. Supongo que quedaría guay si te contara una de esas historias sobre que en realidad quería dedicarme a la música o a pintar al óleo, pero me he visto obligada por la sociedad a acabar siendo ejecutiva en una empresa de marketing, pero... no. Trabajo muchas más horas de las que debería y en ocasiones se me va de las manos la ambición, pero lo cierto es que me encanta lo que hago.

—Eso es genial. Ojalá yo pueda decir lo mismo algún día.

—¿No te gusta...?

—¿... trabajar en el bar más cutre de Chelsea? —Josh arqueó una ceja y Sarah se fijó en que, cuando hacía un gesto especialmente expresivo, se le marcaba un hoyuelo en la mejilla izquierda que multiplicaba por mil su atractivo—. No, no es eso con lo que soñaba cuando era niño.

—¿Y con qué soñabas? —le preguntó Sarah, justo antes de darse cuenta de que la frase había sonado mucho más profunda de lo que pretendía inicialmente.

—No hubo demasiado espacio para los sueños en mi infancia, en realidad... —Josh suspiró—. Nací aquí mismo, en Nueva York. Bueno, aquí mismo no, claro. —Los dos miraron a su alrededor, a las lujosas tiendas de la Quinta Avenida que los rodeaban mientras se acercaban a Central Park—. Hay otro Nueva York mucho más desconocido, pero, por lo que yo he comprobado, mucho más real. Aquí solo hay ejecutivos nacidos en otras partes del mundo y turistas que vienen a comprobar cuánto hay de verdad en el sueño americano. Y se van convencidos de que es real, claro. Yo nací en South Bronx, en la única familia blanca de un bloque de pisos de protección oficial. Cuando era niño, pensaba que éramos extranjeros porque éramos de los pocos que hablábamos inglés en el barrio. Me crié entre ritmos de merengue y bachata, entre olor a banana frita y frijoles. La mayoría de la gente que había por allí era estupenda, pero otros... otros no lo eran.

»Mis padres habían acabado allí por una serie de malísimas decisiones. Bueno, por una sola, en realidad: engancharse al *crack* en los ochenta. De hecho, creo que fue casi un milagro que yo naciera, teniendo en cuenta que mi madre pasaba de los cuarenta cuando me tuvo y llevaba desde la adolescencia metiéndose de todo.

—Joder, yo... lo siento.

Sarah no sabía qué más decir. Habría jurado que Josh era un tío hermético, no sabía por qué le había dado esa sensación. Pero no estaba siendo así en absoluto. Era la primera vez que mantenían una conversación de más de diez palabras y él ya le estaba contando los que suponía que eran los secretos más sórdidos de su vida. No sabía siquiera qué decirle, le parecía que ese «Lo siento» se quedaba corto y era algo absurdo.

—No lo sientas, no fue culpa tuya. Salvo que dedicaras los años ochenta, en los que entiendo que ni habías nacido, a traficar con *crack* y heroína en la costa este, pero supongo que no es el caso.

—No, me temo. —Sarah esbozó una sonrisa agri dulce.

—El caso es que me obsesioné con salir de allí lo antes posible. Desde los once o doce años, veía mi vida como una carrera de fondo cuya meta serían los dieciocho. Veía esa edad como el momento en que podría ponerme a trabajar de lo que fuera, con tal de que me proporcionara el dinero suficiente como para pagar el alquiler de un sitio algo mejor que el

apartamento en el que me había criado, que tampoco era pedir mucho, en realidad.

—¿Y así es como acabaste en el bar más cutre de Chelsea? Tus palabras, no las mías.

—No, qué va... El camino fue algo más largo, en realidad. ¿Sabes lo que acabas de contarme sobre tu profesora de Marketing en la universidad?

—Sí.

—Pues a mí me ocurrió algo parecido en el instituto. El profesor de Química de noveno hizo que me apasionara por la asignatura y... me apasioné demasiado, supongo. Él me fue tutelando durante toda la etapa escolar y, cuando estaba a punto de graduarme, me enteré de que había enviado en mi nombre solicitudes de admisión y beca a varias universidades del estado. Evidentemente, mis padres no solo no tenían un dólar para pagarme los estudios; tampoco tenían intención de hacerlo. En aquel momento..., ya eran poco más que sombras de sí mismos. El caso es que estudié y estudié y estudié... y lo conseguí. Me matriculé en la universidad estatal, conseguí una beca parcial y, cinco años después de graduarme en el instituto, había conseguido mi licenciatura en Química.

—¡Joder! —Sarah se tapó la boca con una mano—. Entonces tú sí que sabes lo que es una célula.

—Más o menos bien, sí.

—¡Estoy rodeada de científicos! —Sarah soltó una carcajada—. Es mi maldición.

—Pero ninguno de nosotros conseguiría un solo cliente si no fuera por la gente que sabe de marketing.

—¿Los químicos tenéis clientes?

—Algunos sí, pero suelen acabar en la cárcel por cocinar meta en sus sótanos. —Josh se rio—. Lo siento, fan de *Breaking Bad* a pesar de mis circunstancias familiares. Realmente, los únicos clientes que tiene este químico al que tienes delante son los que le piden copas en el club.

—¿No encontraste trabajo como químico o no te interesó seguir tu carrera por ahí? —Sarah tenía que hacer un gran esfuerzo para vencer sus prejuicios de chica de familia de catedráticos, pero es que le costaba entender que alguien que se había dejado tantas horas estudiando no disfrutara de la recompensa por tanto sacrificio—. Perdona, quizá sea una pregunta demasiado personal.

—Por alguna razón —Josh suspiró justo cuando se adentraban en Central Park por la esquina sudeste—, toda esta conversación es demasiado personal desde el comienzo, pero... no me parece mal. Las opciones de trabajo para un químico son varias, pero ninguna da demasiado dinero de forma inmediata. Y desde que acabé la carrera y, con ella, se me terminó la beca... necesito dinero de forma inmediata. Mis padres fallecieron en diferentes momentos de mi vida universitaria. Mi padre, cuando estaba en primero; mi madre, un par de años después.

—Joder, lo siento muchísimo. Y también siento que parezca que solo sé decir esta frase.

—Ni te preocupes. —Josh le quitó importancia con un gesto de su mano—. El caso es que, cuando tuve que arreglar todos los papeles después de que ellos fallecieran, descubrí que hacía algún tiempo que había muerto mi abuela materna, de la que yo jamás había oído hablar. Mis padres no tenían ninguna relación con el resto de sus familias, yo pensaba que no tenía abuelos, la verdad, aunque nunca investigué demasiado. El caso es que mi abuela vivía en un piso minúsculo de renta antigua en Chelsea... y nadie se había encargado de comunicar al casero su fallecimiento. Heredé, por decirlo de alguna manera, ese contrato de alquiler y así pude al fin mudarme a un sitio decente.

—¿Dónde habías vivido hasta entonces?

—En diferentes sitios... Sofás de amigos míos, un semestre en una habitación de una

residencia de estudiantes para la que conseguí una beca temporal, por momentos de vuelta en casa de mis padres aunque enseguida me arrepentía de haber regresado... Y también algunas noches en la calle.

—¿En la calle?

—Si hubieras conocido el ambiente en casa de mis padres, te aseguro que la calle no te parecería tan mala opción. —Josh puso los ojos en blanco—. Bueno, en realidad es una opción horrible y no debería bromear con ello, pero esa siempre ha sido mi manera de lidiar con toda la mierda. El caso es que me mudé al estudio de Chelsea y eso solucionó en parte mis tormentos económicos, pero el trabajo seguía siendo un problema.

—¿Por qué?

—La investigación era lo que más me atraía, pero es casi imposible hacer un doctorado si no tienes un respaldo económico detrás. Podría haber entrado a trabajar en algún laboratorio, pero solo como técnico, y los sueldos son ridículos. La docencia también me gustaba, pero tampoco es que paguen mucho... Solo he conseguido una plaza a media jornada en un colegio público. Por eso trabajo en el club también, porque solo con el sueldo de profesor no tengo suficiente.

—¿Y cómo consigues combinarlo todo? No parecen dos profesiones fáciles de conciliar.

—Trabajo en el club de jueves a domingo y, por suerte, los viernes no tengo clase, así que puedo descansar un poco más de lo habitual. Pero los lunes sí, a primera hora, además, así que casi siempre voy al colegio sin haber pegado ojo. Es una forma estupenda de empezar la semana.

—Y no estás siendo nada irónico, ¿verdad?

Se rieron y siguieron caminando por los senderos del parque. Cuando atardeció, Josh le preguntó a Sarah si le apetecía cenar algo improvisado y a los dos les pareció una idea estupenda compartir unos perritos calientes y unos refrescos de un puesto callejero. La conversación no decayó en ningún momento y, así, Sarah se enteró de que Josh tenía veinticuatro años, que planeaba pedir un aumento de jornada en el colegio para el siguiente curso y dejar el club, aunque eso implicara vivir un poco más ajustado, y también de que le indignaba el hecho de que la gente estuviera más dispuesta a pagar por unas copas que por la educación de sus hijos. Sarah le habló un poco de ella, aunque, después de todo lo que Josh le había contado, prefirió no ahondar en su privilegiada situación familiar.

Y es que Sarah se había quedado muy impresionada con la historia de Josh. Se arrepentía de haber sido tan elitista al considerarlo «un simple camarero», tal como Barbie le había reprochado, y no porque en realidad tuviera estudios universitarios, sino por la historia de esfuerzo y mérito que había detrás. Durante toda esa tarde, Sarah no había dejado de sentir que Josh valía más que mil Ryans, con sus trajes a medida, sus plumas MontBlanc y sus viajes de esquí cada Navidad.

La noche se les echó encima demasiado pronto. Josh entraba a trabajar a medianoche y aún tenía que pasar por su apartamento para cambiarse de ropa. Sarah tenía un millón de cosas que hacer en su nuevo piso, así que calló lo que realmente pensaba: que no le habría importado que esa velada se prolongara toda la noche porque hacía siglos que no se sentía tan cómoda con nadie que no fuera su mejor amiga.

Solo cuando ya se habían despedido en la estación de metro en la que sus caminos se separaban, Sarah se dio cuenta de que no había cumplido en absoluto con su plan inicial: no le había contado a Josh nada del embarazo. Y no había sido del todo consciente de ello, pero si lo hubiera sido... si lo hubiera sido, probablemente también habría callado. Porque no quería

estropear lo bonito que había sido ese día. Porque había querido, durante unas horas, ser solo lo que era: una chica de veintinueve años con ganas de pasar una tarde preciosa con un chico guapo e interesante. Un chico que, además, le había dado su teléfono antes de marcharse.

Sarah se estremeció cuando el ginecólogo aplicó el gel sobre su vientre. Estaba muy frío, aunque intuía que el motivo por el que la piel se le había puesto de gallina eran los nervios. Ella, que siempre había sido la menos hipocondríaca del mundo, que se había enfrentado un par de veces en su vida a pruebas diagnósticas que podrían haber salido mal —por suerte, no fue así—, ahora se estremecía cada vez que le cruzaba la mente la idea de que algo pudiera torcerse en su embarazo. Cruzó los dedos con fuerza mientras el ecógrafo se movía sobre su tripa y respiró hondo por primera vez en un buen rato cuando la sala de la clínica se inundó con el sonido rítmico del corazón de su hijo.

—¿Quieres... *queréis* saber el sexo del bebé?

La doctora parecía algo confusa sobre el estatus de Barbie en toda aquella historia. Sarah solo había acudido a la consulta sola o acompañada por su mejor amiga, pero en ningún momento se había hablado de un padre. Ni falta que hacía... al menos por el momento.

—¡Sí, sí, sí! —Barbie daba saltitos sobre sí misma, consumida por la emoción.

—Sí, claro. —Sarah le sonrió a la doctora, mucho más calmada de lo que estaba su amiga.

—Pues vístete y lo hablamos en la consulta.

—Pero... ¿está todo bien? —El pánico que Sarah había sentido cuando la doctora la había emplazado a ir a la consulta se disolvió en el mismo instante en que la vio asentir y sonreír de forma tranquilizadora.

Apenas dos minutos después, Sarah y Barbie estaban sentadas en las dos sillas que había frente a la mesa de la doctora. Sarah estaba segura de que ni siquiera se había limpiado bien el gel del abdomen, pero si se arruinaba para siempre la camisa de marca que llevaba... no podría importarle menos.

—Bien, pues... es una niña.

Una niña. UNA NIÑA. Hasta ese momento, Sarah no había conseguido visualizar como real a aquel bebé que estaba creciendo en su vientre, pero ahora... ahora era una niña.

No salió del todo del *shock* hasta que se vio sentada en una cafetería cercana a su oficina con Barbie. Se había tomado una hora larga de la comida para aprovechar e ir a hacerse la ecografía, pero sospechaba que tardaría más de lo debido en regresar a la oficina. Ni siquiera podía pensar en comer, a pesar de que Barbie había pedido dos pedazos enormes de tarta de zanahoria, dos capuchinos descafeinados a tope de nata y cacao y un bol de fruta fresca recién cortada. Nada le apetecía; todo su cuerpo estaba lleno de ilusión y ahí no cabía comida.

—¿Estás bien? —le preguntó por enésima vez Barbie.

—Sí, sí. —Sarah al fin sonrió con todo; con la boca, con los ojos y con el alma—. Estoy más que bien.

—Pues come algo, anda. Que esa niña no se va a alimentar solo de alegría.

Sarah, por no oírla protestar, picoteó un par de trozos de la tarta de zanahoria.

—Y ahora hablemos de lo único importante. —Barbie esbozó una sonrisa con un toque malévolo—. ¡Nombres!

—¿No es un poco pronto para eso? —Sarah sonrió.

—¿Pronto? ¿Es pronto para hablar de nombres, pero no para que hayas decorado ya su cuarto? Que, por cierto, insisto en que me in-dig-na tu elección de colores neutros cuando, siendo una niña, podría haberle regalado todo el mobiliario rosa de este mundo.

—Barb, ¿te das cuenta de lo terriblemente machista que es ese comentario?

—El rosa es un color, Sarah, te lo he dicho cientos de veces. No soy yo quien le ha dado otras connotaciones ni pienso asumirlas.

—¿Y si fuera un chico no podría tener la habitación rosa? ¡Venga ya!

—Podemos seguir discutiendo o podemos empezar a hacer una lista de nombres. — Barbie le dio un sorbo a su capuchino—. Mi primera propuesta: Barbie.

—Ni lo sueñes. Tengo unos... Vale, tengo unos cuantos pensados.

—¿En serio?! ¿Pero por qué disimulas, entonces? Eres boba. —Barbie le dedicó un gesto tan lleno de cariño que contradecía por completo sus palabras—. Venga, escúpelos.

—Leah es mi favorito. También me gustan Ella, Maia o Isabella.

—Son nombres taaaan pijos... —Barbie puso los ojos en blanco—. Por suerte, ¡¡me encantan!! Así que tienes mi aprobación.

—Gracias a Dios. Si no fuera así, no sé qué haría.

Las dos se echaron a reír y Sarah recuperó al fin el apetito. Tanto que acabó dando buena cuenta de un sándwich de beicon y huevo, y de más de la mitad del pedazo de tarta de zanahoria que, en principio, le correspondería a Barbie.

—Solo te pido que al menos no uses esa excusa tan manida de que ahora tienes que comer por dos.

—Ni se me ocurriría.

Sarah soltó un suspiro profundo después de que ambas se quedaran un rato en silencio. Barbie le preguntó qué le ocurría, pero Sarah prefirió callar para no menospreciar a la mejor amiga que había tenido en su vida. Pero es que Sarah... una vez pasada la emoción inicial de que su doctora le confirmara que todo iba bien y que su bebé era una niña... había empezado a sentir que la persona que debería haber estado a su lado era Josh.

—Estás pensando en él, ¿verdad?

Por un segundo, Sarah se arrepintió de todo su pensamiento anterior. Alguien que la conocía tan bien como Barbie merecía al menos el papel de *padre* honorífico de su bebé, aunque eso no fuera del todo compatible con la existencia de un padre real.

—Sí. —Decidió ser sincera. Si no lo era con Barb..., con quién podría serlo—. Siempre que estoy lejos de él, me arrepiento de no haberle contado aún lo del embarazo. Pero, luego, cuando lo he visto, o cuando hablo con él, no soy capaz. No tanto porque no me atreva como porque me lo paso tan bien que consigo olvidarme de todo. Sé que contárselo va a ser un momento difícil y no quiero estropear...

—¿Estropear el qué?

—Lo que sea que tenemos.

—¿Seguís hablando a diario?

Sarah se limitó a asentir con un movimiento levísimo de su cabeza. Y es que, desde el día de aquella cita en Bryant Park, Josh y ella se habían intercambiado mensajes todos los días, casi casi a todas horas, excepto en aquellas que los dos dedicaban de forma intensiva al trabajo. Habían charlado de todo un poco, los primeros días con timidez, pero después ya con esa confianza que los llevaba a enviarse fotos de la comida que tenían delante, enlaces a una canción que acababan de descubrir o vistas desde las ventanas de sus respectivos trabajos.

—Te gusta, ¿verdad? —insistió Barbie.

—Me gusta. —Sarah suspiró—. Me gusta más de lo que debería gustarme, dadas las circunstancias que nos rodean y el poco tiempo que hace que lo conozco.

—Sarah, yo... Te entiendo, ¿vale? —Barbie le apretó la mano como gesto de apoyo—. No solo porque Josh es una monada de chico, sino también porque, por lo que me cuentas,

parece un encanto.

—Al final mis óvulos no eligieron mal, ¿no? —Sarah quiso bromear, pero le salió un gesto agridulce.

—Parece que no, pero...

—¿Qué?

—Es mi obligación como mejor amiga, y probablemente como la persona que mejor te conoce en este mundo, decirte que no debes perder de vista qué es lo más importante. Y me encanta que Josh te guste. Aunque solo haga unos días que habláis y eso... al menos que sea el buen padre que ambas queremos para esa niña. Pero él tiene que saber que va a ser padre, Sarah. Cada día que pospones contárselo lo va haciendo todo más difícil.

—Ya lo sé, maldita sea. —Sarah hizo un mohín que en otras circunstancias a Barbie le habría parecido graciosísimo—. ¿Se puede saber cuándo nos hemos intercambiado los papeles? En la película que yo me sé, tú eres la enamoradiza alocada y yo, la persona fría y pragmática que antepone siempre el cerebro al corazón.

—Pues se ve que las tornas han cambiado, nena.

—¡¿Y me puedes explicar cómo puedes vivir así?! Hace... Hace menos de un mes que tomo decisiones impulsivas y ya estoy a punto de enloquecer.

—Yo lo soluciono con muchas infusiones de valeriana, compras terapéuticas y pintando mi casa de un tono diferente de rosa cada aproximadamente seis meses.

—Dudo que nada de todo eso me ayude.

—Pues no conozco otra receta.

—¿No puedes decirme que viva la vida, que disfrute del momento, que *carpe diem* y todo eso que te he oído decir un millón de veces desde que estábamos en la universidad?

—Puedo. Pero sería una mala decisión. Es decir... Todo eso me gusta, Sarah, es lo que quiero que hagas, por supuesto. ¿Qué hay de malo en vivir la vida y disfrutar del momento? Lo único que te pido es que le cuentes la verdad a Josh.

—Lo haré. Te prometo que lo haré cuanto antes.

—Bien.

Se despidieron sin mucha más conversación, cuando ambas decidieron que ya era hora de volver al trabajo. Barbie echó a andar por la Segunda Avenida, así que se perdió la sonrisa radiante de su mejor amiga cuando su móvil sonó y ella leyó el mensaje que acababa de llegarle.

Josh: «¿Tienes planes para el sábado? El club cierra porque van a rodar un anuncio en él, así que tengo la noche libre. ¿Has estado alguna vez en un autocine?».

El sábado, tal como había prometido, Josh pasó a recoger a Sarah por la puerta de su nuevo apartamento. Lo hizo en un coche precioso, un descapotable antiguo, de color rojo cereza, que brillaba tanto que Sarah tuvo que cerrar un segundo los ojos para evitar que el reflejo del sol en él la deslumbrara. Aunque, si tuviera que apostar, Sarah diría que quien realmente la deslumbraba era el propio Josh.

—¿Y este cochazo? —le preguntó Sarah en cuanto se subió en el asiento del copiloto.

Por lo que había hablado con Josh las veces que se habían visto y también a través de los muchos mensajes que intercambiaban a diario, no imaginaba que él dispusiera de un coche de esas características. De ningún coche, en realidad, no solo porque su situación económica no fuera la mejor, sino porque Sarah no conocía a nadie que tuviera coche en Manhattan. La gente de alto poder adquisitivo con la que se relacionaba contrataba algún tipo de servicio de coches de lujo con chófer y el resto se apañaban con el metro.

—Te prometí una cita especial, ¿no? —Josh desvió un segundo la mirada de la carretera y le guiñó un ojo a Sarah—. Me lo ha prestado un compañero del club que es un enfermo de los coches clásicos.

—¿Lo es?

—¿Perdona? —Josh frunció el ceño, aunque no la miró.

—¿Esto es una cita?

—Emmm... —Josh balbuceó un instante, pero enseguida se repuso—. ¿Tan mal lo he hecho para que dudes?

—No, no es eso. Es que...

—Sarah, ¿puedo hacerte una pregunta seria?

—Claro.

—¿Tú estás... disponible? —Josh negó con la cabeza—. Perdona, esa frase es horrible. No eres un taxi. A lo que me refiero es a que... Hemos hablado de un montón de cosas en las últimas semanas, pero sobre todo he hablado yo. Sobre ti... no sé demasiado. Y me caes genial, no te equivoques, pero quizá me estoy haciendo una película en la cabeza sobre hacia dónde conduce esto y tú en realidad estás en otro punto completamente diferente.

—No, no. Yo...

Sarah suspiró. El té chai que se había tomado a media tarde, antes de que él pasara a buscarla, se le hizo bola en la garganta. Josh seguía conduciendo y se encontraban ya en uno de los túneles de salida de la isla. Sintió que Josh tenía razón. Le gustaba que hubiera respetado sus silencios, pero, si aquello conducía a alguna parte, lo mínimo que tenía que hacer ella era contarle algo sobre su vida. En realidad, «lo mínimo» sería contarle todo, pero sabía ya a esas alturas de la *cita* que eso no lo iba a hacer.

—Tienes toda la razón del mundo. —Sarah sonrió porque, si ya Josh le gustaba, que hubiera respetado su largo silencio hizo que le encantara—. Perdona que haya sido tan hermética desde que nos conocemos, pero... no nos hemos conocido en el momento más fácil para mí.

—¿Quieres contarme por qué?

—Claro. —Sarah suspiró—. Acabo de divorciarme. Y cuando digo «acabo» es literal, porque ayer firmé el último de los documentos necesarios para hacerlo oficial y definitivo. Aunque, en realidad, el matrimonio se acabó hace unos cuatro meses, más o menos.

—Lo siento mucho. —Josh la miró durante solo un instante—. ¿Fue decisión tuya?

—Nunca he tenido muy claro si eso hace que el dolor sea mayor o menor, pero, en

cualquier caso..., no. No fue decisión mía. Ni siquiera me lo esperaba. ¿Alguna vez te ha pasado que creías conocer muy bien a alguien, a la persona más cercana a ti de todo tu entorno y que, de repente, te des cuenta de que no lo conoces de nada?

—No. Me han podido pasar cosas parecidas, pero eso, por suerte, no. ¿Entiendo que eso es lo que te ocurrió con...?

—Ryan. Mi exmarido se llama Ryan. Llevábamos juntos nueve años, cuatro de ellos casados y, en teoría, llenos de proyectos de futuro. Hasta que un día, cuando yo había quedado con él para comer llena de ilusión, como solíamos hacer dos o tres días por semana, me dijo que ya no me quería, ya tenía las maletas hechas y apenas he vuelto a verlo desde entonces. Ni creo que vuelva a verlo jamás.

—¿Aún lo quieres?

—¡¿Yo?! Por Dios... —Sarah se escandalizó tanto que se dio cuenta, en ese preciso instante, de que había superado con creces la separación—. Te diría que lo odio, pero eso sería darle demasiada importancia en mi vida. Simplemente, siento que he tirado casi una década junto a un tipo al que nunca conocí, que ahora vive en Los Ángeles con la mujer por la que me dejó, con la que me hizo compartir tiempo en el último año, porque al parecer no era suficiente con dejar de quererme, también tenía que humillarme.

—Joder, vaya mierda de persona. Yo alucino. —Josh carraspeó—. Perdona, no sé si te ofende...

—Tendrías que oír a Barbie hablar sobre Ryan... —Sarah soltó una carcajada—. No me ofendería dijeras lo que dijeras, créeme. Probablemente cualquier insulto hacia Ryan se quedaría corto.

—¿Y cómo estás ahora?

—Pues... saliendo del *shock*, Josh. Es difícilísimo asumir que toda tu vida era una mentira. Y en este tiempo he tenido que mudarme de piso... Bueno, lo he hecho porque he querido, pero es que en realidad no podía seguir viviendo en el mismo lugar en el que habíamos planeado un futuro juntos. Y he tenido que contárselo, con más o menos detalles, a todo nuestro entorno, además de haber visto cambiar mi situación económica... En fin, sé que todo ha sido para bien y estoy muy contenta de haber conseguido encaminar mi vida de nuevo después de menos de medio año, pero entiende que han sido meses complicados y no he podido pensar demasiado en... *citas*.

Una hipócrita. Así es como se sentía Sarah después de su discurso. Aunque había sido sincera en cada palabra que le había dicho a Josh, era mucho más grande lo que había omitido. Si algo le había impedido pensar en citas, y en casi cualquier otra cosa, en los últimos meses, no había sido su divorcio —o no *solo* su divorcio—, sino su embarazo. La bola de su garganta se había hecho mucho más grande con esa confesión.

—Claro, joder, ahora lo entiendo todo. —«No, Josh, no entiendes nada»—. Perdona si te has sentido presionada. Yo... Yo solo...

—Sí que nos está fluyendo la comunicación —bromeó Sarah, para sacarle un poco de hierro a aquella conversación que se estaba volviendo tan intensa.

—Yo solo quería decirte que... me gustas. —Josh se encogió de hombros y a Sarah le pareció un gesto tan tierno que le dieron ganas de besarlo. *Más* ganas de las que tenía ya de forma habitual—. Pero dejemos que fluya. Entiendo que no es un buen momento para... forzar nada.

—Nada de lo que ha pasado... —Sarah carraspeó. Le daba un poco de pudor lo que iba a decir, pero también quería dejárselo claro a Josh—. Nada de lo que ha pasado entre nosotros ha

sido forzado.

Por suerte, en apenas cinco minutos llegaron al destino que Josh había previsto para aquella *cita*. Sarah no tenía la menor idea de que en Estados Unidos quedara aún algún autocine. Le sonaba a algo de la época en que sus padres eran adolescentes. En su estado, solo recordaba ver uno de aquellos recintos, pero ya estaba en ruinas cuando ella era una niña. Por alguna razón, se emocionó ante la idea de iniciarse en una tradición tan puramente americana.

—¿En serio?! —Sarah se emocionó al ver en la enorme cartelera de aspecto retro el título que se emitía ese día—. ¿Te has acordado o ha sido casualidad?

Unos días antes, en una conversación por WhatsApp en la que les había dado más de la medianoche hablando, habían descubierto que su película favorita de todos los tiempos era la misma, *Historias de Philadelphia*, un clásico con Katharine Hepburn y Cary Grant que ambos habían visto cientos de veces. Y, al parecer, la siguiente visualización iba a llegar en una pantalla gigante, en una preciosa noche de primavera, en un descapotable rojo.

Como ambos se sabían de memoria la película, pasaron casi todo el tiempo comentando sus escenas favoritas, y también algunos detalles más sobre el divorcio de Sarah, el trabajo de Josh, sus respectivas familias... Sarah no se tenía por una persona especialmente extrovertida — Josh le confesó que él tampoco se veía así a sí mismo—, pero era increíble cómo fluían las conversaciones entre ellos cuando estaban juntos.

Cuando los títulos de crédito aparecieron en la pantalla, a ambos los invadió una sensación agridulce. Josh sabía que tardaría mucho tiempo en volver a tener disponible una noche de sábado y odió, quizá más que nunca, su precaria situación laboral, que le impedía pasar los fines de semana como cualquier otro chico de su edad. Había momentos en los que se sentía realmente frustrado por haber estudiado tanto, haberse esforzado tantísimo durante muchos años, y que al final la situación laboral dependiera más de la clase social de la que procedía y la ayuda familiar que pudiera tener —cero, en su caso— que del mérito.

La frustración de Sarah iba por otros derroteros. En su caso, no podía culpar a nadie de ese vacío que sentía dentro al pensar en despedirse de Josh. Porque, de nuevo, le había fallado a él y, lo peor de todo, se había fallado a sí misma. Sabía la razón, por mucho que quisiera negárselo: si no se atrevía a contarle a Josh que estaba embarazada, era porque no quería que aquello que estaba empezando entre ellos muriera antes de nacer. Y no, no era porque solo quisiera ser durante un rato más una chica de veintinueve años que se divierte antes de asumir la responsabilidad más importante de su vida. Era por Josh. Porque él le gustaba. Porque ya lo quería un poco.

—Estás muy callada —le dijo Josh cuando enfilaban el puente que los acercaría a sus casas... y a la despedida.

—¿No te parece que, durante la película, hemos agotado el cupo diario de palabras?

—No tiene pinta de que a nosotros nos vaya a pasar eso nunca.

—Nunca digas nunca.

Se sonrieron y pasaron los siguientes minutos en un silencio comodísimo. Tanto que Josh recorrió a una velocidad ínfima la distancia que los separaba de la casa de Sarah y hasta recibió algún bocinazo de un par de taxistas impacientes. Ella se dio cuenta, pero no dijo nada; se limitó a sonreír y dejar que la brisa fresca del comienzo de la noche le refrescara la cara.

—Me temo que hemos llegado a su castillo, princesa —bromeó Josh cuando paró el coche en una zona de carga y descarga frente al edificio de Sarah.

—¿Y si te digo que no me apetece nada bajarme del coche? —le soltó Sarah, en un alarde de sinceridad.

—¿Y si te digo yo que, si te quedas en el coche, me va a costar mucho resistir la tentación de besarte?

—¿Y si nos dejamos de jueguecitos y...?

A Sarah no le dio tiempo de acabar la frase. Ni le dio la gana. Se abalanzó sobre el cambio de marchas del coche casi al mismo tiempo que Josh hacía lo mismo desde su lado. Sus labios se encontraron a medio camino y, a pesar de que apenas se habían besado en aquella única ocasión en la que habían compartido cama, a ambos la boca del otro les pareció hogar.

El beso duró treinta y siete segundos y medio. A los dos les supo a poco y, al mismo tiempo, supieron que no harían nada más. A Sarah estuvo a punto de darle la risa al pensar que estaban siendo tremendamente comedidos cuando, algo más de tres meses antes, ya se habían desnudado uno frente al otro a plena luz del día a las cinco horas escasas de conocerse.

Pero tenía sentido. Estaba bien. Había una razón por la que eso era así: que aquella primera mañana en la que se habían acostado no se importaban nada el uno al otro. Y ahora sí. Ahora sentían que se jugaban más. No querían precipitarse. No querían sufrir, aunque, cuando Sarah hablara..., probablemente lo harían ambos.

Si alguien le hubiera preguntado a Sarah, cuando tenía siete años, cómo se imaginaba a sí misma el día en que cumpliera treinta años, habría respondido —casi seguro— que se veía casada, con hijos y con alguno de los trabajos que soñaba en aquella época de su infancia, como peluquera o veterinaria. Si se lo hubieran preguntado a los dieciséis, habría respondido que se veía viviendo en Europa, teniendo un novio en cada ciudad y disfrutando de salidas nocturnas al estilo *Sexo en Nueva York*, la serie que la obsesionaba en la adolescencia. Si se lo hubieran preguntado a los veintiocho, habría apostado su brazo derecho a que entraría en la treintena del brazo de Ryan, con un poco de suerte embarazada de su primer bebé o tal vez ya con él durmiendo a su lado en la cuna. Por suerte, no se jugó el brazo; no habría sido bonito entrar en la treintena manca.

Así que ahí estaba Sarah, embarazada de cuatro meses y medio y asumiendo que, a partir de ese momento y durante los siguientes diez años, tendría que poner una cifra que empezara por tres cada vez que un formulario le preguntara por su edad.

Aunque la agencia de marketing en la que trabajaba no destacaba por ser la más moderna de Manhattan, mucho menos en ese sector, en el que la vanguardia cambiaba de un día para otro, pero sí tenía una norma de conciliación de la vida profesional y la personal que no era muy habitual: cada empleado tenía libre el día de su cumpleaños. En el caso de Sarah, además, coincidía en viernes, así que pensaba dedicar aquel fin de semana largo a cuidarse la salud mental y física; ese le parecía el mejor autorregalo por los treinta.

Desde primera hora de la mañana, su teléfono no había dejado de echar humo. Había empezado el día desayunando unas tortitas con sirope de arce y pedacitos de manzana mientras mantenía una larga charla con Barbie en el trayecto que llevaba a su amiga al trabajo. Después había hecho algo de ejercicio, un poco de zumba suave siguiendo una app que tenía instalada en el iPad desde hacía un par de años y a la que no solía prestar atención. Y cuando, a media mañana, recibió la llamada de sus padres, supo que no podía callarse por más tiempo la noticia de que estaba embarazada.

No era el mejor día para darles ese susto, sobre todo porque aún no había hablado apenas con ellos de su separación de Ryan. Esperaba el momento adecuado para subir a Vermont y contárselo en persona, pero empezaba a sospechar que eso no ocurriría antes de que naciera su hijo... y no podía seguir manteniendo a sus padres en la inopia. No fue una conversación fácil, sobre todo porque, antes de que a ella le diera tiempo a darles ningún tipo de explicación, ellos habían deducido por sí mismos que la crisis con Ryan era agua pasada y que la vida los había premiado con ese embarazo que llevaban años esperando. Para cuando fue capaz de explicarles la verdad, estaba ya agotada. Si había resultado así de duro contarles la noticia a sus padres, no quería ni pensar lo que sería el momento de explicárselo a Josh.

Al final, colgaron el teléfono en son de paz, con la noticia más o menos asimilada de que Sarah sería madre soltera, por una serie de circunstancias que ya les explicaría en alguna ocasión más adelante. Quedaron en verse lo antes posible, pero no eran ese tipo de familias que hicieran un drama de ninguna situación, así que Sarah sabía que no se presentarían en Nueva York por sorpresa, ni para reprenderla ni para acompañarla ni para nada. Estaba bien así, a Sarah le gustaba la relación que tenían. Y, en la situación que vivía en ese momento, era una bendición saber que tendría su espacio para tomar sus propias decisiones.

Después de esa llamada, el resto del cumpleaños sería pan comido. Sarah se regaló una comida de McDonald's, su placer culpable favorito, servida a domicilio y que degustó en la

flamante nueva mesa de madera sin pulir del comedor del apartamento. A continuación, durmió una pequeña siesta y, sobre las cuatro de la tarde, se preparó para disfrutar del regalo que Barbie le había adelantado que le haría.

Se fueron juntas a un spa de lujo, de una empresa asociada a la de su mejor amiga. Disfrutaron del tratamiento más caro, que incluía un masaje completo, varias copas de champán —zum de naranja, en el caso de Sarah—, manicura, pedicura y una clase de automaquillaje que ambas disfrutaron como adolescentes.

Al salir del spa, vestidas con ropa cómoda, Barbie la sorprendió con una visita a la *personal shopper* con la que trabajaba habitualmente su amiga.

—No pensarías que el regalo sería solo el spa, ¿no? —Barbie puso los ojos en blanco—. Elige lo que quieras, querida. Toda mujer debe estar radiante el día que cumple treinta años.

—Me lo estás poniendo realmente difícil para igualar este regalo cuando los cumplas tú en unos meses.

—Esto no es una competición, Sarah. Es una carrera contra el reloj del tiempo.

—Muy alentador.

Entre risas eligieron sus atuendos para esa noche. Sarah iba a invitar a Barbie a cenar en la última planta de uno de los edificios del Rockefeller Center y ambas querían estar radiantes. Sarah se decantó por un vestido camisero de seda con estampados de estilo oriental y lo combinó con unos zapatos de tacón vertiginoso que se preguntó cuántos meses tardaría en poder volver a ponerse. Barbie, por su parte, combinó el fucsia y el rosa palo como solo ella sabía hacerlo.

Salieron felices de aquel atelier tan elitista de la Quinta Avenida. Se reían, comentaban cada pequeño detalle y se perdían en los recuerdos de los años en los que solo eran dos estudiantes llenas de sueños de futuro.

En el restaurante, disfrutaron de una cena compuesta sobre todo de marisco, el capricho que Sarah había decidido regalarse. Mientras chupaba la pata de una langosta con mucha menos clase de la que requería el escenario, pensaba que ese no sería su último regalo del día. Había tomado una decisión en algún momento de aquella tarde tan relajante y ahora sí sabía que sería consecuente con ella hasta el final.

—Lo has hecho muy bien no mencionando en ningún momento el hecho de que sigo sin contarle a Josh lo del embarazo —le soltó a Barbie mientras ambas compartían un delicioso pedazo de tarta de papaya y maracuyá.

—Pensaba darte una tregua por tu cumpleaños. Pero, si quieres hablar de ello, yo encantada.

—Es que he tomado una decisión. Al fin.

—¿Y cuál es?

—Voy a fingir, durante todo el día y la noche de hoy, que no he cumplido treinta años.

—Muy maduro, claro que sí. —Barbie se rio—. ¿Y eso se traduce en...?

—Los veinte son la década de la inmadurez, las decisiones impulsivas, la diversión sin responsabilidades... ¿No crees?

—Hombre, yo diría que nosotras hemos tenido bastantes responsabilidades en la veintena, pero entiendo por dónde vas. O sea, en realidad no entiendo a dónde te diriges, así que sigue.

—Mañana le contaré a Josh que va a ser el padre de mi hija. Haré todo lo que esté en mi mano para que me perdone el haberme callado durante tanto tiempo. Y respetaré la decisión que él tome sobre implicarse o no en la crianza de la niña. Pero no seguiré callando, ya no por respeto a él, sino porque me estoy volviendo loca en este silencio.

—Me parece bien. Pero... ¿qué tiene eso que ver con lo de tener veinte años o treinta o los que sean?

—Que eso será mañana, Barb. —Sarah sonrió—. Hoy... Hoy voy a divertirme. Voy a hacer lo que llevo semanas deseando con toda mi alma.

—Vas a acostarte con Josh. —El tono de Barbie no era de pregunta; pues claro que no. Ella sabía que Sarah deseaba a aquel chico. De hecho, sabía que sentía algo bastante más fuerte que eso, aunque no tenía claro si su amiga iba a aceptarlo fácilmente—. ¿Me equivoco?

—Solo si él me acepta, claro. —Sarah dio un sorbo a aquel brebaje carísimo que le habían servido asegurándole que era «el mejor licor sin alcohol del mundo»—. Pero me gustaría que fuéramos a tomarnos una copa, o un refresco, en mi maldito caso, a su club de Chelsea. ¿Aceptas?

—Pues claro que sí. ¿Acaso lo dudabas?

Salieron del restaurante pasadas las diez de la noche. Era una noche cálida en Manhattan y agradecieron no llevar encima ninguna prenda de abrigo. No estaban tan contentas con los tacones, que empezaron a hacer que sus pies ardieran de dolor antes de llegar a Chelsea. Pero Sarah era una mujer con una misión y no habría *stiletto*s que la detuvieran.

Si la anterior ocasión en la que habían entrado en el club, la cara de Josh al verlas —al ver a Sarah, en realidad— había sido de estupefacción, Barbie pudo comprobar desde primera fila que algo había cambiado: la sonrisa que había esbozado ese día al verla entrar era la de un hombre... Quizá «enamorado» sería una palabra exagerada aún, pero... algo había.

—Vaya, vaya, señoritas. —Josh se acercó a saludarlas desde su puesto tras la barra—. Se ha convertido en una agradable costumbre verlas aparecer en este antro de pecado.

—Será que este local puede ofrecernos algo que no hay en ningún otro lugar —le dijo Barbie muy sonriente.

Enseguida Josh les ofreció dos cervezas, aunque Sarah se las tuvo que ingeniar para indicarle que la suya fuera sin alcohol. Por suerte, él no le pidió ninguna explicación y le sirvió lo que le pedía. Sarah y Barbie bailaron un poco mientras Josh atendía a otros clientes, aunque cada poco rato se escapaba un momento a charlar con ellas.

En torno a la medianoche, Barbie se escabulló hacia la salida. Sarah se dio cuenta enseguida de sus intenciones y, aunque ella tenía las suyas propias muy claras, se acobardó e hizo lo posible por detenerla.

—Quédate, por favor —le pidió.

—No, Sarah. Josh saldrá dentro de un rato de trabajar, ya has oído lo que ha dicho. Hoy no tiene que quedarse hasta el cierre. ¿Lo sabías?

—No tenía ni idea.

—Pues eso demuestra que el destino os lo está poniendo fácil.

—¿Desde cuándo crees tú en el destino? —Sarah se rio.

—Desde que todo lo que parecía destinado a convertir tu vida en un desastre va camino de ser lo mejor que te ha pasado jamás. —Barbie se puso tan seria al decir esas palabras que Sarah se estremeció. Y se emocionó—. Así que vuelve junto a ese chico, disfruta de una buena noche y... que mañana sea lo que Dios quiera.

—Eres la mejor amiga del mundo, ¿sabes?

—Alguna idea tengo. Por cierto... —Sarah se acercó a la barra, silbó como una auténtica hinchada de fútbol para llamar la atención de Josh y a continuación le gritó—. ¡Josh, hoy esta chica cumple treinta años! ¡Espero que le tengas preparado un buen regalo!

Sarah agradeció la oscuridad del club para que no se notara lo colorada que se había

puesto, sobre todo después de que más o menos la mitad de los clientes del local entonaran a voz en grito el *Cumpleaños feliz*. Josh habló durante unos instantes con el encargado de su barra y, después, se acercó a Sarah y esbozó una sonrisa radiante.

—Cumpleañera... —Le acarició la cara con una ternura que ella sabía que no olvidaría fácilmente—. Larguémonos de aquí.

Se cogieron de la mano y atravesaron juntos la marabunta de personas que poblaban el club. Salieron a la calle y agradecieron que el bofetón de brisa de la madrugada los refrescara un poco. Falta les hacía. A pesar de los tacones de Sarah y del agotamiento de Josh por una jornada laboral interminable, llegaron casi corriendo al edificio de él. Antes de subir las escaleras, se besaron con una pasión que llevaban guardando dentro durante todas las semanas que habían dedicado a conocerse. Sarah tuvo la sensación de que nunca, en toda su vida, había sentido tanto con un beso. Josh pensó que podría pasar el resto de su vida perdido en los labios de aquella mujer.

Se desnudaron antes siquiera de cerrar del todo la puerta del apartamento. Sarah se recreó en el cuerpo fibroso y marcado de Josh y se juró que ese sería el último día que se permitiera el lujo de no pensar. Pero es que, en ese momento, lo único que deseaba era sentir. Y sentir casi siempre está reñido con pensar.

La luz entraba tamizada entre las cortinas blancas del estudio de Josh. Sarah abrió los ojos poco a poco y, a pesar de que en los últimos meses le costaba mucho despertarse, esa mañana lo hizo enseguida. Josh dormía a su lado, desnudo. A Sarah se le dibujó una sonrisa. La noche anterior había sido una mezcla casi imposible de pasión desbordada, un cariño creciente y un nivel de disfrute que no recordaba haber sentido jamás sobre un colchón.

Intentó no hacer ningún movimiento, porque no quería despertar aún a Josh. Sarah era muy consciente de la promesa que se había hecho a sí misma, pero quería conservar unos minutos más el recuerdo de esa paz, esa calma que parecía imposible en el medio de la ciudad que nunca duerme.

—Buenos días —la saludó Josh un rato después, con la voz aún pastosa por el sueño.

Sarah respiró hondo, con la idea de contarle cuanto antes a Josh eso que, de repente, se sentía incapaz de callarse, pero él se levantó de un salto y se ofreció a preparar el desayuno. Sarah aceptó esa pequeña tregua que él no sabía que estaba dándole y recuperó su vestido del suelo, porque de repente la había invadido el pudor a seguir desnuda. Además, se preguntaba si de verdad no se le notaba aún nada el embarazo, y lo peor que podría pasar, llegado ese momento, era que él descubriera su secreto por casualidad. Ella sabía que había pantalones que ya no le abrochaban, pero siempre había sido delgada y alguien que no conociera su cuerpo tan bien como ella misma quizá tardaría siglos en adivinarlo.

—Esto ya está. Hoy no me lo he currado mucho. —Josh le sonrió desde detrás de los fogones, pero cuando la vio pelear con la seda de su vestido, corrió al pequeñísimo armario que había conseguido encajar en aquel estudio, junto a la puerta del cuarto de baño, y le acercó una camiseta y un pantalón corto de deporte—. No sé si tengo mucho más que pueda valerte.

—Supongo que no esperas que esté sexi en este desayuno, ¿no?

—Tú no podrías no estar sexi, Sarah.

Ella se sonrojó, pero no pudo reprimir una sonrisa encantada. Sentados a la diminuta mesa de comedor, Sarah tuvo una sensación de *déjà vu* a aquella mañana de unos cinco meses atrás en la que demasiadas cosas habían empezado, aunque aún no estuvieran todas a la vista.

Después de desayunar, Sarah fregó los platos, a pesar de las protestas de Josh, que la abrazaba por detrás y le proponía que hicieran algo más interesante. Pero ella necesitaba eso, calmar el temblor de sus manos bajo el chorro de agua fría del grifo, para afrontar lo que estaba a punto de decir. Solo cuando la última taza y el último plato estuvieron puestos sobre el escurridor, se dio la vuelta, le dio un beso breve a Josh —por si no volvía a tener la oportunidad de hacerlo— y le pidió que se sentara un momento.

Los dos tomaron asiento en el sofá. Josh había aprovechado el rato que ella había pasado fregando para plegar aquel mueble que ocupaba la mayor parte del espacio de su estudio y que había sido cama durante la noche.

—¿Qué pasa, Sarah? —Josh la miró y frunció el ceño al reparar en su gesto serio—. Me estás asustando.

—Y más que te voy a asustar, me temo... —Sarah suspiró—. Quiero dejarte claro que, antes de nada, quiero pedirte perdón, porque lo que voy a contarte ahora debería habértelo contado hace mucho tiempo, pero... no era capaz.

—¿De qué hablas?

—Estoy embarazada, Josh. —Sarah tuvo que cerrar los ojos al decirlo. El corazón le bombeaba a dos mil revoluciones por segundo, pero al mismo tiempo sentía un inmenso alivio.

Ya estaba. Ya lo había dicho—. Antes de que digas nada, necesito explicarte por qué lo he callado durante todas estas semanas en las que hemos estado conociéndonos. Mis últimos meses han sido... caóticos. No encuentro otra palabra para expresarlo. Nunca pensé que Ryan me dejaría como lo hizo, que tendría que irme de mi apartamento porque sentía que esa vida no me pertenecía..., todo ello mientras me enfrentaba a un par de proyectos profesionales que, en cualquier otro momento, habrían ocupado todo mi tiempo. A veces me cuesta creer todo lo que he logrado superar en estos meses.

»Durante un tiempo, quizá hasta esta misma mañana, he ignorado en parte el hecho de que estaba embarazada. He tenido la suerte de que todo va muy bien y que no he tenido más síntomas que algo más de cansancio del habitual, aunque estoy tan a tope con el trabajo que quizá eso habría ocurrido de todos modos. Y la situación era tan desesperada, tan extraña y difícil de asumir, que simplemente he seguido con mi vida como si esto no estuviera pasando.

—Joder, Sarah... —Josh se levantó del sofá y negó con la cabeza durante unos segundos que a ella se le hicieron eternos, antes de empezar a hablar—. Desde que te conocí, y créeme que desde aquel primer día me gustaste más de lo que estaba dispuesto a reconocer, tuve la sensación de que ocultabas algo, de que había en ti algo más que un halo de chica enigmática. Pero nunca pensé... Joder.

—Josh, yo...

—No, ahora déjame hablar a mí un segundo. Luego ya puedes explicarme todo lo que quieras... —Josh resopló—. Entiendo que aquella primera noche... aquella primera *mañana* en que estuvimos juntos no me contaras nada. Fue una aventurilla fruto del alcohol y la noche, aunque la verdad es que no te veía como el tipo de mujer que bebe estando embarazada, pero... ¿quién coño soy yo para juzgarte? Lo que no entiendo es por qué volviste a buscarme después, por qué apareciste con Barbie en el club, por qué has propiciado, igual que yo, que empezáramos... esto que tenemos.

Sarah se dio cuenta en ese momento de que esa conversación iba a ser aún más difícil de lo que esperaba. Sí, Josh había entendido la mitad de lo que ella le estaba comunicando: que estaba embarazada. Pero se le había escapado la importancia de su participación en ello. Josh pensaba que ya estaba embarazada antes de conocerlo. Dios... Qué difícil iba a ser eso.

—Josh, espera, espera, por favor. —Él se volvió a mirarla cuando vio la vehemencia con que ella lo interrumpía—. Es que me temo que no me has entendido.

—¿Hay varias formas de entender lo que has dicho?

—Pues... me temo que sí. —Sarah se pasó la mano por la cara; se moría de frustración por tener que volver a explicar toda la situación—. No estaba embarazada la noche que te conocí, Josh.

El silencio tomó el mando de la situación durante un par de minutos que a Sarah se le hicieron eternos. Fueron largos, espesos y difíciles pero también muy clarificadores. Porque Sarah vio con absoluta precisión cómo la conciencia de la realidad penetraba en el cerebro de Josh. Por suerte para ella, no hizo falta que le explicara nada más. Incluso él tuvo la decencia de no preguntar si, después de aquella madrugada entre ellos, Sarah se había acostado con alguien más.

—¿Me dejas que te lo explique, por favor? —le susurró Sarah en el momento en el que él se sentaba de nuevo a su lado, casi como si las piernas ya no tuvieran fuerza para sostenerlo.

—Te lo ruego.

—He estado muchísimos años buscando quedarme embarazada. —A Sarah se le escapó una pequeña carcajada irónica—. Todos los últimos de mi matrimonio con Ryan, aunque... Si he

usado el singular es porque ahora sé que solo yo buscaba ese bebé. Cuando descubrí que estaba embarazada, unas semanas después de que él me dejara, di por hecho que el padre sería Ryan. Era lo más lógico, a pesar de que ya me había acostado contigo, y también... también con otra persona.

—Pero, entonces, ¿cómo sabes...?

—Déjame seguir, por favor. —Josh asintió—. El caso es que fui a hablar con Ryan antes que con nadie. Ahí fue cuando me enteré de que toda mi vida hasta ese momento había sido un fraude. Resulta que mi exmarido tenía hecha la vasectomía incluso desde antes de que empezáramos a buscar el embarazo. Como comprenderás, tampoco eso ayudó a que mi caos vital se asentara.

—Claro que lo comprendo.

—Gracias. —Sarah volvió a suspirar—. Una vez pasado el *shock*, las opciones, y perdona que sea tan fría al expresarlo así, se reducían a dos personas. Uno eres tú, obviamente; el otro... es un chico al que conocía desde hacía algún tiempo y con el que me acosté unos días después de que Ryan se fuera de casa. —Sarah decidió no explicar más a fondo el papel de Sam en su vida; ya llegaría el momento de dar detalles... si llegaba—. Quedé con ese chico unos días después de que Ryan soltara la bomba de su vasectomía y... Joder, así contado casi parece una película. El caso es que Sam, ese chico del que te hablo, me contó con toda la delicadeza que pudo... que había tenido una enfermedad cuando era niño que lo había dejado estéril para siempre. Antes de que lo preguntes, porque estarías en todo tu derecho, ambos me mostraron pruebas, tanto de la operación de Ryan como de la enfermedad de Sam.

—Entiendo.

—Ya... —Sarah sabía que Josh estaba en cierto estado de *shock*; apenas era capaz de hablar—. Como supongo que ya has deducido tú solo..., eso me dejó contigo como única posibilidad. Y te juro, Josh, que yo me acerqué a ti todas esas veces que tú has mencionado, cuando fui al club con Barbie, cuando nos pillaste en la cafetería de aquí enfrente... Todas esas veces lo hice con la intención de contártelo, pero al final siempre me acobardaba. Lo siento. De verdad que siento muchísimo todo esto.

—No... No sé qué decir... Yo...

—Solo una cosa más para terminar: yo estoy segura de que eres el padre de este bebé, pero entiendo que tú tengas dudas, por supuesto. Estaré encantada de hacerme una prueba de ADN en el momento en que tú lo consideres necesario. Incluso le he preguntado a mi ginecóloga y me ha informado de que pueden ser pruebas prenatales, es decir, que se hacen antes del nacimiento para que todas las cartas estén encima de la mesa cuanto antes. Hay demasiadas cosas complicadas aquí, dejemos que la ciencia solucione lo que sí tiene fácil arreglo.

—Sarah, no puedo... —Josh se levantó de un salto, aunque se tambaleó un poco al hacerlo—. No puedo. Quédate... —Se acercó a la puerta, un par de pasos en aquel estudio diminuto—. Quédate el tiempo que necesites, pero yo ahora mismo no puedo...

—Josh... —susurró Sarah, aunque no sabía qué pretendía decirle en realidad.

—Necesito estar solo. Necesito... —Josh suspiró, con los ojos brillantes—. Lo siento. Lo siento, Sarah.

El sonido de la puerta al cerrarse fue un eco que Sarah supo que la atormentaría durante demasiado tiempo.

—Para ser una persona que ha convertido su casa en una explosión de fucsia y *brilli brilli*, tienes un gusto sorprendente para decorar una habitación infantil. —Sarah esquivó el pañal arrugado que le lanzó su mejor amiga—. Para decorarla con estilo, quiero decir.

—¿Esto qué coño es? —la ignoró Barbie.

—Un cambiador. En serio, ¿no sabes nada de bebés?

—Mmmm... lo mínimo.

Una cuadrilla de pintores habían acabado la tarde anterior de dejar listo el dormitorio. Sarah había decidido, antes incluso de saber el sexo del bebé, que quería unas paredes pintadas de color crudo, desde la mitad hasta el techo, y con un papel pintado de rayas verde menta y beis desde la cenefa central hasta el suelo. Había comprado un montón de muebles blancos preciosos que tenía guardados en el pequeño trastero anexo a la vivienda y que al fin podía colocar donde tenía en mente desde hacía semanas.

—Pues más te vale ir aprendiendo algo, porque mucho me temo que tendré que tomarte la palabra y serás el único *padre* de este bebé.

—¿Sigues sin noticias de Josh? —le preguntó Barbie, aunque lo hizo casi por compromiso, porque bien sabía ella que, si Josh hubiera llamado, Sarah se lo habría comunicado sin dilación.

—Cuatro días... y subiendo.

—¿Y tú no te has planteado llamarlo?

—Me pidió tiempo... —Sarah suspiró—. Pero ayer estuve tentada a enviarle un mensaje. El problema es que entré en la aplicación de mensajería y lleva sin conectarse desde la noche que estuve con él en su piso.

—No parece una mala noticia.

—Salvo que lo haya atropellado un camión de bomberos...

—Vale, si eso ha pasado, sí sería una mala noticia. —Barbie dejó escapar una risita.

—Pero a mí me suena más a que realmente se está tomando un tiempo de desconexión para pensar en la bomba que le solté.

—¿Crees entonces que te llamará?

—Creo que no va a desaparecer sin dejar rastro. No me pega con el tipo de persona que me ha dejado vislumbrar que es. E insisto en que entiendo que estará en estado de *shock*, aunque... un impacto así no puede prolongarse mucho más. —Sarah se recostó contra la pared en la que acababa de colgar un precioso atrapasueños que le había enviado su madre como regalo para la niña—. Supongo que, si en un par de días no sé nada de él, empezaré a asumir que sí o sí me tocará ser madre soltera.

—¿Y eso sería un problema?

—Claro que no. He estado dándole algunas vueltas a cómo me siento...

—O sea, que llevas tres noches sin dormir, ¿no? —Barbie le sonrió con cariño.

—Digamos que he dormido poco. No quieras saber más. —Sarah hizo un gesto con la mano como para quitar importancia a su terrible insomnio—. El caso es que creo que hay que diferenciar al Josh «padre de este bebé» del Josh... «tío por el que me he colgado bastante».

—Explícame eso.

—Yo ya había asumido que sería madre soltera de la niña antes siquiera de contarle a Josh que estaba embarazada. No pensé en ningún momento que un chico tan joven, con una situación personal y laboral complicada, pudiera implicarse en la crianza. No, al menos, en la

misma medida que yo. Sí es verdad que después, al ir conociéndolo, me planteé que sería un buen padre, pero eso... es casi una anécdota. Ser madre soltera no sería un problema para mí. Tengo tantas ganas de ser madre que no necesito a nadie a mi lado para ser feliz. Si le conté a Josh que era él quien me había dejado embarazada fue por simple ética.

—Comprendo. ¿Y lo otro?

—Pues lo otro es que me he colgado como una tonta de ese chico en el momento más inoportuno y en la situación más surrealista. Si llevo cuatro días durmiendo poco y bastante triste por la ausencia de Josh... es por eso, no por lo que se refiere al bebé. ¿Me he explicado?

—Más o menos. Y, si te he entendido bien, me alegro de que sea así.

—¿Por qué?

—Porque un cuelgue por un chico al que conoces desde hace un par de meses se te pasará enseguida, sobre todo si acaba decepcionándote como imagino que lo hará si se borra del asunto paternal. Si quisieras que se implicara como padre de la niña y él desapareciera, entiendo que sería más difícil de superar.

—Exacto.

—Y te conozco tan bien que sé que, en el fondo, una parte de ti desea criar sola a Leah.

—Algo de eso hay. Si Josh no hubiera aparecido, lo tendría clarísimo.

—Si Josh no hubiera aparecido, ni siquiera habría niña, Sarah. Céntrate.

—Qué idiota eres. —Sarah soltó una carcajada mientras seguía colocando pañales en una cesta de mimbre—. Me refiero a que me apetece ser madre soltera, por un lado, y me apetece empezar algo con Josh, por otro. Quizá sean compatibles, pero... empieza a acabarse el tiempo para que dé señales de vida.

Barbie asintió y, en menos de una hora, acabaron de decorar aquella habitación tan bonita que Sarah no sabía cuánto tardaría en usar. Al menos durante los primeros meses, quería tener a su hija a su lado el máximo tiempo posible. Pero, al menos, aquel apartamento que para ella suponía un nuevo comienzo ya tenía un espacio dedicado a Leah.

Comieron juntas unas ensaladas que Barbie había comprado de camino a casa de su amiga. Hablaron durante un buen rato sobre las grandes ilusiones que tenía Sarah para la maternidad, una etapa de su vida que tardaría poco más de cuatro meses en llegar, si todo iba bien. Sarah soñaba con conciliar bien la situación profesional que tanto le había costado conseguir con esa nueva vida. Ya había contactado con una famosa agencia de niñeras de lujo con la que trabajaban muchos de sus compañeros de trabajo. Por ahí se le iría un buen mordisco a la nómina cada mes, pero sin padre a la vista ni más familia en Nueva York que pudiera echarle una mano, era la única opción para poder mantener su vida laboral, al menos hasta que la niña empezara el colegio.

Barbie asentía y le sonreía con un puntito de condescendencia, porque en su profesión estaba rodeada sobre todo por mujeres y, aunque Barbie había implementado en su empresa muchísimas más medidas de conciliación familiar de las que imponía la ley, sabía que la teoría era una cosa y la práctica... solía resultar mucho más decepcionante. Ella trataría de ayudarla en todo lo que estuviera en su mano, pero sabía que habría muchas noches de insomnio, muchas frustraciones y un agotamiento casi permanente en el futuro inmediato de Sarah.

—Y en medio de todo eso, ¿no piensas en volver a enamorarte? —le preguntó Barbie, porque llevaba tantos años viendo a Sarah en pareja que le costaba creerse que estuviera tan convencida con su soltería.

—No me gusta planteármelo así.

—¿Cómo?

—Como «volver a enamorarme». Plantearlo así le da una relevancia a Ryan que no merece. No es «volver a enamorarme», es más bien «enamorarme al fin de verdad de un hombre que lo merece».

—No puedo estar más de acuerdo con eso que dices, pero me temo que me has entendido mal. Cuando hablaba de «volver a enamorarte», me refiero a hacerlo después de... Josh. No de Ryan. ¿O piensas negarme que sientes por ese chico algo más profundo que lo que pueda parecer después de un par de citas?

—Pues... —Sarah se tomó unos momentos para pensar en sus palabras—. No, no pienso negártelo. ¡Es que no puedo hacerlo! He querido atribuirlo a mi famoso pragmatismo, a que sería una situación ideal que me enamorara del padre de mi hijo, aunque fuera haciendo las cosas al contrario de lo que suele hacer la gente. Y he querido atribuirlo también al hecho de que estoy en un momento vulnerable, después de pasar en los últimos meses por un divorcio horrible, un embarazo inesperado y la situación tremenda de tener que averiguar quién es el padre. Pero no es eso. Es que Josh es un tío increíble y no he necesitado más de dos o tres citas para darme cuenta.

—Y además está muy bueno.

—¡No seas frívola, Barb! —Sarah se rio—. Pero sí que lo está, ¿eh? Muy muy bueno.

Sarah pegó un salto en el taburete en el que estaba sentada cuando su móvil emitió el sonido de un mensaje entrante. Barbie y ella intercambiaron una mirada que lo decía todo. Aquel mensaje podía ser del jefe de Sarah, que no siempre respetaba los horarios fuera de la oficina, o de alguno de sus padres preguntándole qué tal seguía, o de cualquiera de las amigas a las que tenía un poco abandonadas desde que su vida se había visto arrollada por un tsunami. Pero, de alguna manera, las dos tuvieron la sensación simultánea de que aquel mensaje era de Josh. Y que muchas, muchísimas cosas dependerían de lo que dijeran sus palabras.

Josh: «Hola, Sarah. Siento mucho haber estado ausente estos días, pero necesitaba tiempo para poner en orden mi cabeza y no meter la pata en los pasos que dé a partir de este momento. Creo que, dadas las circunstancias, lo lógico sería hablar cara a cara. ¿Cuándo te vendría bien a ti? Yo tengo que trabajar todas estas noches en el club y no me gustaría estar ni medio dormido ni con prisas. ¿Quizá el sábado o el domingo hacia el mediodía podrías? Yo me adapto dentro de mis posibilidades. Un beso».

Sarah lo leyó un par de veces para sí misma y, a continuación, se lo leyó en voz alta a Barbie. No una vez solo, claro; lo leyó las suficientes veces hasta que ambas consiguieron diseccionar cada palabra. Las conclusiones fueron bastante similares: Josh mostraba una frialdad que a Sarah la había dejado helada, pero, al mismo tiempo, todo lo que estaba ocurriendo entre ellos no daba lugar a un tono frívolo. Barbie se rio con ganas de Sarah cuando ella le confesó que ese beso final del mensaje le había dado un hilillo de esperanza.

Barbie se marchó a su casa poco después de que anocheciera. Sarah se quedó dando vueltas a ese mensaje durante más horas de las que estaría dispuesta a admitir. Sabía que el insomnio sería de nuevo un fiel compañero de cama, quizá el único fiel al que podría tener asegurado en una temporada. Y no fue hasta cerca de la medianoche cuando se dio cuenta de que, con tantas vueltas y más vueltas, no se había acordado de responderle. Echó un vistazo rápido a su agenda, aunque era consciente de que cancelaría cualquier cosa con tal de tener esa conversación cuanto antes y, con un poco de suerte, deshacerse del insomnio de una vez por todas.

Sarah: «La verdad es que estoy bastante impaciente por dejar todo hablado, así que, si te parece bien, vente por aquí el sábado cuando despiertes, no hace falta que madrugues ni mucho menos. Creo que es una conversación que es mejor tener en la tranquilidad de una casa».

Sabía que Josh estaría trabajando a esa hora, así que no la sorprendió que la respuesta llegara rápido. Un simple «Me parece perfecto» que la tranquilizó lo suficiente como para necesitar solo un par de pastillas de melatonina esa noche. En apenas un par de días, la suerte estaría echada. Y Sarah solo podía cruzar los dedos para desear que, por una vez en ese año maldito, la suerte le sonriera.

Pasaba un rato de las once de la mañana del sábado cuando Josh llegó a casa de Sarah. A los dos les había costado dormir aquella noche. Sarah había aprovechado el insomnio para adelantar trabajo pendiente y así estar más relajada cuando Josh llegara. Se sintió un poco estúpida mientras lo hacía, pero preparó un pequeño tentempié —café, algo de fruta cortada, unas tostadas con huevos revueltos— que colocó sobre la barra que separaba la cocina del salón. Él se lo agradeció con una sonrisa cuando entró en el piso, lo cual ayudó a sobrellevar la incomodidad que les provocaba no tener muy claro cómo saludarse.

—Hola... —susurró Sarah—. Me alegra... Me alegra que hayas decidido venir.

—¿Nos sentamos?

Se dirigieron al sofá grande del salón y se sentaron dejando una prudencial distancia entre sus cuerpos. Sarah iba a empezar a hablar, a deshacerse en otra disculpa para que él la perdonara por haberle ocultado durante tanto tiempo el embarazo, pero fue Josh quien se le adelantó.

—Antes de nada, quiero pedirte disculpas de nuevo por haber desaparecido de la manera que lo he hecho —le dijo, con una mueca de disculpa pintada en la línea recta que dibujaban sus labios—. Pero hay un motivo...

—Josh, yo te he ocultado lo del embarazo durante meses. No tienes por qué...

—Pero quiero contártelo.

—¿El qué?

—Lo que me ocurrió el primer año de universidad... —Josh suspiró y se formó un silencio tan espeso en aquel salón que daba la sensación de que casi podía tocarse—. Que es la causa por la cual me quedé tan impactado el otro día, cuando me lo contaste. Resulta que yo... tuve una novia durante toda la adolescencia, Lavinia. Era... Era una chica preciosa, muy dulce, aunque demasiado condenada por pertenecer a una familia tan desestructurada como la mía. Era la hermana de mi mejor amigo y nos pasamos toda la infancia y la adolescencia juntos, los tres. Resultó casi natural que acabáramos siendo novios a los catorce.

»No teníamos demasiados planes de futuro por el simple hecho de que allí, en nuestro barrio, el futuro era un concepto incierto. De hecho, cuando teníamos diecisiete, su hermano acabó en la cárcel por tráfico de drogas a pequeña escala. Ese era el mundo en el que nos movíamos, pero nos lo tomábamos de una forma muy diferente: mientras yo quería salir de allí por cualquier medio, y el medio que encontré fue estudiar, ella estaba resignada al hecho de que nunca lograría prosperar. Así que, cuando a mí me admitieron en la universidad, cortamos la relación, aunque...

—¿Aunque... qué?

—Cuando yo volvía por el barrio, a veces, nos acostábamos. En una de esas ocasiones, se quedó embarazada.

—¿Qué? —Sarah se quedó sin habla. ¿Tenía Josh un hijo o...?

—Yo no lo supe, no quiso contármelo. Nos vimos un par de veces mientras ella ya debía de estar embarazada, pero siguió actuando como siempre, en ningún momento noté que pasara algo raro. Luego, me dejó, esa vez sí de forma definitiva. Lo último que supe de ella fue que se había ido a vivir a Montana con un novio. Creo que ha tenido un bebé hace poco, aunque estoy tan desconectado del barrio que de lo poco que me entero es a través de actualizaciones en redes sociales.

—¿Y cómo supiste lo del embarazo?

—Me lo contó Tom, su hermano, durante una de las visitas que le hice a la cárcel. Había

jurado guardarle el secreto a Lavinia, pero durante aquella visita estaba colocado y... supongo que se le escapó. Que ella se había quedado embarazada de mí y había decidido abortar. La había acompañado Sandy, la hermana mayor de ambos. Nunca, en toda mi vida, me había sentido tan traicionado.

—¿No crees...? —Sarah tragó saliva—. No sé cómo decir esto...

—¿Si creo que, en el fondo, fue lo mejor? —Sarah asintió—. Eso es lo que debió de pensar ella, no lo sé, nunca he vuelto a verla desde aquello. Por supuesto, respeto su decisión de abortar, que era de ella y solo de ella. Lo que me mató fue que me lo ocultara. Que alguien a quien conocía desde que éramos unos niños no hablara conmigo, no confiara en mí. Quizá ni siquiera quería abortar. Lavinia siempre quiso tener hijos joven y, de hecho, ahora tiene un bebé y ni ha cumplido los veinticinco. Supongo que pensó que yo saldría huyendo o que me quedaría a su lado a costa de mi carrera y eso me destrozaría la vida... No lo sé. No la culpo, pero lo que ella no sabe es que por supuesto que habría dejado la universidad y habríamos formado la familia con la que siempre he soñado, quizá porque nunca la tuve cuando era niño.

—¿Porque la querías?

—No. —Josh esbozó una sonrisa amarga—. Claro que la quería, vaya, fue mi mejor amiga durante años y la primera persona por la que sentí algo parecido al amor. Pero, si hubiera decidido formar una familia junto a ella, no sería por ese amor. Sería porque era mi responsabilidad y porque me horroriza la idea de que una chica haya decidido abortar solo para liberarme a mí, no porque fuera lo que realmente quería hacer ella.

—Creo... Creo que lo entiendo.

—Me costó mucho volver a confiar en nadie después de aquello. Y también volver a sentir algo... algo parecido al amor. —Josh se sonrojó y a Sarah ese detalle le produjo una ternura infinita—. No porque tenga ningún trauma ni nada parecido, entiéndeme, sino porque no he tenido demasiado tiempo entre la universidad, los diferentes trabajos... Tal vez hacía falta que una chica fuera a buscarme, de forma bastante reiterada, por cierto, al club.

—Eres idiota. —Sarah le dio un puñetazo cariñoso en el hombro—. No fui tantas veces. Solo... ¿tres?

—Por eso no supe reaccionar el día que me dijiste que estabas embarazada, Sarah. No fue por el embarazo en sí, sino por el hecho de que me lo hubieras ocultado. —Sarah asintió y los dos supieron que las explicaciones y justificaciones acababan ahí—. ¿Cómo estás, por cierto?

—Bien, muy bien. No se me nota nada, ¿no? —Ella se rio—. O eres muy poco perspicaz.

—No soy el más listo del mundo, pero es verdad que no se te nota. ¿De cuánto estás?

—De unas... veintiuna semanas. Dentro de cuatro meses, más o menos, nacerá la niña.

—¿Es una niña? —Sarah tuvo que apartar la mirada cuando vio una chispa de ilusión en los ojos de Josh.

—Sí. Y está perfectamente sana, creciendo a los ritmos adecuados... Todo va genial.

—Me alegro mucho. Yo... ¿Tú has pensado en... en qué quieres hacer?

—Quiero tener a mi hija y empezar una nueva vida que estoy segura de que me sorprenderá. Que será más dura de lo que imagino ahora, pero también infinitamente más satisfactoria.

—¿Y...? No sé cómo...

—¿Me vas a preguntar qué papel quiero que juegues tú en todo esto?

—Sí. —Josh perdió la mirada en la alfombra de rayas del salón—. Parece que vas siempre unos cuantos pasos por delante de mí. Incluso en esta conversación.

—Es que yo tengo toda la información desde hace más tiempo —le dijo sonriendo

comprensiva—. Jugarás el papel que quieras jugar, Josh, siempre y cuando quede claro desde el principio y establezcamos unos límites y unas normas muy firmes.

—¿A qué te refieres?

—A que, antes de que nazca la niña, me gustaría saber cuánto estás dispuesto a comprometerte en su crianza. No pienso jugar con la estabilidad emocional de mi hija y eso es lo que ocurriría si tu papel en su vida no está claro. No quiero que seas «un amiguito de mamá» del que luego le contaremos algún día que es su padre biológico y que quizá nunca llegue a ejercer como tal.

—No tienes muy buen concepto de mí, ¿verdad?

—Al contrario, Josh. —Sarah puso todo el énfasis posible en sus palabras para que él la creyera—. Tengo un concepto excelente de ti y por eso sé que lo vamos a hacer bien. Si quieres ejercer como padre, me parecerá perfecto. Tendremos que establecer turnos de visita y ese tipo de cosas, pero en eso sí seremos flexibles, desde luego. Y si prefieres no tener ninguna intervención en ello..., yo no te voy a pedir nada.

—No me puedo ni plantear tener un hijo en el mundo y no ejercer como padre. —Josh estaba tan serio que Sarah no tuvo ninguna duda de que sus palabras eran ciertas—. Por supuesto, no te voy a poner ninguna dificultad. Mientras la niña sea pequeña, entiendo que debe pasar más tiempo contigo, pero, con el paso de los meses, me gustaría evolucionar hacia una especie de custodia compartida, en los términos que a ambos nos vengán bien. Necesitaré algo de tiempo para asimilar la nueva situación, pero, por descontado, también me gustaría aportar en el terreno económico.

—Eso, sinceramente, es lo que menos me preocupa de todo —reconoció Sarah.

—Porque tú tienes dinero... —Josh hizo un gesto que abarcó aquel apartamento que, sin duda, era una buena muestra del poder adquisitivo de Sarah—. Pero a mí sí me agobia. Pero lo solucionaré. De una manera u otra, siempre acabo saliendo adelante.

—¿Puedo preguntarte algo, Josh? —A Sarah le tembló un poco la voz. Él asintió—. No me has dicho ni palabra sobre la prueba de ADN prenatal que te ofrecí el otro día. ¿Tan claro tienes que esta niña es tuya?

—Sí. —Josh se encogió de hombros—. Si quieres, podemos hacernos las pruebas cuando nazca, que tengo entendido que son menos invasivas que las prenatales, solo para estar seguros, pero yo no las necesito. ¿Por qué ibas a mentirme? No creo que sea el perfil de tipo al que alguien quiere cazar con un falso embarazo.

—No sé ni cómo responder a eso. —A Sarah le dio la risa y Josh se contagió—. Entonces..., ¿vamos hablando en los próximos días para ver cómo lo haremos en el futuro?

—Sí. —Josh se levantó. Lo que había ido a hacer allí estaba hecho—. Ve comentándome todo lo que ocurra y, por descontado, pídemelo lo que necesites. Ya no hace falta que lleves el embarazo sola, Sarah, yo estaré para todo lo que haga falta.

—Gracias. Supongo que... —Sarah no sabía cómo decir lo que le picaba en la punta de la lengua, pero sabía que se arrepentiría si no lo hacía—. Supongo que las citas bonitas en autocines han acabado y ahora seremos los responsables co-padres de una criatura.

—Supongo que sí.

A Sarah le pareció ver un gesto de resignación en la cara de él, pero se marchó tan deprisa que no pudo confirmarlo. La cita —¿o sería mejor llamarla *reunión*?— había ido bien. Josh le había demostrado que confiaba en ella, que sería un padre responsable, que había motivos sólidos para que hubiera desaparecido durante aquellos días previos. No tenía un solo motivo para sentirse decepcionada y, sin embargo..., lo estaba. Porque entre ellos había nacido algo

precioso que ya nunca sería. Quizá ese era el destino que la esperaba tras la maternidad: el hecho de que su hija fuera ya para siempre lo más importante y que sus sentimientos, su posibilidad de enamorarse, pasaran para siempre a un plano secundario.

No estaba mal. Claro que la niña era lo más importante en ese momento, y lo sería más después de su nacimiento. Claro que la posibilidad de enamorarse era secundaria hasta que pasara algún tiempo. Pero Sarah pensó, antes de tumbarse a descansar un rato en el sofá, que ojalá alguien le diera una receta que funcionara para olvidarse de los sentimientos por Josh que tenía ya anclados en su corazón.

Josh se sentía extraño. Habían pasado varias semanas desde que Sarah le había contado que estaba embarazada, desde que él había asumido una realidad tan gigantesca como que iba a ser padre, aunque sabía que la idea no fraguaría del todo en su interior hasta que tuviera a la niña entre sus brazos. Debería estar asustado ante la perspectiva de ese momento, pero la verdad era que se sentía impaciente.

Sarah estaba ya embarazada de siete meses y Josh cruzaba los dedos cada día para que Leah aguantara un poco más en el vientre de su madre y todo llegara cuando estaba previsto que ocurriera. Solo hacía un par de meses que sabía que iba a ser padre y, sin embargo, ya vivía instalado en la preocupación por que su hija naciera sana.

Josh nunca había pensado que hubiera una edad ideal para ser padre. Si hubiera podido elegir, si las circunstancias de su vida no hubieran sido siempre tan abrumadoras, él habría decidido tener hijos pronto. Acababa de cumplir veinticinco años y no se consideraba demasiado joven para asumir tal responsabilidad, aunque estaba seguro de que cualquiera de sus amigos se echaría las manos a la cabeza si lo oyera. Por supuesto que le daba vértigo. Por supuesto que le encantaría tener una situación económica mejor, que le permitiera darle a la niña lo mismo que podría darle Sarah, en igualdad de condiciones. Pero no había sentido ni un segundo de pánico cuando se había enterado de que se convertiría en padre más pronto que tarde.

Había pasado las últimas semanas tomando decisiones que, en otro momento, habrían sido difíciles. Tuvo suerte, un golpe inesperado de fortuna, y justo cuando acababa de hablar con Sarah sobre sus futuras responsabilidades de coparentalidad de la niña, un antiguo compañero de facultad le había enviado un mensaje para decirle que le habían concedido una beca en Europa y dejaba su puesto de trabajo en la universidad, uno de los pocos puestos para estudiantes predoctorales que tenía remuneración económica. Eran solo unas horas a la semana, pero la universidad pagaba bien. Después de pasar muchas horas delante del Excel y de reunirse tanto con los responsables del departamento en el que quedaba la vacante como con el director del colegio en el que daba clase, consiguió cuadrar un horario que le permitía compaginar los dos trabajos. Y que, además, lo acercaba a su principal objetivo: dejar aquel trabajo de camarero en el club que le descontrolaba los horarios de sueño y que, con el paso de los meses, había llegado a odiar.

Le gustaba la idea de no trabajar por las noches. Sus jornadas laborales serían agotadoras: de lunes a jueves seguiría trabajando en el colegio por las mañanas; los viernes, lo haría en la universidad; y las tardes de lunes, miércoles y jueves también. Se pasaría los días corriendo de un centro de estudios a otro y solo le quedarían dos tardes libres a la semana, pero todos los días estaría en casa más o menos a las siete de la tarde. Quería ser un padre presente, todo lo que se pudiera permitir alguien en la sociedad actual sin renunciar a su profesión, algo que él no podría hacer aunque quisiera. Pero su nueva situación le permitiría pasar dos tardes a la semana con la niña, todos los fines de semana, acostarla a diario... Todo dependería, evidentemente, del régimen de custodia que pactara con Sarah, pero... estaba seguro de que no habría ningún problema en ese sentido.

Pero, a pesar de tener su futuro mucho mejor encaminado que unos meses atrás, Josh seguía sintiéndose extraño. Y le gustaría negárselo a sí mismo, pero conocía bien la razón. Y la razón era el estatus de su relación con Sarah. En las últimas semanas habían pasado bastante tiempo juntos, encargándose de las responsabilidades que conllevaba ir a tener una hija en común —citas médicas, montaje de muebles, arreglos de papeleo legal y de seguros—, pero

también como amigos, tomando a veces un café rápido entre horas de trabajo o charlando por teléfono antes de dormir, cuando a alguno de los dos el día se le había hecho demasiado pesado y encontraba consuelo en una conversación ligera. Nunca había vuelto a ocurrir nada entre ellos, nada... romántico o sexual. Era como si, desde el momento en el que se habían convertido oficialmente en padres de ese bebé, todo lo que sentían hubiera pasado a un segundo plan. O a un tercero. A un plano tan lejano que ya ni quedaba a la vista.

Pero sí lo sentían. No podía poner la mano en el fuego por las emociones de Sarah, aunque habría apostado a que él le gustaba. Y, desde luego, no dudaba sobre lo que sentía él. Si ya una especie de atracción magnética lo ataba a Sarah cuando solo era la chica con la que había tenido una cita en el autocine y otra en Bryant Park, desde que pasaban tanto tiempo juntos se había enamorado de ella sin remedio. Y no entendía por qué se lo seguía callando. La excusa oficial era que su prioridad, lo único que le importaba en ese momento, era la niña, pero... no estaba escrito en ningún lugar que fuera una obligación responsable hacia un hijo o hija mantenerse soltero, célibe, alejado de la madre. ¿No era, de hecho, lo mejor para un niño que sus padres fueran lo más felices que pudieran? ¿Y no estaba Josh seguro de que Sarah y él, juntos, como parecía que iban a estarlo después de aquellas citas que le supieron a demasiado poco, serían la pareja más feliz del mundo? Entonces, ¿a qué estaba esperando para confesarle a ella lo que sentía?

Sarah estaba incómoda esa tarde de sábado. No solo porque su barriga, que se había mantenido relativamente plana hasta el momento, había decidido brotar a los siete meses y ahora ni siquiera se veía los pies. Estaba incómoda en otro sentido. Ella siempre había sido una persona pragmática, una de esas que se enorgullece de tener casi siempre bajo control las emociones. Nunca había llorado por un chico en los años del instituto, cuando sus amigas se desgañaban cada vez que alguien les rompía el corazón; había disfrutado de su sexualidad con libertad en los primeros años de universidad; y, cuando por fin había encontrado al que ella pensaba que era el hombre de su vida, habían vivido una relación de nueve años sin demasiados sobresaltos. Solo cuando Ryan le había pedido el divorcio perdió los papeles, pero se enorgullecía de poder afirmar que, en solo unas semanas y a pesar de todas las dificultades añadidas, lo había superado sin más drama. De hecho, hacía semanas que ni por un segundo Ryan se le pasaba por el pensamiento.

Por eso odiaba no entender qué le estaba pasando a sus emociones en las últimas semanas. Sentía una ilusión desbordante ante la preciosa perspectiva de ser madre, algo con lo que había soñado durante tantos años. Pero, al mismo tiempo, tenía una sensación constante de que algo fallaba. De que algo le faltaba. Y podría intentar ponerse un millón de excusas a sí misma, pero sabía qué era ese *algo*. Quién era ese *alguien*.

En Josh había descubierto a un hombre increíble, uno al que le costaba definir sin caer en los tópicos que siempre había odiado oír de boca de las mujeres enamoradas. Pero Josh era muy maduro para lo joven que era, alguien a quien la vida y sus desgraciadas circunstancias familiares habían obligado a hacerse mayor y a esforzarse diez veces más de lo que era habitual. Era un tipo inteligente, que había sacado con nota una titulación que a ella le habría costado siglos. No había titubeado a la hora de responsabilizarse de la paternidad, algo que debía ser así, pero que, por desgracia, no todos los hombres hacían. Ni siquiera había querido oír hablar de pruebas de ADN. Aparentemente, estaba igual de ilusionado con la paternidad que ella con la

maternidad, y sabía que eso era difícil. Había tomado decisiones profesionales complicadas, con un puntito de suerte también, pero harían falta toneladas de buena fortuna para compensar todas las veces en las que a Josh la moneda de la vida le había salido cruz. Y lo había hecho para estar lo más presente posible en la crianza de su hija, a pesar de que aún no habían llegado a un acuerdo claro sobre la custodia. Y no lo habían hecho porque Sarah se sentía... eso, incómoda.

Sarah sabía que Josh sería el padre perfecto para su hija, pero no era por eso por lo que lo quería. Las últimas semanas solo habían servido para confirmar lo que había empezado a sentir por Josh en aquellas citas que ahora le parecían tan lejanas. Y es que le parecían lejanas porque ya no quedaba nada de aquella chispa de atracción, de aquel enamoramiento incipiente. En ella sí, por supuesto, pero en Josh... ¿Era posible que Josh hubiera dejado de verla como una mujer en el mismo instante en el que se había convertido en madre ante sus ojos? ¿O es que él era más responsable que ella y estaba tan centrado en su futura paternidad que no le había quedado tiempo para enamoramientos? Sarah nunca había sabido jugar en los terrenos del amor, no era intuitiva en ese sentido. Así que quizá, simplemente, estaba equivocada. Tal vez Josh sí seguía sintiendo algo por ella y solo estaba priorizando lo más importante que tenían ambos entre manos. Puede que no la hubiera olvidado... *como mujer*.

A las cinco de la tarde de aquel sábado de verano en el que Nueva York había decidido mostrar su cara más asfixiante, dos personas salieron de sus respectivas casas. Uno de ellos era un chico de pelo castaño algo largo, ojos de color miel y un hoyuelo monísimo en la mejilla izquierda. La otra era una mujer recién entrada en la treintena, de larga melena rubia, ojos azules y un abultado vientre que no dejaba lugar a dudas.

Él enfiló la Novena Avenida en dirección sur a la altura de la calle Veintiuno. Ella callejó por las intrincadas calles del Village mientras veía como Bleecker Street se convertía en Hudson Street y, a continuación, en la Novena Avenida. Un grupo de turistas asiáticos deambulaban por la zona con aspecto de estar perdidos. Cuando Josh los divisó a lo lejos, asumió que buscarían el edificio Flatiron, que quedaba aún a unas cuantas manzanas de allí; Sarah, por el contrario, con la experiencia que le daban sus escasas semanas viviendo en el barrio, adivinó que probablemente buscaran la casa en la que vivía Carrie Bradshaw en *Sexo en Nueva York*.

Estuvieron a punto de no verse. Los dos iban tan ensimismados en sus pensamientos, en la necesidad apremiante de ver al otro, de decirle al fin lo que sentía... Los dos tenían al mismo tiempo miedo y esperanza ante la idea de abrir sus corazones y que los sentimientos no fueran recíprocos. Pero la esperanza siempre gana al miedo; eso lo habían aprendido Sarah y Josh incluso antes de conocerse.

—¿Josh?

—¿Sarah?

Sin necesidad de decir una sola palabra más, se fundieron en un abrazo que quizá dijo más que todas las palabras que podrían dirigirse a partir de ese momento.

—Yo quería...

—Yo iba a...

—Habla tú.

—Habla tú.

No dejaban de pisarse las frases y les dio la risa. Compartieron un par de carcajadas allí, en medio de una acera cualquiera de la ciudad que nunca duerme. Cuando la risa se apagó, un

sentimiento flotó en el aire. Revoloteó. Les hizo sentir a ambos que había una deuda entre ellos que solo se podía cobrar con los labios.

Se besaron. Hablarían, claro que lo harían, pero todo lo que necesitaban saber lo habían dicho sus bocas sin necesidad de que las cuerdas vocales participaran.

—¿Qué posibilidad había de que nos encontráramos en medio de Nueva York, justo cuando cada uno de nosotros iba a buscar al otro? —le preguntó Josh con la voz tomada por la emoción.

—No lo sé. El chico de ciencias eres tú. Calcúlalo —bromeó Sarah—. Aunque yo diría que... las mismas que teníamos de encontrarnos en este punto concreto del camino de la vida.

—Josh...

—Es que no entiendo de dónde sale tanta agua... Parecía que lo había arreglado, pero no hay manera.

En defensa de Josh podía decirse que llevaba más de una hora con medio cuerpo metido dentro del mueble del fregadero en la cocina del piso. Desde hacía un par de días, Sarah no dejaba de oír cómo goteaba alguna tubería por allí abajo, pero tenía la misma idea de fontanería que de química cuántica, así que ya iba a llamar a un profesional que se encargara del problema cuando Josh le comentó que él podía hacerlo. Le contó que, dado que nunca había tenido dinero para contratar a nadie que hiciera algo por él, había ido aprendiendo a hacer diferentes tareas: algo de electricidad por aquí, algo de carpintería por allá... Y también fontanería.

El problema era que el *agua* que Josh se quejaba ahora de no tener ni idea de dónde procedía... no era un agua *normal*.

—Josh...

—¿Qué pasa? —le preguntó a Sarah mientras sacaba un poco la cabeza del interior de la alacena.

—Acabo de romper aguas.

Las maldiciones que soltó Josh por la boca en el segundo siguiente fueron consecuencia del cabezazo aterrador que se dio contra la encimera. Sería una verdadera fortuna si llegaban al hospital con *solo* un parto entre manos y no añadían también un traumatismo craneoencefálico.

—¿Qué?!

—Que la tubería es lo de menos. Tenemos que irnos al hospital... ¡ya!

Por suerte, Sarah había hecho caso de todos los consejos para madres primerizas que había leído en libros y en webs, y había preparado la bolsa del hospital unos días antes. Seguro que, cuando ingresara en la clínica, echaría en falta mil cosas, pero tendría que conformarse con lo que había metido en ella.

Menos de diez minutos después, estaban esperando un taxi en la puerta del edificio. Josh se desesperaba, convencido de que había una conspiración de los taxistas de todo Manhattan para no llegar a tiempo en el momento más importante de su vida. Sarah estaba nerviosa, pero la ilusión podía con cualquier otra emoción. Aunque, cuando una contracción traidora hizo amago de partirla por la mitad, estuvo a punto de sucumbir ella también a la histeria.

Los trámites de ingreso en el hospital fueron rápidos, por suerte, gracias al completísimo seguro médico especial que Sarah había contratado para la ocasión. Y enseguida se vieron en una habitación privada, rodeados por dos enfermeras que les comunicaron que la niña aún tardaría en llegar.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntaba Josh cada poco rato.

—Bien... Salvo el momento justo en el que llegan las contracciones, no me encuentro mal. Estoy un poco...

—¿Qué?

—Como si todo esto fuera una película, ¿sabes? Como si... le estuviera pasando a otra persona.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Es mágico. —Sarah sonrió y Josh se contagió—. Todo lo que ha pasado en estos últimos meses lo es.

Y es que habían sido unos meses muy intensos pero también preciosos. Después de aquel

encuentro —también mágico— en una calle de Manhattan, Sarah y Josh habían tardado cuatro días exactos en decidir irse a vivir juntos. La pragmática Sarah, que siempre se había tomado una larga temporada para reflexionar sobre las grandes decisiones de su vida, se había lanzado a la piscina con la convicción de que aquella era la opción correcta. La que la haría más feliz.

Josh, por su parte, dejó el que había sido el apartamento de su abuela, aquel estudio en el que había pasado los últimos años de su vida, con la seguridad de que no volvería. Sabía que su futuro estaba en otra parte de Manhattan. Que estaría junto a Sarah.

La convivencia fue tan fácil desde el primer momento que a ambos les costaba creer que se conocieran desde hacía tan poco tiempo y que su situación hubiera sido tan compleja. Se acostumbraron enseguida a la presencia del otro, compaginaron sus horarios, hicieron planes para el futuro, para el momento en el que naciera la niña, y sobre todo... se amaron. Cada momento libre que les dejaban sus trabajos se convirtió en horas mágicas frente al televisor, escuchando música o cocinando juntos, mientras sus manos eran incapaces de apartarse del cuerpo del otro, sus labios se imantaban, sus cuerpos sentían que ya no podían estar separados.

Hacía dos meses que compartían piso y ya ni recordaban cómo era la vida antes de que lo hicieran. Habían sido las circunstancias las que los habían llevado a aquella situación, pero había sido el amor el que había hecho que se quedaran en ella. Incluso los padres de Sarah hicieron una visita relámpago a Nueva York para conocer a Josh y comprobar que su hija estuviera tan bien como parecía por teléfono. Y a Sarah estuvieron a punto de caérsele los ojos de las órbitas cuando su madre le confesó, al despedirse en el aeropuerto de Newark, que en solo dos días ese chico ya les había demostrado que tenía más valores de los que Ryan podría llegar a tener en toda su vida. Estaba claro que Josh poseía la capacidad de enamorar a primera vista.

—Pues parece que esto ya está en camino... —dijo al fin la matrona en una de sus visitas.

—¿De verdad? —Sarah empezaba a estar agotada. Incluso se había quedado dormida a ratos, entre contracción y contracción. Pero el sudor se pegaba como una pátina a su piel, los músculos de todo el cuerpo le ardían y el dolor entre sus piernas empezaba a ser lacerante.

—Vas a tener que sacar fuerzas para empujar, Sarah —la animó la comadrona.

Setenta y nueve minutos después, Leah Michelle Lambert-Jones vino al mundo. Pesó tres kilos y medio y superó por poco los cincuenta centímetros. Parecía pelona, pero en realidad tenía la cabecita cubierta por un pelo fino y rubio. Sus ojos eran la mezcla perfecta del azul de su madre y el verde de su padre, aunque quizá fueran cambiando con el paso de las semanas.

—Nunca, Sarah... —Josh hablaba con la voz rota, con la emoción de todo aquello que sentía y para lo que no existían palabras capaces de expresarlo—. Nunca había visto nada tan bonito. Jamás.

—Es preciosa, ¿verdad? —Sarah acercó un dedo a Leah y ella lo apretó en su puñito.

—Sí. Pero no hablaba solo de ella. Me refería a... a todo esto. Tú. Ella. Nosotros... Ver una vida abrirse paso al mundo, joder... Es impresionante.

—Eso lo dices porque tú no has tenido que sacártela por un orificio de tu cuerpo.

Se rieron juntos, a carcajadas, como si a través de aquella risa exorcizaran toda la preocupación y el miedo que habían sentido cuando Sarah no acababa de dilatar. Y también durante los meses anteriores, cuando no daban con el punto donde encontrarse y convertirse en una familia... hasta que lo hicieron.

Sarah se quedó dormida en cuanto Leah acabó de mamar. Josh se acomodó en el sillón de descanso que había junto a la cama e intentó hacer lo mismo. Pero no pudo. Tenía tal maremoto de emociones dentro de su alma que la idea de desconectar lo suficiente como para quedarse dormido era una utopía. Solo podía pensar en ella, en esa bebé llamada Leah que, desde ese

preciso instante, era ya el centro de su vida. El centro del maldito universo.

Dos días después, regresaron a casa. «Casa» era como llamaban ya ambos a aquel apartamento que Sarah había comprado unos meses atrás, cuando aún estaba muy perdida en la vida y soñaba con que aquella vivienda supusiera un nuevo comienzo. Era aquel lugar al que se había mudado Josh solo dos meses antes, con más ilusión que prudencia, con más fe que cordura.

La vida acababa de empezar. La vida se llamaba Leah.

Epílogo

Tres años después

Sarah no sabía cómo se había dejado meter en ese lío. Adoraba a Leah por encima de todas las cosas, más de lo que nunca imaginó que se podía llegar a querer a otro ser humano, pero las fiestas infantiles se le atragantaban. Y aquella era la primera vez que Leah podía celebrar su cumpleaños con amiguitos, ya que hacía unos meses que había empezado en la escuela infantil, así que Sarah y Josh se habían visto arrastrados a aquella fiesta infernal.

—¿Quieres dejar de quejarte, por Dios? —Barbie, al contrario que los progenitores, estaba encantada con toda aquella parafernalia—. ¡Leah cumple tres años!

—¿Y de verdad era necesario tanto globo, tanto azúcar y tanto... rosa?

—El rosa siempre es necesario.

—Y el azúcar está prohibido, recuérdalo. —Josh se incorporó a la conversación y dejó sobre la mejilla de Sarah una caricia distraída—. He tenido que hablar con al menos diez padres y madres sobre las condiciones nutricionales de la comida que se sirve en este local.

—Ser padres en el siglo XXI es todo un reto. —Barbie soltó una carcajada.

Por mucho que se quejaran, lo cierto era que Sarah y Josh estaban ilusionados con aquella celebración. Era fascinante ver crecer a Leah. Fascinante, emocionante, aterrador, divertido... y hermoso. Lo más hermoso que habían hecho en todas sus vidas. Quién les iba a decir, cuando regresaron con ella a casa desde el hospital, tres años antes, todo lo que estaba por llegar.

Habían sido tres años llenos de agotamiento y retos que no esperaban, pero no los habrían cambiado por nada. Leah durmió muy poco en sus primeros meses. A Sarah y a Josh les habría encantado tener una charlita con quien fuera que se hubiera inventado eso de que los bebés dormían de media veintidós horas al día. O esa era la mayor mentira de la historia de la humanidad o había algún bebé en algún lugar del mundo que debía de llevar nueve años durmiendo para compensar todo lo que *no* había dormido Leah. Por suerte, cuando cumplió ocho meses sus hábitos de sueño habían cambiado de forma radical, sin que ni Josh ni Sarah conocieran la razón, y la paz había regresado a su piso del West Village.

Desde entonces, la paternidad se había convertido en la aventura más bonita del mundo. Josh tuvo que renunciar a muchos momentos con la niña en sus primeros meses, porque acababa de empezar en su nuevo trabajo en la universidad y no pudo permitirse conciliar como le habría gustado. Pero, desde que Sarah se había reincorporado a su puesto en la agencia de marketing, era él quien pasaba más horas con su hija. Y no habría cambiado esas horas por nada.

—¿Alguien tiene un paracetamol? —preguntó Barbie un par de horas después, cuando ya Leah había soplado las velas y todos sus amigos le habían cantado una versión terriblemente desafinada del *Cumpleaños feliz*.

—¿Han podido contigo cuarenta y tres niños de tres años? —se burló Sarah—. ¿Al fin?

—Cada segundo que paso dentro de esa fiesta siento que mis ovarios se reducen al tamaño de una canica.

Entre risas y dolores de cabeza, la fiesta llegó a su fin. Los padres fueron pasando, uno tras otro, a recoger a sus retoños, y Sarah y Josh al fin pudieron relajarse con un refresco en la mano y unas cuantas conversaciones con aquellos padres a los que conocían de llevar y recoger a la niña de la escuela infantil. A algunos no los soportaban, pero con la mayoría habían hecho buenas migas y disfrutaban de vez en cuando de planes de ocio con ellos.

Aunque, en realidad, de lo que más disfrutaban Sarah y Josh era del tiempo que pasaban

solos. A veces les resultaba difícil sobrellevar la vorágine de trabajo y responsabilidades familiares de cada semana, pero al final del día, cuando se encontraban en el sofá de casa, con Leah ya dormida y los portátiles apagados, todo cobraba sentido. Les encantaba sentarse juntos, muchas veces en silencio, sin que la tele ni la música los interrumpiera, y contarse cosas cotidianas, cómo les había ido el día, qué planes tenían para el siguiente. O, simplemente, amarse como lo habían hecho casi desde el primer día que se habían conocido.

Sarah envidiaba las largas vacaciones de verano de Josh, que disfrutaba de esa pequeña ventaja de los profesionales de la enseñanza. Él alegaba, medio en broma, medio en serio, que ningún profesor sobreviviría a su profesión si no tuviera tiempo suficiente para descansar. Y, cuando conseguían coordinar un par de semanas libres en las agendas de ambos, metían a Leah en la mochilita portabebés y se iban a recorrer mundo. Se habían prometido recorrer juntos todas las tierras, bañarse juntos en todos los mares, respirar juntos cada milímetro cúbico de oxígeno que el planeta pudiera proporcionarles. Habían hecho un viaje largo por Europa el verano anterior y, si todo iba bien, al año siguiente se marcharían a recorrer parte de Sudamérica en una furgoneta alquilada. Aquella no era la vida que Sarah había creído soñar cuando era una joven ejecutiva que se movía en los ambientes de lujo de Manhattan y que pasaba sus vacaciones en resorts sin alma. Tampoco era la vida que habría soñado Josh, simplemente porque no podía imaginar un solo contexto en el que pudiera permitirse ir de vacaciones a lugares tan mágicos y, mucho menos, con la mujer de su vida y su preciosa hija de la mano.

Regresaron a casa aquella noche, después del cumpleaños, con Barbie a su lado y Leah dormida en brazos de su padre. Las emociones del que puede que fuera su primer cumpleaños siendo consciente de lo que la rodeaba habían podido con ella. Giraban ya por la Séptima Avenida cuando a Sarah le pareció reconocer a alguien a poca distancia.

—¿S-Sam...? —preguntó.

—¡Sarah!

Hacía más de tres años que no pensaba en aquel hombre con el que había compartido una noche que nunca fue de pasión, sino más bien de desahogo de las penas mutuas. Durante unos meses, después de que él le confirmara que no podía ser el padre de Leah y de que ella comprobara de primera mano hasta qué punto él estaba destrozado emocionalmente después de la traición de su mujer, deseó con fervor que algún día se recuperara. Verlo allí, tan guapo como siempre había sido y con un brillo en los ojos que a Sarah le permitía intuir que la vida le había ido bien, fue una alegría inesperada.

—Pero ¿qué tal estás? —Él se acercó a Sarah y, sin que ella esperara el gesto, la abrazó con cariño.

—¡Muy bien! Bueno..., casi siempre agotada y durmiendo menos de lo que debería, pero feliz. —Sarah le tocó un brazo con afecto—. ¿Y tú? ¿Cómo te trata la vida?

—Mejor de lo que nunca esperé, ¿sabes? —A Sarah le gustaba mucho la franqueza de aquel chico—. Tenías razón cuando me dijiste que pasaría. Vaya si ha pasado.

—Perdona, te presento... —Sarah se volvió hacia Josh y Barbie y se los presentó—. Bueno..., y ella es Leah, aunque no creo que pudieras despertarla ni con una bomba atómica en este momento.

—Ni falta que hace. —Sam sonrió—. Es preciosa, Sarah. Enhorabuena. Aunque la felicitación llegue unos años tarde.

—Justo hoy cumple tres años, así que... llega en el momento perfecto.

Hubo un silencio después de esas palabras, pero no fue incómodo. Sarah supuso que a Sam, como a ella, estaba pasándosele por la cabeza una realidad paralela en la cual él pudiera

haber sido el padre de Leah. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Aunque era un hombre encantador al que, de una manera algo extraña, le guardaba cariño, no quería ni imaginarse algo así. Una vida en la que Josh no estuviera, en la que fuera solo el recuerdo de una noche loca, era una vida que a Sarah ya no le interesaba para nada.

—Estoy de vuelta en Nueva York desde hace unas semanas, así que... —Sam sonrió—. Si un día os apetece, podemos tomar una cerveza y ponernos al día.

—¿Has estado fuera? —Sarah frunció el ceño.

—Poco después de... de la última vez que nos vimos, me ofrecieron la posibilidad de irme a trabajar a Ghana con una ONG. Mi primo, que es médico, lleva años colaborando con ellos y en una barbacoa familiar me explicó que necesitaban gente de cualquier perfil, porque en realidad allí lo único que hace falta son ganas de ayudar. Y pensé que era una señal que me surgiera algo así en un momento tan difícil.

—Pero qué pasada...

—Sí, la verdad. —Sam sonrió—. He estado allí dos años y medio. He regresado ahora para hacerme cargo de un puesto de gestión en la sede de la ONG y, la verdad, gano menos dinero que antes, pero no echo nada de menos el trabajo corporativo.

—No sabes cuánto me alegro, de verdad. —Sarah volvió a darle un apretón en el brazo—. Ahora tenemos que irnos, antes de que esta señorita se despierte y nos regale una noche en vela, pero... te tomo la palabra sobre esa cerveza, ¿vale? ¿Sigues teniendo el mismo número de teléfono?

—El mismo.

—Y yo también tengo uno precioso. —Barbie se adelantó y le ofreció una tarjeta de visita a Sam—. Ya lo ves ahí, lleno de números, pares, impares... De todo.

Josh y Sarah intercambiaron una mirada con los ojos abiertos como platos, mientras intentaban contener la risa al ver a Sam inmóvil, sin saber qué decirle a aquella mujer vestida de pies a cabeza de polipiel rosa fucsia.

—Ya sabes —siguió ella, a lo suyo, como si el pudor fuera un concepto desconocido en su mundo—. Lo marcas cualquier día y a saber la maravilla que te encuentras...

—Yo... Yo... Lo haré. No lo dudes. —Al fin Sam fue capaz de responder—. De hecho, si te apetece, podemos tomarnos algo ahora.

Sarah no quería lanzar las campanas al vuelo, pero tuvo la sensación de que los ojos de Sam brillaban un poco más que cuando se lo habían encontrado. Se despidió de él con un abrazo sincero e incluso Josh le palmeó la espalda un par de veces, con cuidado de no despertar a Leah.

—Esos dos... —dijo Josh en cuanto avanzaron un poco por la calle.

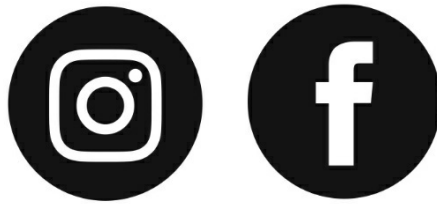
—Esos dos tienen futuro.

Sarah soltó una carcajada y deseó mentalmente no equivocarse. Ella nunca se había considerado una gran romántica, pero, desde que había empezado su historia con Josh, no podía más que desearles a todas las personas a las que quería que algún día encontraran un amor tan puro, tan sincero como el que ellos compartían.

Acarició la carita de su hija cuando ya al fondo divisaban el portal de su edificio, agarró con fuerza la mano de Josh y sonrió. La vida le sonreía. El amor había llegado tres años antes para arrasarlo todo y llevarla, al fin, a un planeta precioso llamado Felicidad.

~DAISY PINK~ ES UN NUEVO SEUDÓNIMO DE ~OLIVIA KISS~

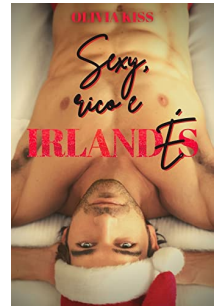
Si quieres saber cuándo publico novela, con cualquiera de mis seudónimos, puedes seguirme en Facebook o Instagram

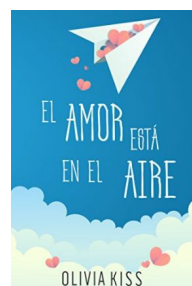


¡Todos mis libros están disponibles en Kindle Unlimited!

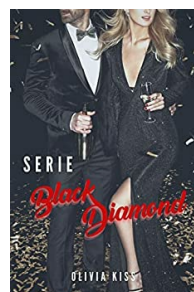
Novelas autoconclusivas







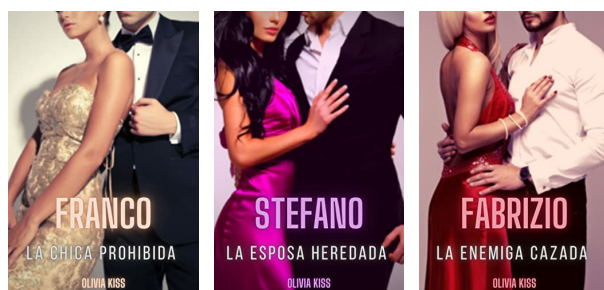
Serie Black Diamond



Serie Los chicos del club



Serie Outfit de Chicago



Serie Hermanos Walsh



Serie Hermanos Lexington



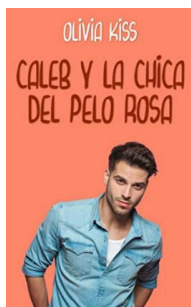
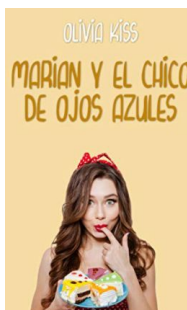
Serie California Beach



Serie Hollywood



Serie Familia Reed



Serie Tentaciones



Serie Seduciendo



Serie Las chicas Magazine





Serie Besos



Índice

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Cinco semanas antes](#)

[1 Posible padre nº 1: Ryan](#)

[2 Posible padre nº 2: Sam](#)

[3 Posible padre nº 3: Josh](#)

[De vuelta al presente](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[Epílogo](#)

[~DAISY PINK~ ES UN NUEVO SEUDÓNIMO DE ~OLIVIA KISS~](#)